FUEGO MORTAL

UN THRILLER POLICIACO DE AINARA PONS

RAÚL GARBANT


FUEGO MORTAL
UN THRILLER POLICIACO DE AINARA PONS
RAÚL
GARBANT
Lectulandia

La agente Ainara Pons regresa en la cuarta novela de la serie: Ella deberá resolver el caso de un incendiario en Nueva York, descubrir al culpable del homicidio de dos de sus mejores amigos, y encarar a un misterioso hombre que la sigue… Ainara no se encuentra en su mejor momento. Ha pasado un año desde que perdió a su novio, Danny Reed, y aún le está costando vencer las memorias del pasado. Sin embargo, ella decide volver a trabajar en el
FBI
. Junto con los agentes Bennett y Tanaka, Ainara investigará el caso de un pirómano homicida que ha ocasionado incendios en diferentes ciudades del estado de Nueva York. Por otro lado, en el distrito de Queens, Ainara descubrirá el asesinato de una pareja de veterinarios amigos de ella. La hija de esta pareja ha desparecido y Ainara presume que ha sido raptada. Ainara también se percatará que un hombre misterioso la está siguiendo. ¿Quién es este personaje? ¿Estará relacionado a los incendios?

Raúl Garbantes

Fuego mortal

Ainara Pons - 4

ePub r1.0

Café mañanero 14-03-2024

Título original: *Fuego mortal*
Raúl Garbantes, 2022
Diseño de la portada: Giovanni Banfi

Editor digital: Café mañanero
Primera edición EPL, 03/2023
ePub base r2.1


FUEGO MORTAL

RAÚL GARBANTES

PRÓLOGO

Vivienda Pons. Queens, Nueva York
Viernes 25 de enero
6:20 a. m.

> *—¿Ves aquella estrella? —Me señala Danny con el dedo hacia el cielo—. ¿Puedes verla, princesa? Pues es allá donde nos encontraremos alguna vez… cuando todo se calme.*

Cada vez que sueño con él es como viajar a otro planeta donde el dolor no existe, tampoco los problemas o el miedo. No sé si algún día me sentiré mejor o si es que la maldita culpa me perseguirá por siempre.

De a poco abro los ojos y el mundo real me recibe con un dolor punzante en la parte de atrás de la cabeza, diferente al de todos los días: esta jaqueca es mucho más lacerante que de costumbre. No recuerdo nada de lo de anoche. Me siento muy confundida. ¿Otra vez bebí hasta quedarme dormida? Observo alrededor y el cuadro de Rivera en la pared, frente a mí, me dice que estoy en mi habitación, pero me siento mareada y el ambiente se encuentra densamente sofocado, como si un desierto estuviese dentro del recinto en el que me encuentro.

Puedo sentir el olor a humo. No recuerdo haber dejado algo encendido, jamás olvidaría una cosa así, por más ebria que estuviera. Llevo la vista hacia la ventana y la poca luz que ingresa es de color verde, luego puedo notar que el color viene de la densa niebla de humo que se encuentra dentro de la habitación. Trato de pensar, pero se me dificulta por el mareo y me obligo a sentarme en la cama. Escucho un ruido que me golpea en los oídos.

—¡Bob! —grito al oír los ladridos de mi bestia negra al otro lado de la puerta y vuelvo a gritar con dificultad—. ¡Bob! ¡Bob, ayúdame!

Hago un gran esfuerzo por ponerme de pie. Cuando lo hago, noto que la densidad del humo de color verde, es mucho peor en la altura y me tiro al suelo para dirigirme «a gatas» hacia el sonido de mi fiel

amigo.

—¡Bob, no pares! —vuelvo a gritar para identificar sus ladridos.

Me quito la blusa, hago una pelota con ella y me la coloco en la cara para tratar de mitigar el sofocante humo que intenta ahogarme. Oigo que Bob rasca con desesperación, la madera parece ceder ante sus garras y en los gritos del animal identifico la impotencia, que yo aún no me permito sentir. Mi cabeza choca con algo y al palpar con las manos puedo notar que es la puerta. Oigo a Bob llorar detrás de ella.

—Tranquilo, amigo —intento calmarlo con mucha dificultad y casi sin ganas.

El maldito humo no cesa, los ladridos de Bob y su incontrolable furia contra la puerta me desesperan aún más. Cómo quisiera tener mi arma conmigo en este momento, me siento demasiado débil. ¡Maldita sea!

Comienzo a golpear la puerta con el puño de la mano libre y hago el intento de tomar el pomo, pero de inmediato recuerdo que tiene llave. La desesperación se incrementa y comienzo a sentir la muerte dándome unas palmadas en el hombro, pero no me asusta… ya no.

Siento la nariz de Bob por debajo de la puerta y comienzo a desesperarme. Dejo caer la blusa de mi cara y, con ayuda del pomo, me pongo de pie para luego retroceder dos pasos y dejarme caer con toda mi fuerza sobre la puerta.

No hay manera de que se abra. Trato de respirar y no puedo, solo entra humo a mis pulmones y toso, mis ojos se llenan de lágrimas y mi nariz segrega abundante mucosidad. Bob llora y araña la madera, más fuerte esta vez.

Levanto la camiseta que llevo puesta y me limpio la cara. Intento no respirar, hago un débil impulso hacia atrás para volver a embestir la puerta, pero ya no tengo fuerzas para obligar a mi cuerpo a regresar, por lo que me voy de espaldas hacia el suelo.

Vuelvo a toser sin parar, no me quiero dar por vencida, me giro y pego mi cara al suelo para respirar el aire más ligero que cada vez es más escaso, el humo lo está invadiendo todo.

—¡Bob! —grito casi sin aliento—. Perdóname, Bob.

Arrastrándome llego hasta la puerta y como último acto de desesperación empiezo a golpearla, una y otra vez, hasta que todo se pone negro…

1

Cementerio de Wichita, Kansas
Una semana antes
Viernes 18 de enero
10:15 a. m.

Observo las letras cinceladas en el mármol, pero no puedo unirlas en mi mente como para deducir lo que dicen.

Daniel «Danny» Reed
Amado hijo y compañero leal
Que tu alma descanse en paz

Ha pasado mucho tiempo, un año ya, y aún no sé qué decir. Creo que espero que de alguna manera él me hable primero, como siempre lo hacía, y me dé ánimos para comenzar de nuevo.

Coloco con cuidado la maceta con geranios que traigo en mi mano sobre la tumba de Danny y me siento en el césped. Está suave y no picoso, como por lo general sucede.

—Bueno… Creo que esta vez me tocará comenzar la charla. —Se me escapa una pequeña sonrisa de nostalgia al recordar cómo él me animaba siempre a hablar—. Supongo que, si estuvieras aquí, te estarías burlando de mí al ver lo tensa que me pongo, pero quiero hacerlo de una vez. Lamento no haber venido antes, sé que un año es mucho tiempo, pero es que me cuesta mucho hacer esto. Creo que voy a necesitar un tiempo más para procesar todo, sabes. —Trago saliva y suelto la última frase—. Te… te amo.

Cierro los ojos y una suave brisa peina mi pelo, casi se siente como una caricia suya.

• • •

Carretera camino a Nueva York
13:15 p. m.

Miro mi mano al volante y mi mente está en pleno vuelo espacial, como si mi Toyota Tundra fuera una nave que me lleva lejos de todo esto. No paro de pensar en Danny, en todo lo que me habría gustado decirle antes de que partiese. A veces pienso en echarle la culpa al Anillo, a mi trabajo o a cualquiera que me haya dificultado las cosas; pero, en realidad, yo escogí todo eso y no hay nadie que me haya obligado a ser la salvadora del mundo. Yo sola me metí en esto.

La carretera se ve tan desierta, como si el mundo me hubiese dejado afuera. De vez en cuando aparece algún granjero quitando nieve de sus tierras. Los rayos del sol intentan disimular el terrible invierno, claro que sin éxito. De repente, el recuerdo de Danny me atraviesa la cabeza y el dolor en el pecho se hace sentir nuevamente.

En ese mismo momento detengo mi Tundra a un lado de la carretera para respirar con ambas manos puestas en el volante, apretadas con fuerza, y llevo la cabeza hacia este. De inmediato siento una tibia y húmeda caricia en mis heladas manos.

Volteo a ver y ahí está él.

—Mi bestia negra. —Llevo la mano para acariciar su cabeza mientras él llora—. Solo tú me quedas. Siempre ha sido así.

Sigo acariciando a Bob hasta que me tranquilizo y retomo el volante para seguir mi camino a Queens. Aún nos queda un largo viaje.

Mientras conduzco, trato de poner mi mente en blanco, de no pensar tanto en Danny; por suerte, Bob con sus ladridos me ayuda con eso. Noto mis tripas sonar entre el ruido de un camión de transporte de combustible, entonces decido detenerme en un restaurante que puedo avistar en medio de la nada. Detengo el motor y un cartel enorme con letras bordeadas de rojo deja leer el nombre
Rachel’s
.

—Tenía que llamarse así —susurro mientras me quito el cinturón de seguridad.

Me coloco la chaqueta encima de la que ya tengo y abro la puerta de Bob para caminar ambos hacia la entrada; él está más lento que de costumbre y pienso que será el cansancio del viaje. Un anciano está dormido al lado de la puerta, en una silla y cubierto con varias mantas. Bob le olfatea la pierna y me mira con ternura.

Busco una mesa en donde, además de la camarera que se encuentra fumando al lado de la cocina, soy la única en el lugar. Bob se sienta a mi lado y ambos miramos por la ventana. A lo lejos el campo, castigado por el frío, parece ser eterno y estar vacío. Pienso en mi hermana Rachel, en lo terrible que había sido su corta vida, y se me

escapa una lágrima. Me siento una maldita egoísta por todo lo que ha pasado desde mi estúpida decisión de atrapar criminales. Toda esa gente que ha muerto por mi culpa. Y los que salvé siguen su vida, pero yo sigo sola.

—¿Café? —escucho decir, pero mi cabeza no responde para voltear, por lo que nuevamente escucho—: ¿Señorita?

Al fin volteo y la camarera, de unos veinticinco años, me sonríe con una cafetera cargada y humeante en la mano. Tiene el cabello recogido, sus rasgos faciales son delicados y me recuerdan a ella… a Rachel.

—Sí… podría mejor… ¿Me traería un vaso de *whisky*? —pregunto y observo que baja la mirada para verme el pie golpetear repetidamente el suelo, y me enojo—. ¿Me oyes?

La joven aprieta los labios apenada y me responde con amabilidad.

—Sí, lo lamento. Ahora mismo se lo traigo.

Mientras se va, la culpa me invade. No debí responder así, pero estaba aterrada de que se le ocurriera preguntarme si me sentía bien. Miro a Bob y estiro la mano para acariciar su cuello, pero me lanza un impredecible mordisco, suave, aunque dejando claro que no lo toque. No puedo creerlo.

—¿Largo viaje? —pregunta la camarera, con un tono demasiado amable y delicado, mientras deja el vaso de *whisky* sobre un posavasos de cartón con el logo del lugar.

Me quedo un momento en silencio, avergonzada por el trato que le había dado.

—Unas doce horas en la carretera y aún nos quedan otras diez. —Deja las servilletas y voltea a ver a mi perro.

—Es muy lindo, ¿cómo se llama?

—Bob —respondo con miedo al verla acercársele—, ¡pero no lo toques!

Rápidamente ella aleja la mano. Intento explicarme.

—No es que sea peligroso, los pitbulls…, en general, no son peligrosos, sus dueños sí lo son. —La chica me observa extrañada por mi torpe intervención—. Quiero decir que… olvídalo. Solo está de mal humor hoy, por favor, no lo toques.

Ella me sonríe y, de nuevo, agacha la cabeza para marcharse con la bandeja.

Le doy un sorbo al vaso y el *whisky* barato me corroe la lengua, está helado y es muy malo. Hasta ahora no le había prestado atención a la música de fondo, pero comenzó a sonar una de las que mi padre solía tararear. Su maldito recuerdo viene a atormentarme de nuevo, como si no me hubiera hecho ya suficiente daño. Comienzo a oír en

mi cabeza los gritos.

Quisiera tenerlo enfrente para gritarle en su cara que la muerte de Rachel no fue culpa mía, me gustaría tanto mandarlo al demonio por habernos abandonado estos diez años sin remordimiento alguno.

—¡Desgraciado! —se me escapa.

Observo a mi alrededor y la camarera, la mujer de la limpieza y un cocinero me miran. Desvío la mirada hacia el vaso y noto una mosca luchar en el borde del cristal. Aleteaba tan fuerte que parecía que las pequeñas alas se desprenderían de su cuerpo y, finalmente, cae en el líquido mezcla de *whisky* y hielo.

—Se acabó, vámonos de aquí —le digo a Bob y observo que vomita lo que había comido hacía una hora—. ¡Ey, Bob! —Me acerco y lo acaricio con suavidad mientras que con la mirada busco algo para limpiar.

—No se preocupe. —Se acerca la joven camarera con amabilidad —. Yo me encargo.

Salgo del lugar con Bob y nos subimos a la Tundra para seguir camino a casa.

—Necesito llevarte con Jack. —Acaricio el pelaje suave de su cabeza mientras permanece recostado entre mis piernas—. Él sabrá qué tienes. Tranquilo, cariño.

2

Vivienda Pons. Queens, Nueva York
Viernes 18 de enero
11:52 p. m.

Me siento tan cansada, Bob igual, y no puedo despertarlo para entrar a casa. Se ve tan a gusto que le pondría una manta encima para no molestarlo, pero lo animo a entrar conmigo.

Hace mucho frío, así que lo primero que hago es ducharme con agua muy caliente. Muero de hambre, pero solo pienso en dormir. Apenas apoyo la cabeza en la almohada pienso en que jamás me había parecido tan cómoda e inmediatamente entro en un profundo sueño.

• • •

Al día siguiente
Sábado, 6:23 a. m.

A medida que abro los ojos, la escasa luz que entra por la ventana me dice que será otro día de frío insoportable. Me gustaría no levantarme jamás, pero literalmente muero de hambre esta vez. Estoy a punto de levantarme de la cama cuando suena el teléfono y, sin contestar, observo que es Peter Bennett. Me sorprendo al mismo tiempo que me pregunto qué pasaría.

—Hola, Peter —digo entre bostezos.

—Buen día, Ainara… disculpa por llamar a esta hora.

Siempre disculpándose, pienso antes de responder.

—No, tranquilo. Ya estaba despierta. —No puedo soportar la ansiedad y pregunto—: ¿Ha pasado algo?

—No, para nada. Solo llamaba para saber cómo estabas, pero quizá es un mal momento, podemos hablar el lunes en la oficina.

No sé qué decir y me quedo en silencio, luego intento hablar para que no malinterprete mi inacción.

—Estoy bien.

—Bueno… oye, que pases buen día y te veo en el trabajo.

Corto la llamada y me doy cuenta de lo extraña que me siento. La llamada de Peter me alegró un poco el día y solo tuvo que decir unas palabras, aunque se sintió raro que me llamara luego de haber visitado la tumba de Danny, pero no necesito pensar en eso ahora. Miro por la ventana y recuerdo que debo llevar a Bob con Jack para que lo examine, pero antes voy a visitar a mis vecinos los Wong para ver cómo se encuentra Kim.

• • •

Vivienda Wong
9:15 a. m.

Camino despacio a la puerta sin dejar de pensar en la llamada de Peter, y noto a Kim agachada en el jardín haciendo mantenimiento a las plantas. Me acerco para saludarla.

—¿Trabajando un sábado? —digo con tono burlón y veo que voltea sorprendida.

—Vaya, ¡hola, Ainara! ¿Cómo estás?

Se me acerca para darme un abrazo y no puedo creer lo bien que se ve.

—Pero ¡te ves fenomenal! —exclamo y trato de no sonar sorprendida, aunque no me sale.

Ella solo sonríe tímidamente.

—¿Quieres pasar a ver a Liu? —me pregunta con una enorme sonrisa en la cara, luego toma mi mano—. Ven adentro, lo llamaré de inmediato y prepararé té.

La sala de los Wong es otra. Todo se ve tan radiante, hay cuadros muy coloridos de la cultura oriental en las paredes. Me acerco a una mesita llena de portarretratos con fotos del señor Wong, el padre de los chicos, y de Kim y Liu en los diferentes paisajes de sus viajes mientras transcurría mi agitada vida en Seguridad Nacional, extorsionada por criminales.

—¡Ainara! ¡Qué gusto verte de nuevo! —Aparece Liu, seguido de Kim llevando una bandeja con varias tacitas y una tetera—. Toma asiento, por favor. —Me señala el sillón frente a la mesita de café.

Me siento y admiro a Kim nuevamente. Me parece toda una luchadora.

—Me alegra verte tan bien, Kim. —Ella me acerca una tacita con té y un bollito de pan de arroz.

—Sí, la verdad han sido meses muy buenos —responde Liu con una sonrisa encantadora—. Hemos viajado por todo el país con la

furgoneta. ¿Has visto las fotografías? Míralas, hemos ido al Gran Cañón, a las montañas de Oregón, a las playas de Miami.

Se veía muy emocionado. Me ponía una a una las fotos en las manos y Kim no dejaba de sonreír.

—Todo ha cambiado tanto desde… —Kim corta la frase y la sonrisa se desvanece un poco—… desde aquello.

Bajo la mirada sin dejar mi disimulada sonrisa.

—Lo importante es que estás bien, Kim.

—Te estaremos eternamente agradecidos, Ainara —me dice Liu tomando mi mano, con los ojos llenos de amor y confianza.

—Pero lo mejor de todo es la noticia que te queríamos dar —dice Kim con una mirada de ilusión.

—Uy, soy impaciente, no me dejes con la intriga.

—Estamos preparando la próxima apertura de un restaurante en el barrio chino.

—Yo me encargo de las refacciones —dice Liu— y mi hermana de la preparación de los próximos menús. Estamos muy emocionados.

Yo me he quedado sin palabras, me puse de pie y fui a abrazarlos a los dos con todas mis fuerzas.

• • •

Veterinaria Baresi. Queens, Nueva York
11:30 a. m.

He tenido la cabeza tan agitada que no me detuve realmente a pensar en que Bob podría tener algo serio; me preocupa que así sea. Toco el timbre por segunda vez y Jack no responde, quizá debería llamar para recordarle nuestra cita. Saco mi celular y al mismo tiempo aparece Deborah detrás de la puerta con una sonrisa.

—Lo lamento —me dice mientras me invita a pasar, tiene las manos con sangre y está cubierta de pies a cabeza con ropa descartable—, estábamos en plena castración.

—Oh, bueno… puedo venir en otro momento si pref…

—¡Claro que no! —me interrumpe—. Adelante, pasen, que ya terminamos.

Animo a Bob a entrar y, apenas lo hace, se acomoda en un cómodo sofá canino de tela felpuda. Mientras esperamos, aprovecho para responder un mensaje de mi jefe, Phillip Nash, que me pregunta si me siento bien para incorporarme este lunes al trabajo.

—¡Pero si es mi agente favorita! —Escucho a Jack acercarse—. ¿Dónde está mi muchacho?

Dejo a un lado el teléfono, sin responder, para saludar a Jack. Él

observa a Bob y se agacha para examinarlo.

—Me preocupa lo decaído que ha estado últimamente —comento mientras él hace su trabajo—. Al principio pensé que era el cansancio del viaje, que a mí también me agotó, pero hoy está peor.

Veo que Jack le toca con suavidad el cuello y temo que Bob lo muerda, pero seguro él sabe lo que hace.

—¿Ha estado comiendo bien? ¿Tiene apetito? —pregunta sin dejar de examinarlo.

—Muy poco, casi no come y ayer, cuando paramos en un restaurante, vomitó lo que había comido. Manejé deprisa para llegar rápido a traértelo.

Jack se queda en silencio mientras observa su pelaje de cerca, como buscando garrapatas, y comienzo a desesperar.

—Tiene un poco inflamados los ganglios linfáticos —comenta quitándose los guantes de látex—, unas pequeñas manchitas en la piel y la falta de apetito… Pienso que es hepatitis canina.

—¿¡Hepatitis!? —grito exaltada sin darme cuenta.

—No, no. Tranquila, no está tan avanzada y es tratable. Pero será mejor que lo dejes unos días aquí para constatar su estado y asegurarme de verificar el avance.

Me entristece bastante separarme de Bob por tanto tiempo, pero debo hacerlo por su salud.

—Me parece bien. A propósito —digo e intento cambiar de tema. Veo entrar a Deborah, ya con ropa normal—, ¿cómo se encuentra Pamela?

Noto que ambos se miran y su cara se vuelve un poco más seria.

—Está un poco… adolescente —comenta Jack—. Jamás imaginé que ser padre sería tan complicado.

—Demasiado —interviene Deborah—. Está atravesando por una etapa conflictiva y no es nada fácil lidiar con una joven así.

—Sí, entiendo lo difícil que debe ser. Pero todos fuimos adolescentes alguna vez —intento justificar a la pobre Pamela.

—Por supuesto —sigue Deborah ahora con un tono más enfático—, yo también he tenido catorce años. Salía a fiestas, tenía mis rabietas y hasta me emborraché unas cuantas veces. Pero… Pam es incontrolable.

—Tuvimos que quitarle su celular, su tableta y hasta encerrarla. No sabemos qué más hacer —dice Jack.

Se nota una gran preocupación en sus voces al hablar, pero pienso que exageran, y espero no verme como ellos si algún día llego a ser madre.

—Entiendo, pero ¿qué es exactamente lo que hace? —Detesto

sonar como una maldita psicóloga.

Ambos vuelven a intercambiar miradas.

—Ha estado viéndose con un muchacho —comenta Jack—. Los hemos pillado una vez, cerca de Central Park, bebiendo y jugando con navajas.

—Parecía un adicto —interrumpe Deborah—. Fuimos por ella y nos encargamos de que no volvieran a tener contacto.

• • •

Me despido de Jack y Deborah y camino un rato tratando de traer a mi cabeza algo que tenía pendiente.

—¡Mierda! —grito al recordar el mensaje de Phillip.

Saco mi celular para escribirle que me encuentro en perfectas condiciones de volver a mi trabajo como agente del
FBI
, pero de pronto ingresa una llamada. Es Amy.

—¡Ainara! —grita la voz del otro lado de mi teléfono móvil.

—Amy, ha pasado bastante tiempo.

—Oye, sí, es cierto. Cuéntame, ¿cómo has estado?

—Verás, ayer he pasado a dejarle flores…

—A Danny… —termina mi frase.

—Así es. Su partida me afectó más de lo que pensé, quizá me tome un tiempo más para asimilarlo.

—¿Qué te parece si nos juntamos un día de estos con unos tragos de por medio y charlamos? Tal vez no nos venga mal ahogar las penas en alcohol esta vez —Amy bromea, pero para mí no es más que la pura verdad.

—Me parece perfecto. Luego fijamos fecha y hora.

Corto la llamada y el maldito teléfono se apaga, por la batería, y salgo corriendo hacia mi Tundra para responder el mensaje de mi jefe.

Camino a casa, siento la ausencia de Bob y en un semáforo me quedo pensando en lo del adicto que mencionaron Jack y Deborah, cuando noto en un edificio a mi lado que un anciano con una gorra me observa. Su rostro, cubierto con una descuidada barba, me parece vagamente familiar. Los bocinazos a mi espalda me obligan a poner en marcha el motor y dejo atrás al extraño.

3

Oficinas del
FBI
, Nueva York
Lunes 21 de enero
8:00 a. m.

Me encuentro en el estacionamiento de las oficinas del
FBI
, mi antiguo lugar de trabajo. Observo el cartel con mi nombre, nuevamente colocado. Cierro los ojos y aprieto el volante con fuerza y, de repente, alguien golpea con los dedos la ventana de mi camioneta. Es un chico de rasgos orientales, bien arreglado, de unos veintiséis años y que carga un maletín de cuero en la mano.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta con una sonrisa servicial—. ¿Necesitas que te ayude?

Trato de disimular mi terror frente a él. Me coloco erguida, niego con la cabeza y veo que se aleja hacia el edificio. Le doy un sorbo rápido a la pequeña botella de *whisky* que siempre llevo estratégicamente guardada debajo de mi asiento.

En la entrada del edificio me encuentro con Billie, el conserje.

—¡Buenos días, señorita Ainara! —me saluda sosteniéndose en el trapeador.

Le devuelvo el saludo en forma de una pasajera sonrisa con dos dedos en la frente, como solíamos bromear en algún momento. Subo las escaleras hasta la segunda planta y mientras camino pienso en Bob, y en cuánto desearía verlo de regreso en casa. Doy un par de pasos por el corredor y siento un impacto que me saca de mis pensamientos.

—¡Lo siento! —grito luego de tropezar con alguien frente a mí y arrojar el café que traía en la mano—. Perdón, no quise…

Me quedo muda cuando dejo de mirar su camisa blanca manchada y observo su cara.

—Descuida, en el primer día siempre pasa —dice sonriente y me hace sentir peor—. Tú eres la mujer del estacionamiento.

De repente, miro la hora y noto que debo correr a hablar con mi jefe. Le ofrezco una servilleta de papel que guardaba en mi bolsillo y salgo de inmediato hacia las escaleras para llegar a la siguiente planta.

—¡Ainara! —me dicen apenas llego—. Ven, necesito presentarte a alguien.

Es Phillip, está con Peter Bennett a su lado. «Por favor, que no me pregunten si estoy bien», pienso mientras camino hacia ellos.

—Buenos días, jefe. Peter.

Ambos me observan con esa mirada tan desagradable, con lástima. Pero sé que tienen las mejores intenciones, me quieren y desean verme salir adelante.

—Bueno —digo en tono burlón mirando a Peter—. ¿No había alguien más guapo para presentarme?

Ambos ríen y mi jefe sigue.

—De hecho, sí. —Mira detrás de mí—. Ahí viene.

Observo a mi lado y quiero meter la cabeza debajo de la tierra al verlo.

—Ainara, te presento a Freddie Tanaka.

El joven, con la camisa manchada de café, me estrecha la mano con una sonrisa enorme en la cara.

—Mucho gusto —contesto, y respondo también el apretón, mientras casi lo escucho carcajearse por dentro.

—El agente Tanaka es el nuevo miembro del departamento y le hablé muy bien de ti, espera con ansias aprender todo lo que pueda, ¿no es así, agente? —pregunta mi jefe colocando su mano en el hombro del chico, que no deja de sonreír como un niño feliz.

El chico asiente y bromeo para bajar tensiones.

—Muy bien, estoy segura de que tengo en mi oficina un biberón de alguna de las colegas que han sido madres, se lo daré hasta que aprenda a beber café como un hombre.

Los tres estallan de la risa, ninguno había tenido tiempo de decirle algo sobre su camisa manchada. Unos minutos después, Bennett acompaña a Tanaka al vestidor y mi jefe aprovecha para entregarme una carpeta con expedientes, y ponerme al tanto sobre un nuevo caso de investigación.

—Hemos estado registrando una serie de incendios en varias zonas los últimos días —dice Phillip a la vez que me da una taza de café y caminamos por la oficina, atestada de gente en plena actividad—. Al principio se reportaban como accidentales, pero luego prestamos más atención a los lugares que se quemaban.

—Rochester, dos almacenes vacíos —digo con el expediente en una mano y la taza de café en la otra.

—Exacto —continúa él—, los siguientes dos fueron en el este de Búfalo. Un deshuesadero de autos y un edificio que, se suponía, estaba vacío. Dos indigentes escogieron un mal lugar para refugiarse del frío y terminaron rostizados. Luego, en Albany, dos casas terminaron igual, esta vez con víctimas… y un edificio lleno de gente tuvo el mismo final ayer por la noche.

—¿Cree que sean intencionales? —pregunto y veo a Bennett y Tanaka aparecer en la puerta.

—Eso es lo que tienen que averiguar. Vayan a Albany, investiguen si hay evidencia que los ayude. —Señala a Freddie—. Tanaka, acompáñalos.

• • •

Escena del crimen en el edificio residencial. Albany, Nueva York
13:02 p. m.

El edificio estaba rodeado por un cordón policial. Los bomberos comían sándwiches, parecían haber acabado con el fuego hace poco. Uno de ellos camina hacia nosotros y se presenta con la mano llena de hollín dispuesta a estrechar.

—Debe ser la agente Pons, mi nombre es Ray Nelson. Soy el jefe de bomberos de Albany.

—Sí, mucho gusto —respondo—. Ellos son los detectives Bennett y Tanaka, tengo entendido que hay sobrevivientes.

—Sí, doce. Están por allá. —Señala con el dedo—. Junto a la ambulancia.

Envío a Tanaka a interrogarlos para recabar información mientras Bennett y yo hablamos con Ray.

—Hay víctimas, ¿verdad? —pregunta Bennett.

—Me temo que sí —responde Ray mientras caminamos hacia el lugar—. Una mujer y un hombre, ambos ancianos, y un chico de unos veinticinco años en silla de ruedas. Por su condición, supongo, no pudieron escapar de las llamas.

—¿Tiene idea de qué pudo haber originado el fuego? —intento indagar.

—No lo sé con exactitud, pero esto no se ve como el típico caso de incendiarios jóvenes sin motivo previo o pandillas buscando venganza.

—¿Cómo lo sabe?

—Investigo casos de incendios provocados para prevenirlos en el futuro. —Eleva la mirada al inmenso esqueleto negro de fierros y cemento frente a nosotros—. ¿Nota cómo el color negro es más fuerte en el centro? El fuego se inició en el centro del edificio, y se extendió

desde ahí. Por eso es por lo que las víctimas que vivían arriba no pudieron escapar. —Uno de los bomberos grita su nombre—. Disculpen, me tengo que ir; si necesitan algo más, háganmelo saber.

Tanaka regresa luego de un momento y hablamos mientras entramos.

—¿Qué averiguaste? —pregunto y los tres atravesamos una montaña de escombros vueltos cenizas.

—Dicen no haber visto a ningún sospechoso, excepto una señora de mediana edad, quien dice haber visto a alguien filmando con su teléfono móvil parte del incendio, pero no tiene más datos. Todos están de acuerdo en haber visto un humo de color rosa.

Bennett y yo volteamos a verlo.

—¿De cuál estaban fumando? —pregunta Bennett—. ¿Cómo que humo rosa?

—Lo vieron varios vecinos de Albany, parece que acudieron por eso y luego comenzaron las llamas.

De pronto, se desprende una enorme placa de madera gruesa hecha carbón y Bennett me abraza con fuerza y tira hacia él.

—¿Estás bien? —Me mira a los ojos por un momento y casi puedo sentir su corazón galopar dentro de mí.

No logro pensar con claridad, todos los recuerdos se vuelven a cruzar en mi mente. Se acerca un poco más a mi cara y cierro los ojos.

—¡Oigan! —grita Tanaka del otro lado de la pared quemada—. Deberían ver esto.

Nos desprendemos, dejando atrás la situación, y acudimos al llamado. Freddie se encontraba frente al ducto de aire central, abierto por el fuego.

—Creo que es un plástico, una especie de cinta adhesi…

—¡No la toques! —grita Bennett y se acerca a él sacando algo del bolsillo—. Ponte guantes, podría tener huellas.

Intento acercarme, pero en el suelo hay desparramados vidrios en una zona ovalada. Pienso y trato de unir cabos. El rastro de los vidrios, la cinta en el ducto de aire, el humo de color.

—Podría ser un asesino serial —pienso en voz alta y miro a Bennett—. Tenemos que investigar los incendios anteriores.

Salimos del edificio y, al no encontrar al jefe Ray, llamo a uno de los bomberos para averiguar un poco más.

—En esta semana, este es el tercero, antes hubo dos casas. La primera fue en el Midtown Valley, no sobrevivió nadie —comenta el bombero—. En la segunda, cerca de aquí, solo sobrevivió la hija menor; está internada.

—Entiendo, ¿sabe en qué hospital está? —pregunto.

—Sí, en el Madre Teresa. Se llama Christine Salk.

—Muchas gracias —respondo y me dirijo a Tanaka y Bennett—. Tenemos que interrogar a la niña, ella pudo haber visto al perpetrador.

4

Hospital Madre Teresa. Albany, Nueva York
Lunes 21 de enero
3:20 p. m.

El auto se detiene frente al hospital, pero estoy petrificada. El recuerdo de Danny me tiene atormentada ahora que me encuentro totalmente sola, sin Bob. Sé que todo es de otro modo, entiendo que estoy en mi trabajo ideal, siempre he sido una agente del FBI. Ojalá pudiera evitar sentirme desorientada, no quiero estar así.

—¡Ainara! —Escucho a Peter detrás del vidrio de la puerta del auto—. ¿Vas a bajar?

Asiento con una mirada fría, tratando de disimular mi distracción, y abro la puerta. Caminamos junto con Tanaka hacia la entrada del hospital y la puerta corrediza se abre ante nosotros, ya se puede percibir el fuerte olor a desinfectante típico de estos ambientes.

—Disculpe —Bennett interrumpe a una secretaria ubicada en un pequeño cubículo detrás de un cristal cubierto de notas—. Bus…

—Tome un número y espere en un asiento —responde fríamente la mujer mientras toma notas maltratando una goma de mascar en su boca.

Observo a Bennett mirarme con cara de póker y decido tomar el control.

—Buscamos a Christine Salk —digo metiendo la mano por la abertura del cristal para colocar mi placa sobre sus anotaciones—. ¿Puede indicarnos en qué habitación se encuentra?

La secretaria nos observa a los tres y de mala manera comienza a hojear sin prisa sus registros. Finalmente responde:

—Habitación 108, segunda planta a la derecha.

Subimos al ascensor y observo a Tanaka rascarse repetidamente la entrepierna, luego dirijo la mirada a Bennett y se ríe.

—Lo siento —dice Tanaka con una sonrisa tímida—, me he comprado ropa interior nueva y creo que soy alérgico al material.

—Ten cuidado, muchacho, usa preservativo —bromea Bennett.

El joven se sonroja y la puerta del ascensor se abre.

—¡Muévanse, muévanse! Acaso no ven que tenemos que entrar. Estos yanquis y sus modales. —Un anciano con acento escocés, en silla de ruedas y dirigido por una enfermera, pretendía entrar al ascensor.

Caminamos a la derecha en busca de la habitación de Christine.

—Aquí es —dice Bennett moviéndose hacia adelante para entrar, pero lo detengo.

—Espera. —Peter observa mi mano en su pecho y Tanaka se queda mudo—. Déjenme hablar con ella. Ha pasado por mucho y quizá se sienta más cómoda con una mujer.

Ambos me miran y asienten, comprensivos, pero en la mirada de Peter había también extrañeza. Trato de no mirarlo demasiado tiempo a los ojos porque recuerdo de manera involuntaria lo que sucedió en la azotea de su edificio, aquel beso hace un año… Inmediatamente, golpeo y abro la puerta de la habitación 108.

La niña se encuentra sentada en la cama, con sondas en el brazo, y entre sus pequeñas manos carga una tableta. Mantiene toda su concentración en el juego, tanto que ni siquiera nota mi presencia.

—¿Se puede? —pregunto y no voltea a verme, parece hipnotizada.

Camino y, sin darme cuenta, piso un muñeco de hule en el suelo que produce un sonido agudo y fuerte. Ella voltea y me observa. Tiene quemaduras en la mitad del lado izquierdo de su cara y se ven apenas cicatrizando.

—Hola, Christine —saludo con la sonrisa más amable que tengo—. Te llamas Christine, ¿verdad?

—Sí —responde con una voz tierna y posiciona nuevamente los ojos en su tableta—, Christine Marion Salk.

Me acerco y tomo una silla junto a su cama.

—¿Cuántos años tienes, Christine?

—Tengo ocho años y medio —responde sin dejar de jugar.

Siempre me resultó complicado tratar con niños, supongo porque no me veo aún criando a uno.

—Christine, necesito hablar contigo acerca de lo que sucedió en tu casa.

—¿Quieres jugar *Adopt me!*? —me pregunta mostrándome la tableta con un juego de cachorros en una tienda.

—Escucha, Christine, esto es muy importante. ¿Recuerdas lo que sucedió antes de…?

—Ya se llevaron a Tobby —me interrumpe y vuelve a tomar el control del juego—. Me han dado muy poco dinero por él, y no es justo porque me costó mucho tiempo hacer que crezca. Ahora tengo a

Nikkie, Martin, Lu, Rabby y Ariel.

Comienzo a desesperar y le pido que me preste su tableta, para ver si así me escucha, y accede.

—¿Recuerdas haber visto a alguien antes del incendio?

—¡Sí! —responde con una sonrisa.

—¿A quién? ¿Cómo era? —pregunto con toda mi atención en ella.

La niña voltea la tableta, que yo dejé caer entre mis piernas.

—¡Has logrado pasar el nivel! —grita y vuelve a tomar la tableta para jugar ella.

Entonces, entiendo que es una pérdida de tiempo y la dejo jugar. Salgo de allí y veo a Bennett y Tanaka sentados, hablando del último juego de los New York Yankees.

—Es inútil —comento y me acerco a ellos—, la niña está muy concentrada en el juego de la tableta, no nos dará información.

—¿Has intentado jugar con ella? —pregunta Tanaka y Peter y yo lo miramos—. Yo hago eso con mi sobrina cuando mi hermana esconde mis calcetines, y ella me lo dice.

Ambos intercambiamos miradas y Peter me dice que debemos volver a la oficina.

• • •

Veterinaria Baresi. Queens, Nueva York
6:30 p. m.

Toco el timbre y espero un momento, parece una eternidad. Estoy tan ansiosa que me encantaría correr a mi Tundra para darle otro trago a la botella de *whisky*, pero alguien abre la puerta. Es Jack, quien me recibe con una increíble sonrisa, esta vez sin sangre en las manos y vestido como una persona normal.

—Ainara, bienvenida. —Me abraza e invita a pasar—. Me parece que alguien quiere verte.

Veo a mi bestia negra acercarse, quien, galopando con toda su belleza, me tumba de un salto. Se ve increíblemente fuerte, incluso su pelaje está más radiante.

—¡Oye! —grito mientras me lame toda la cara—. ¿¡Cómo está mi bestia!?

Aparece Deborah y nos observa, sonriendo con culpa por interrumpir.

—Cuando terminen de reencontrarse, suban, preparé café —dice y camina junto con Jack por las escaleras hacia la segunda planta de la casa, donde está su hogar.

Intento levantarme del suelo y observo a una joven entrar. Tiene la

cara exageradamente maquillada de colores oscuros, y va de negro desde el pelo hasta los zapatos.

—Disculpa, pero creo que está cerrado —le digo y recuerdo lo que me habían comentado los Baresi sobre su hija rebelde—. ¡Oh!, tú eres Pamela, ¿verdad?

Ella me sonríe amablemente y sube a la segunda planta conmigo. Noto en su mochila, de color negro, la palabra «Alkaline» bordada sobre la tela. La niña saluda a sus padres y de inmediato se encierra en su cuarto.

—Pam se encuentra mucho mejor —comenta Deborah con una bandeja con café y galletas de canela en las manos—. Ha vuelto a hacer sus deberes y come normal.

—Le hemos devuelto su celular y la tableta —sigue Jack—. Aunque supervisamos todos los días sus conversaciones, para evitar que vuelva a caer en malas influencias nuevamente.

Pruebo una de las galletas y una bomba de sabor inunda mi mente; están tan sabrosas. Pienso en que quizá debería salir a comer algún día comida de verdad en lugar de la chatarra de siempre.

—¿Ella siempre viste… tan oscuro? —pregunto con curiosidad.

—Nos ha comentado que decidió adoptar la cultura *emo* —comenta Jack—. Ya sabes, supongo que no puedo decir que es extraño, yo mismo a su edad era fanático del *rock* y vestía y actuaba como mis cantantes favoritos. —Se ríe junto con Deborah—. Es una etapa adolescente y hemos decidido aceptarlo.

Bob, que hasta ahora se encontraba a mi lado, se sube y se acurruca en mis piernas. Debe haberme extrañado demasiado, y lo comprendo.

—Hemos reservado una cita con una psicóloga —dice Deborah—, especialista en adolescentes.

Me siento feliz por ellos, son personas excelentes y detesto que la gente así la pase mal.

—¿Cuánto tiempo llevan casados? —pregunto y tomo otra galleta de la bandeja.

—Mañana serán quince años —responde ella, se toman de la mano y se miran por un momento y luego se dan un beso.

Sin pensarlo, saco mi agenda para recordarme traerles un presente mañana por haberme devuelto sano a Bob, cuando en mi mente comienzo a hacer consciente este acto: es la primera vez en mucho tiempo que en mi agenda reservo un lugar para conmemorar una fecha importante. Noto que mi vida, luego de la muerte de Danny, ha cambiado mucho. Yo he cambiado.

• • •

Bar Palms. Brooklyn, Nueva York
9:00 p. m.

Mientras espero a Amy, ordeno una ronda de *whiskies* y miro a la gente a mi alrededor. Jóvenes hermosas vestidas de coctel, charlando con chicos guapos y seguro adinerados, sin ninguna preocupación. Me invaden las ganas de transportarme a esa vida, pero la llegada de Amy interrumpe mi sueño involuntario.

—¡Ey! —Nos damos un gran abrazo—. Ha pasado tiempo.

—Vaya que sí —respondo y noto lo guapa que se ha puesto, algo que no me hace sentir mejor.

Amy tiene ojos verdes intensos y como siempre la veo bien maquillada.

—¿Qué quieres tomar? —pregunta inocentemente, sin saber que ya tomé tres *whiskies* antes de que ella llegara.

—Tranquila, acabo de pedir estos. —Le acerco un vaso y nos acomodamos para charlar.

—Me enteré de que has regresado a tu antiguo puesto en el
FBI
.

—Sí, todo está igual que antes. La verdad, estoy muy contenta con ello, luego de… lo de Danny, las cosas se han vuelto más cuesta arriba.

Noto la mirada en Amy, no es como la de los demás. Ella me entiende y no demuestra lástima, sino respeto y empatía.

—Cuéntame, ¿cómo estás con lo de Danny?

Hay tanto en mi cabeza que no sé por dónde comenzar. Tampoco es mi intención cargarla con mis problemas, pero creo que ella lo sabe.

—Es bastante duro, Amy, y creo que jamás podré superarlo.

—¡Ainara, no digas eso! Eres la mujer más fuerte que conozco. Has pasado por cosas terribles y siempre te veo de pie y dispuesta a combatir el riesgo.

Bebo de un sorbo la mitad del líquido en mi vaso, solo quedan los deformados cubos de hielo. Reúno el valor y saco de mi bolsillo la pequeña caja de plástico cubierta de terciopelo y se la enseño. Trago saliva, me quedo un momento en silencio y Amy me mira intrigada.

—Ábrelo —le sugiero y lo hace—. Es la sortija que Danny me dio justo antes de que esos desgraciados criminales del Anillo comenzaran a tirar balas hacia nosotros. Estaba ahí, diciéndome que me amaba, y yo no podía pensar en otra cosa que en las amenazas de esos malditos mafiosos. —Se me escapan unas lágrimas.

—Fue cuando le dispararon —comenta Amy observando la

pequeña caja con la sortija.

Me froto los ojos con una servilleta de papel y asiento.

—Jamás me perdonaré el haber sido tan estúpida de no escucharlo —digo alterada—. Él me amaba y me lo decía a diario, y yo dejé que mi maldito orgullo y miedo me dominaran, y jamás pude decírselo.

—Ainara. —Amy me aprieta fuerte la mano y me mira a los ojos—. Esto no fue tu culpa, no podías hacer nada más de lo que has hecho, y lo que has logrado es increíble. Desbarataste sola a una asociación internacional de asesinos dispuestos a matar al presidente y gobernar el mundo entero, y estoy segura de que Danny lo entendería.

La dulce voz de Amy me reconforta más aún que sus palabras, pero no puedo evitar la culpa de no haber escuchado a mi amado.

—¿Sabes qué? Vamos a pedir otra ronda —dice Amy tratando de animarme y alza la mano para gritarle al cantinero—. ¡Dos *whiskies* más, por favor!

—Si buscas competencia, entérate, vas perdida —bromeo para bajar tensiones.

—¡Jah! ¿Quieres apostar? —responde recibiendo los vasos que el cantinero le entrega—. Cuéntame, ¿ya te has puesto al corriente en el trabajo?

—Desde que pisé la oficina. Investigamos un caso de un posible pirómano, ha habido una serie de incendios en diferentes edificaciones y creo que siguen un patrón.

—¿Hay testigos? —pregunta como la buena reportera que es.

—Solo uno. Es una niña de ocho años que permanece en observación en el hospital y es un verdadero fastidio como testigo —comento con desgano—. No he podido sacarle ni una palabra porque se la pasa con la tableta metida en esos jueguitos, parece un zombi, y tampoco tuve el valor de presionarla porque sé que ha pasado por mucho.

—¿Has probado jugar con ella? —insiste, pero la pregunta de Amy me recuerda a la de Tanaka, la que descarté de inmediato.

—¿Cómo que jugar con ella? —En mi voz hay una mezcla de intriga y sarcasmo.

—Los niños no piensan del mismo modo que nosotros, para ellos no hay mucha diferencia entre el mundo real y el de su programa favorito de la televisión. A esa edad pesa más la imaginación.

—Vaya —digo ante la sorpresa de su respuesta—, eres toda una mamá. ¿Cómo es que sabes tanto de niños? ¿Acaso tuviste uno y no me he enterado?

—¿Y arruinar mi figura? ¡Jamás! —Ambas reímos y continúa—. Mi sobrina, pasé mucho tiempo cuidándola, y cada vez que necesitaba

que hiciera o me contase algo era imposible. Descubrí que si me interesaba en sus jueguitos y me metía en «su mundo» para jugar con ella, nos comunicaríamos mejor.

—¿Y funcionó? —pregunto con genuino interés.

—Digámoslo así, ahora su madre me pide ayuda cada vez que necesita comunicarse con su pequeña Jazmín. La confianza es la clave.

Tomo nota de la gran información que acaba de revelarme Amy y pedimos otra ronda de tragos.

• • •

11:45 p. m.

—Son $23,50 —dice el taxista y me observa al ver que me es imposible sacar billetes de mi bolso por culpa del alcohol que llevo encima.

Por fin, logro hacerlo. Le digo que se quede con el cambio y cierro la puerta para entrar a casa, cuando veo en la esquina de la calle la figura borrosa de un hombre. Trato de enfocarlo con mi disminuida visión, pero solo logro ver que es corpulento, vestía una chaqueta gruesa y una gorra. De repente mi bolso cae al suelo y me agacho a levantarlo.

—¡Maldición! —grito al no lograr estabilizarme.

Cuando levanto nuevamente la cabeza, el sujeto ya ha desaparecido. Escucho el ladrido de Bob desde la ventana. Quizá se pregunte qué hago parada aquí, borracha e imaginando cosas.

Entro a recibir el cariño de mi fiel amigo.

5

Oficinas del
FBI
, Nueva York
Martes 22 de enero
9:35 a. m.

Desde que he vuelto a la oficina me siento mucho mejor. Las pesadillas y el dolor en el pecho son menos frecuentes y casi ya no afectan mi percepción de las cosas. Me siento nuevamente la jovencita que espera atrapar criminales y mantener seguro el mundo. Aunque ya no tenga la motivación de Danny, estoy segura de que esta será una nueva oportunidad para ser yo quien tome las riendas de mi vida. A medida que lo voy pensando… detengo mi reflexión frente a la computadora y veo a Peter del otro lado del escritorio, observándome, y se ríe.

—¡Atención! —Phillip nos mira—. Bennett, Pons y Tanaka, a mi oficina.

Nos dirigimos hacia allí y veo detrás del cristal a unos hombres adentro, miro a Tanaka y me hace un gesto de intriga con la boca.

—Entren —ordena Phillip y señala a los hombres—. Agentes Ainara Pons, Peter Bennett, Freddie Tanaka, él es el jefe de bomberos de Nueva York, Chad Wells. El jefe de operaciones, Julio Aguilar; nos acompaña también Mark Steel, perfilador criminal del
FBI
. Ellos nos ayudarán con el caso del pirómano para poder armar un perfil y encontrar al criminal lo antes posible.

—Hemos reunido varios elementos donde ocurrieron los siniestros —comienza Chad Wells con una carpeta en la mano y la otra en el bolsillo—. Según los reportes de los trabajadores, un material plástico con pegamento adhesivo se encontró en el sistema central del ducto de aire en los últimos tres incendios, junto con restos de una bengala de humo en la parte baja del mismo ducto y restos de pólvora que podrían pertenecer al interior de una mecha de seguridad. Pensamos

que el perpetrador pudo haber colocado un sistema detonante por ese medio.

Mientras Chad habla, no puedo evitar sentirme intimidada por su porte masculino. Es un hombre alto y fornido, de ojos café intenso, con una voz potente y un cabello castaño perfectamente peinado que termina de favorecer su dialecto refinado.

—¿… no es así, agente Pons? —Logro escuchar su frase final con la pregunta que no logré oír por observarlo.

Miro alrededor y todos me miran esperando una respuesta; me siento una idiota.

—Disculpe, ¿cómo dijo? —Trato de disimular.

—En su informe, los trozos de vidrio en la altura media del edificio de Albany.

—Correcto —sigo—, tenían forma ovalada y estaban justo al lado del ducto central de aire. Deduje, por lo tanto, que podría tratarse de una bomba molotov casera.

—Entonces —continúa Tanaka—, ¿usaba la cinta adhesiva para fijar la mecha por el ducto de aire? ¿No es algo trabajoso?

—No creo que haya hecho eso en todo el trayecto de la mecha —comenta Julio Aguilar—, solo en la parte superior del edificio, desde donde suelta el rollo. Luego en el centro une la mecha a la bomba casera y usa la cinta para fijar todo.

—Y en la parte baja para colocar la bengala de humo de colores, como su firma —termina Bennett—. Pero ¿qué es exactamente lo que impulsa a estos locos a prender fuego a todo?

—Placer, por lo general —responde Mark Steel—. La mayoría de las veces los pirómanos han sido niños víctimas de violación o traumas, y ven el fuego como un medio por el cual alcanzar la libertad. Sienten la necesidad de provocarlos, es un impulso fuerte para ellos, como la ira cuando nos sentimos agobiados y necesitamos explotar.

Bennett anota todo y coloca identikits en la pizarra de la oficina.

—¿De dónde salió ese identikit? —pregunto—. No tuvimos respuestas concretas de los testigos sobre un posible rostro.

—Son perfiles establecidos de acuerdo con el índice registrado de pirómanos —responde Mark acercándose a la pizarra—. Suelen ser hombres blancos, de veinticinco a treinta años, desempleados y con un carácter fuerte. No suelen ser los mejores haciendo amigos y tienen una tendencia asocial bastante importante. Además, en algunos se ha registrado que se quedan observando o grabando el incendio en medio de la multitud.

—¿Es posible que solo se trate de un adolescente con tendencia a

la destrucción o busque subir su autoestima salvando personas, luego de provocar el incendio? —pregunta Bennett con los brazos cruzados, apoyado en el escritorio.

—Es algo a medias —responde Mark—. Alguien con tendencia a la destrucción puede ser incendiario, canalizar su ira por ese medio; pero el pirómano tiene una conducta impulsiva, necesita hacerlo. También es posible que el pirómano se encuentre en un ambiente ideal y combine una necesidad de fuego con otra de salvar personas.

—He sabido de casos reportados de trabajadores en esa situación. Claro que hace mucho tiempo —comenta Chad.

—Un momento —interrumpe Tanaka—, ¿ha habido bomberos pirómanos?

—Pues las enfermedades mentales son una lotería y nadie queda exento —sigue Chad y, nuevamente, quedo admirada por su madurez.

—Todos tienen *modus operandi* similares, pero la firma es auténtica y distintiva —sigue Julio—. Tenemos como posible «marca» en nuestro pirómano el humo de colores antes del incendio, la bengala que ha sido encontrada en los últimos tres incendios en Albany.

—En los anteriores solo había rastros de la cinta adhesiva y pólvora, es posible que no haya querido destacar o la prueba de ello se haya perdido entre las llamas —comenta de nuevo Chad—. De todos modos, estoy seguro de que ha habido un cambio, alguna motivación luego de Búfalo que le haya incentivado a colocar las bengalas para llamar la atención.

De repente, me pongo pensativa y dejo de escuchar. Recuerdo que en el edificio de Búfalo unos indigentes que buscaban refugio resultaron muertos en el incendio, y luego de eso, los siguientes tuvieron víctimas fatales aseguradas.

—Claro, quiz…

—¡Las muertes! —digo en voz alta, y todos me miran otra vez luego de interrumpir a mi jefe—. Hasta el incendio de Búfalo todos eran edificios vacíos: deshuesaderos de autos, almacenes… Él se aseguró de que así fuera.

Observo cómo todos me miran con especial atención.

—Luego de la muerte de los indigentes, en el edificio abandonado —sigo eufórica señalando puntos en la pizarra—, cambió sus objetivos y se aseguró de que hubiera víctimas. El humo es la clave de su nuevo impulso: asesinar.

Sus rostros demostraban admiración, sobre todo el de Mark Steel, perfilador criminal del
FBI
. Prácticamente me había encargado de realizar su trabajo.

—Bien hecho, Ainara —dice mi jefe—. Los tres prepárense para comenzar la etapa de rastreo. Tenemos un sujeto solitario de veinticinco a treinta años, caucásico, desempleado y seguro carga un bolso o mochila con los siguientes elementos: mecha de seguridad, cinta adhesiva, bengalas de humo y algún generador de llama, como un encendedor de bolsillo. Cabe la posibilidad de que se quede observando o grabando el incendio, no descartar esto —ordena.

Todos comienzan a moverse y en mi cabeza resuena el comentario del jefe del Departamento de Bomberos, de que alguna vez hubo bomberos pirómanos. Entonces me acerco a él.

—Chad, ¿puedo hablarle un momento?

—¿Qué necesita, agente Pons? —responde de modo servicial.

Comento de manera casi rutinaria y sin dudarlo.

—Me gustaría hablar con el cuerpo de bomberos bajo su cargo, particularmente los que presten servicio en Rochester y Búfalo.

Chad lleva su fastidiosa mirada a un lado y toma una larga bocanada de aire.

—¿Acaso duda de mi personal, agente Pons?

—Solo es un procedimiento de rutina —respondo con amabilidad y tratando de apaciguarlo para que me dé el maldito acceso—. Usted comentó hace un momento que…

—Sé muy bien lo que acabo de comentar, agente —responde con total frialdad en la voz y ya no me parece tan atractivo—, también sé que las cosas cambian con los años. Desde que yo estoy a cargo del Departamento de Bomberos no ha existido tal negligencia y cada trabajador, antiguo o nuevo postulante, es evaluado como corresponde antes de colocarse el uniforme.

Me quedo un momento en silencio y trato de responder con calma.

—Escuche, Chad, no estoy acusándolo a usted o a alguno de los bomberos de haber participado en esto. Lo único que quiero es hablar con ellos para descartar cualquier posibilidad, incluso podrían darme información, algo que nos ayude a atrapar al verdadero asesino. —Veo que la actitud de Chad Wells comienza a cambiar—. Todos aquí perseguimos el mismo objetivo, atrapar a ese desgraciado y salvar vidas.

Chad lleva la mirada nuevamente a un lado y responde con total seriedad.

—Haga lo que tenga que hacer, Ainara. Tiene mi consentimiento.

En ese momento suena su teléfono móvil y, al ver en la pantalla de quién se trata, responde diligente, como un niño pequeño.

—Mamá, ya te he dicho que no me llames a estas horas…

Yo me volteo y sonrío… «Hombres, siempre son como niños»,

pienso y me voy.

6

Utopia Playground Park. Queens, Nueva York
Martes 22 de enero
4:15 p. m.

Observo a Bob jugar con los niños en el parque. Se lanzan una pelota de hule unos a otros en una ronda y él trata de atraparla, casi como uno más de ellos. Me pregunto si algún día tendré un niño propio, uno que saliera de mi vientre luego de nueve meses de dolores de espalda y pasteles de manzana. Pienso que me estoy volviendo vieja y solitaria.

Uno de los niños corre en dirección a la banqueta donde estoy sentada y veo que se coloca frente a mí, con una sonrisa y las manos a los lados. Permanece mirándome, sin hacer nada, como si esperase alguna especie de respuesta que yo no soy capaz de dar.

—Quiere la pelota —escucho decir detrás de mí—. Está debajo de la banca.

Veo que la mujer se acerca y saca la pelota para dársela al niño, que rápidamente sale corriendo.

—Noah —comenta la mujer mientras se sienta a mi lado— es sordomudo.

—Pobre niño —digo y sigo mirando.

—No es tan malo, soy compañera de pilates de su madre —dice la mujer y no estoy interesada en lo que está diciendo—. Si quieres puedo pasarte la direcc…

Dejo de oírla cuando noto que algo que tengo enfrente llama más mi atención, del otro lado de los arbustos. Al principio se me dificulta identificar de qué se trata, pero luego puedo ver una persona que parece estar escondida, observándonos. Entonces comprendo que es a mí a quien observa, parece ser el hombre que hacía lo mismo en la esquina de mi casa, el de la gorra deportiva.

—Disculpa —interrumpo a la mujer y salgo caminando hacia él.

De repente me ve a los lejos, acercándome, se da la vuelta y comienza a caminar en dirección contraria. Me llama la atención su

chaqueta, en la espalda tiene el logo de un equipo de *hockey*; me apresuro a correr, cuando escucho un fuerte quejido de Bob a mis espaldas.

—¡Oye! —escucho gritar a un sujeto que intenta separar a un perro callejero que ataca a mi Bob.

Me acerco rápido hacia él y no parece tener daño alguno. Le coloco la correa y volteo a ver en dirección al desconocido, pero no hay nadie. Por un momento me invade el sentimiento de desconocerme a mí misma, y me preocupa estar volviéndome loca.

• • •

Veterinaria Baresi. Queens, Nueva York
1:00 p. m.

Toco el timbre de la veterinaria para darles el presente que les compré a los Baresi. Veo mi reflejo en el vidrio de la ventana y aprovecho para arreglarme un poco, cada día estoy más descuidada. Vuelvo a tocar, pero nadie atiende. Bob permanece a mi lado, está algo inquieto y me mira.

Llevo mi dedo nuevamente al botón del timbre, cuando noto la puerta no del todo cerrada, la empujo despacio y esta se abre. De inmediato marco el número de Jack en mi móvil, pero no responde.

—¿Hola? —Entro despacio y no parece haber nadie—. ¿Jack?

Apenas entramos, Bob comienza a tirar de su correa y trato de detenerlo. El lugar está vacío, llevo mi mano en dirección a la cintura para desenfundar mi arma y el regalo envuelto en papel verde azulado cae al suelo.

—Jack, Deborah…

No obtengo respuesta alguna.

De repente, Bob se suelta con un torpe movimiento y sale corriendo hacia las escaleras, para luego desaparecer rápidamente hacia la segunda planta.

—¡Bob! ¡Maldición, Bob!

Me dirijo allá con la mira de mi Smith & Wesson Competitor hacia el frente. A cada escalón trato de no pensar en lo peor, ni siquiera en la ausencia de Bob, que no produce sonido alguno allá arriba.

Abro la puerta entreabierta de la entrada principal y todo parece estar en calma, no digo ni una palabra y mantengo mi postura firme. Atravieso el vestíbulo de la entrada, hacia el salón principal, y lo primero que desde mi perspectiva aparece es una mano en el suelo, detrás del sillón.

—¿¡Hay alguien aquí!? —grito con voz segura—. Soy policía… ¡No

intente nada y salga con las manos en alto!

A medida que me acerco, mi corazón se acelera y finalmente puedo ver la escena. Jack y Deborah, ambos permanecen en el suelo con los ojos abiertos, muertos y con la expresión llena de pánico. Miro alrededor y no parece haber nadie allí, solo los dos cuerpos junto a un par de copas y el vino esparcido, y no hay rastros de sangre o cortaduras. Me acerco y coloco el dedo índice en el cuello de Jack. No tiene pulso.

—¿¡Qué demonios ha pasado!?

Trato de apaciguar mi desesperación y me es imposible bajar el arma. Intento no pensar en ellos antes de esto, intento olvidar que es su aniversario de quince años de un feliz y próspero matrimonio. De inmediato pienso en Pamela y me dirijo a su habitación, esperanzada en que continúe aún con vida.

Corro hacia las habitaciones. Veo el baño, una habitación de huéspedes, y por fin encuentro la de Pamela. Abro la puerta, pero no hay rastros de ella allí y comienzo a pensar en un secuestro. Escucho un ruido de algo acercarse a la puerta, mi corazón se detiene y en un fugaz movimiento llevo el arma hacia el frente. Veo a Bob en la puerta y mi ritmo cardíaco comienza a bajar.

—Pamela —pienso en voz alta—, se la han llevado.

Tomo mi teléfono móvil y marco el número de la oficina.

—Oficina del
FBI
—escucho decir a la operadora.

—Soy la agente del
FBI
Ainara Pons, me encuentro en el 203 de la 57th Street en un aparente caso de homicidio y secuestro de una menor. Tengo dos cuerpos sin vida y necesito personal forense de inmediato. ¡Repito, de inmediato!

7

Vivienda Baresi
Martes 22 de enero
9:05 p. m.

Me siento una completa inútil. Mi jefe y Peter me han obligado a permanecer sentada hasta que el equipo forense termine de examinar la escena. Veo los ojos sin vida de Jack y Deborah y no puedo evitar sentir una gran decepción por la vida, eran buenas personas, de las mejores que he conocido. Tengo un nudo en la garganta que no me permite tragar saliva y desearía poder gritar con todas mis fuerzas. No soporto seguir aquí. Me levanto, camino hacia la cinta de seguridad que rodea la escena y ya puedo ver a Peter acercarse hacia mí.

—Ainara. —Me toma del brazo, firme—, ¿qué estás haciendo?

—No voy a permanecer un minuto más en esa silla sin hacer nada. ¡Míralos! —Dirijo la mirada hacia los cuerpos en el suelo—. Debo encontrar al desgraciado que hizo esto. Y necesito hacerlo ahora mismo.

Peter agacha la cabeza para luego mirarme con compasión. Él siente mi dolor, puedo percibirlo, pero la rabia me nubla el pensamiento.

—Ainara. —Me coloca las manos en los hombros para que lo mire —. Sé lo difícil que debe ser esto para ti. No hay nada que pudieras haber hecho para evitarlo.

¡Maldición! Me quedo sin palabras, él tiene razón, pero no puedo dejar de sentirme culpable. Quizá si hubiese llegado antes.

—Peter, no necesito un hombre compasivo ahora. —Quito sus manos de mí—. Necesito al mejor agente del
FBI
para resolver este caso.

Observo a mi alrededor y veo al equipo forense, tres oficiales de la policía, dos agentes externos y a Tanaka en silencio, con la mirada en nosotros. Cierro los ojos y me froto la sien con los dedos. Las luces de las sirenas siguen iluminando la sala desde afuera y los murmullos de

quienes están aquí me vuelven loca; ¡necesito respuestas!

—Ainara. —Escucho una voz y miro a la forense que se pone de pie para acercarse a mí, quitándose los guantes.

—¿Sabe cómo murieron? —pregunto desesperada—. ¿La hora de la muerte o algo que nos ayude con el caso?

Peter me mira y permanece en silencio.

—Acabo de analizar las copas que encontré en el suelo y había rastros de cianuro de potasio en ambas —continúa ella.

—¿Sabes hace cuánto murieron? —pregunta Peter.

—De acuerdo con la concentración del cianuro y el *rigor mortis*, yo diría que llevan muertos unas tres horas. Estoy segura de que fue una dosis pensada para matar.

Una hora antes de que yo llegara. Necesito hacerle la pregunta y trato de no sonar demasiado involucrada.

—¿Fue rápido? —digo y evito cualquier expresión al preguntarlo.

—Los cristales de cianuro se combinan con los ácidos del estómago y eso provoca quemaduras en el tejido interno de la piel, lo que permite que la sustancia se esparza rápidamente por la sangre y llegue a todas las células del cuerpo. —La doctora trata de ser lo más clara posible—. Una vez allí, «corta» de inmediato la energía y la entrada de oxígeno en las células. La muerte se produce casi al instante. —Me mira con delicadeza—. Fue muy rápido, agente.

—Muchas gracias —respondo y me aparto con Peter para seguir hablando.

—¿Tienes idea de si pudo haberse tratado de un suicidio? —pregunta Bennett y de inmediato respondo.

—Definitivamente no, los Baresi no tenían motivo alguno para suicidarse. La forense dijo que la concentración del cianuro de potasio era bastante alta como para provocar una muerte segura. Quien haya hecho esto, sabía bien lo que hacía.

Mientras hablo, pienso en Pamela y en lo que Jack y Deborah me habían comentado sobre su comportamiento. Tuvieron que quitarle su celular para que no se contactase con aquel muchacho problemático.

—¿Qué piensas de la niña? —Peter interrumpe mi razonamiento mental—. No puede ser un secuestro por dinero, sino no habrían asesinado a sus padres; debe tratarse de tráfico de personas. Hemos tenido varios casos últimamente.

—No —comento segura—. El chico de…

Me desvanezco y caigo en los brazos de Peter, pero de inmediato vuelvo en mí.

—¡Ainara! ¿Estás bien? —Oigo su voz en una borrosa imagen—. ¿Cuándo ha sido la última vez que has comido algo?

—Creo que por la mañana —respondo y los brazos de Peter me dejan en el sillón.

Todo me da vueltas por un momento.

—Bien, te traeré algo de comer. Luego te llevaré a casa para que descanses.

—No. —Intento levantarme—. Debo hacer una llamada ahora mismo.

—¡Estás loca! —Peter me devuelve al sillón—. Debes descansar, Ainara, mañana haces todas las llamadas que quieras. Ahora quédate quieta por un minuto, le pediré a Tanaka que traiga algo de comer. No te muevas, por favor.

Quizá la orden de Peter sea oportuna. No puedo pensar con claridad, y lo necesito con urgencia. Apenas me recupere, hablaré con Andrew Collins, mi *hacker* favorito, el único capaz de recabar información de manera rápida en la Red.

• • •

Vivienda Pons
Miércoles 23 de enero
7:30 a. m.

No sé en qué momento me he dormido, pero creo que nunca en la vida me había despertado tan descansada y llena de energía. Me levanto y pongo a funcionar la ducha para darme un rápido baño de agua caliente. Mientras, aprovecho para marcar un número en mi celular.

—¿Quién demonios llama a esta hora? —escucho preguntar a la voz enfadada y adormecida del otro lado.

—¿Acaso los *hackers* jamás trabajan?

—¿Ainara? —responde sorprendido—. Oye, llevas bastante tiempo desaparecida. ¿Cómo has estado?

—Me parece que el desaparecido eres tú. —Cambio mi tono para ir directo al grano—. Escucha, Andrew, necesito que nos encontremos cuanto antes.

—¿Quieres eliminar a otra organización criminal internacional? Porque no sé si pueda seguir haciéndolo, ya me estoy poniendo viejo.

El tono irónico de Andrew ahora no me parece tan gracioso, sino real. El tiempo en este trabajo se está llevando nuestra juventud, y no puedo evitar pensar en Danny. Me pregunto si en algún momento mi vida será igual a la de la mayoría de las personas en el mundo.

—Necesito que investigues a alguien. Su nombre es Pamela Baresi, es una adolescente que desapareció ayer en la noche y necesitamos

encontrarla —le digo y le pido que tome nota—. Necesito que encuentres a su contacto, ella tenía un novio; además, ella se declaraba *emo*. Investiga sus redes sociales, trata de buscar la mayor información posible; si lo encontramos a él, encontramos a Pamela.

—Entiendo, no será complicado —indica Andrew—. Te llamaré en cuanto encuentre algo.

—Espera. —Intento recordar el nombre bordado en la mochila de Pamela, puede ser algo que nos lleve con la chica—. Busca información sobre la palabra «Alkaline», todo lo que puedas averiguar sobre eso y de lo que te hablé antes.

Corto la llamada y comienzo a quitarme la ropa. Antes de entrar a la ducha, me doy cuenta de lo vacía que está la habitación y llevo mi mano hacia uno de mis brazos desnudos. Comienzo un roce con los dedos sobre la piel y trato de recordar cómo él lo hacía, caricias suaves y amorosas, con la paciencia de un artesano sobre el barro mojado. Se me escapa una sonrisa… Me detengo y entro a la ducha de inmediato.

• • •

Al salir de la ducha me encuentro a Bob parado en la puerta, me mira con cara de que quiere algo. Termino de secarme el pelo y me agacho para acariciar a mi bestia fiel. Me quedo un momento quieta, mirando hacia la nada para pensar en el asesino de Jack y Deborah, necesito hallarlo cuanto antes para averiguar por qué razón los asesinó. Quizá sea una venganza del novio de Pamela por haberlo separado de ella… Espero que ella esté bien. ¿Cómo lidiará la pequeña con la muerte de sus padres una vez sea rescatada? Estoy segura de que volveré a verla, necesito pensar en eso.

Bob pega un fuerte ladrido y me tumba al dirigirse corriendo a la ventana. Veo que sigue ladrando como loco y me acerco para ver de qué se trata, quizá una paloma o alguna otra ave del vecindario. Llego a ver a través del cristal a un hombre con un abrigo para lluvia, pero no logro ver su rostro.

—¡¿Es él?! —susurro y me dirijo rápidamente a abrir la puerta.

Al hacerlo, puedo notar que no hay nadie allí afuera. Corro hacia la acera para ver a dónde ha escapado, pero no hay absolutamente nadie allí. Viento congelado y soledad, es lo único que hay.

Entro y cierro la puerta. Aprieto el puño con fuerza y me pregunto quién será este extraño que me está siguiendo, ¿o será solo mi imaginación?

—¿Qué me está pasando? —Bob me mira nuevamente hablando sola.

8

Oficinas del
FBI
, Nueva York
Miércoles 23 de enero
9:00 a. m.

Me apresuro a subir las escaleras de la oficina. El ascensor está descompuesto otra vez y estoy llegando bastante tarde. Jamás llego tarde y ellos lo saben, ambos me habían marcado al celular, pero no los atendí. Si esto habría pasado en la oficina de Seguridad Nacional, no me hubiese importado demasiado, pero sí aquí, con mis fieles compañeros del
FBI
.

Entro y observo el ajetreo normal. Oficiales tecleando sin parar, asistentes corriendo a sacar copias, y detrás veo un cristal que deja notar la sombra de un hombre alto apoyado en el escritorio, tomando un café: Peter. En una silla al lado se encuentra el muchacho con una carpeta o papel en la mano. No podría ser alguien más que Freddie Tanaka. Me abro paso entre los asistentes que corretean frente a mí y abro la puerta de la oficina.

—¡Y se hizo la luz! —bromea Peter al verme entrar.

Cierro la puerta, veo mi rostro reflejado en el cristal y me doy cuenta de la mala cara que llevo hoy, recuerdo que no he hecho ni el menor esfuerzo en disimularlo.

—Siento llegar tarde. —Dejo mi abrigo en una silla y sigo hablando—. Me topé con un atasco en la carretera, una maldita grúa parece haberse descompuesto justo en medio de la calle y toda la avenida Madison estaba congestionada.

Ambos se miran como si supieran que estoy mintiendo, pero quizá solo se trata de otra de mis alucinaciones. No me importa y pregunto.

—Y bueno, ¿de qué me perdí?

—Tenemos los resultados del informe pericial del caso del

pirómano —me cuenta Tanaka y me acerca una taza humeante de café y una carpeta que lleva en las manos—. Las muestras recogidas en las escaleras y en los restos de vidrio que encontraste corresponden a líquidos inflamables.

—Bencina y aceite de auto —leo en voz alta.

—Exacto —comenta Peter—. La bencina es el detonador más efectivo para avivar un fuego de inmediato, y el aceite de auto permite que el fuego se impregne de manera mucho más efectiva en la superficie. Esta mezcla es usada con frecuencia en la fabricación de bombas caseras. Tenías razón, el rastro del vidrio ovalado que encontraste era una bomba molotov.

—¿Rastros de ADN? —pregunto.

—Analizaron la cinta adhesiva que encontré —interrumpe Tanaka —, no hallaron material genético. Quizá el pirómano utilizó guantes, seguro habrá adquirido experiencia con los otros incendios y ahora sabe mejor cómo protegerse.

—Entiendo —respondo y me quedo pensando un momento, pero luego lo digo en voz alta—. Los testigos que interrogaste aseguraron no haber visto a nadie sospechoso salir del edificio, ¿verdad?

—Así es —responde Tanaka—, me aseguré de interrogar a todos y ninguno ha visto a alguien ajeno a las viviendas. Al parecer, todos se conocían. Recuerdo que también vieron a alguien grabando con un teléfono móvil, pero lo identificaron como un transeúnte, alguien que iba de pasada. Si no, lo hubieran reconocido como alguien que estuvo dentro del edificio primero.

Pienso y me es imposible creer que todas aquellas personas hayan podido ignorar a alguien que no vivía en el edificio. Tiene que haber salido por la entrada principal.

—¿Piensas en alguien que vivía allí? —pregunta Peter.

—Realmente no —respondo y sigo razonando—. Si el pirómano colocó bombas molotov en la mitad del edificio y encendió la mecha de seguridad en la parte baja del ducto, ¿cómo pudo haber salido tan rápido de allí? Esas mechas demoran segundos en quemarse, aun cuando sean de varios metros de largo.

—Es cierto —comenta Peter, ahora pensativo—, el ducto de aire se encontraba en la parte trasera del edificio. Tendría que haber atravesado la puerta de las escaleras de la primera planta que lleva al ducto y luego varios metros hasta la puerta principal.

—Demoraría al menos cuatro minutos en hacer ese recorrido — agrega Tanaka—, o más, si es que no quería ser descubierto saliendo

de allí a las corridas. También las bengalas de humo se habrían encendido en ese momento.

—Tanaka, necesito que corrobores si el humo de color fue visto en los incendios anteriores al de Albany, y también los posteriores —pido y trato de ser objetiva—. Forma un equipo y busquen los materiales utilizados que pudo haber dejado allí, por favor, asegúrate de verificar cuáles son característicos de cada incendio. Necesitamos establecer su *modus operandi* antes de que continúe atacando.

Tanaka recoge de inmediato el informe de la mesa, además de su chaqueta, y sale de allí. Yo me quedo mirando un punto lejano mientras me llevo la mano a la mejilla, no puedo dejar de pensar en Jack y Deborah. Necesito recibir la llamada de Andrew para saber qué pudo averiguar. De repente, siento la mano de Peter en el hombro.

—Ainara. —Me doy vuelta para verlo de frente y tiene la mirada preocupada—. ¿Estás bien?

Me quedo un momento callada. Noto que me ha preguntado eso muchas veces en estos días.

—Sí, me encuentro bien. Solo estoy un poco… distraída.

—Escucha, siento mucho lo de tus amigos, los Baresi. —En su voz hay genuino interés y me alivia—. Sabes que siempre estoy aquí para apoyarte, ¿sí?

—Gracias, Peter.

—Es en serio. —Me mira a los ojos con cariño—. Si necesitas ayuda, me la pides. Todo lo que pueda hacer, lo haré.

Toco su brazo y aprieto con fuerza para que sienta lo que no puedo expresar con palabras. Si supiera el miedo que tengo de hablar de más, lo entendería.

—Muchas gracias, es bueno saber que cuento contigo.

• • •

11:15 a. m.

Llevo un rato ya delante de mi escritorio, estoy desconcentrada y la pantalla frente a mí me exige terminar de redactar el informe de la última casa incendiada en Albany. No dejo de preguntarme cosas sobre los Baresi. Siento que es mi obligación hallar a Pamela con vida para enmendar el no haber llegado a tiempo para salvarlos.

El sonido de mi teléfono móvil me provoca un sobresalto. Veo que es Andrew y respondo.

—Dime que pudiste encontrar algo.

—¡Mi amigo Andrew! ¿Cómo has estado? —bromea sarcásticamente, y tiene toda la razón—. ¿Acaso no piensas invitarme

un café? Casi no he dormido trabajando para ti.

—Disculpa, ¿dónde quieres que nos encontremos?

—No lo sé, ¿en tu oficina? —Levanto la mirada y lo veo parado en la puerta, con dos tazas de café en las manos.

Me asusta la habilidad de Andrew para aparecerse de la nada.

—Ya quita esa cara de sorpresa. —Se acerca y me deja una de las tazas sobre el escritorio.

—¿Puedo saber cómo has logrado pasar hasta aquí? —Tomo la taza y veo la sonrisa de satisfacción de Andrew.

—¿Sabes qué creo, Ainara? —Se acomoda en el sillón de cuero de la oficina—. Creo que subestimas mis habilidades. Ese es un error que jamás debes cometer, amiga mía.

Sonrío y, de pronto, me pregunto qué será de su vida.

—Por supuesto. Dime, ¿has podido averiguar algo? —Le doy un sorbo al café y sabe peor que el que tomo a diario en la oficina.

—Así es, parece que a la pequeña Pamela le gusta hacer malas amistades. —Andrew deja de permanecer recostado y se sienta con una expresión un poco más seria—. La palabra que me diste, «Alkaline», es el alias que ella usaba para contactarse con otros sujetos raros en la red.

—¿Raros? ¿En qué sentido? —pregunto intrigada.

—Se reúnen en un metaverso que se llama Sadworld y parece albergar a millones de adolescentes *emo* en el mundo, quizá en el universo. —Se carcajea y sigue—. Los chicos se registran en esa página web y tienen pase directo a un mundo virtual en el que sus avatares hacen descargos emocionales, anécdotas tristes, hablan sobre lo trágico de sus vidas y hay hasta recomendaciones para lastimarse rasando el suicidio.

—Sus padres me habían comentado que Pamela adoptó la cultura *emo* —pienso y pregunto—. ¿Lograste ver sus conversaciones personales?

—No había conversaciones —comenta Andrew—, solo una. Miles de chats con un sujeto que se hacía llamar Black Malik. Traté de investigar, pero no encontré un nombre real relacionado con el seudónimo. Ni fotos, ni familia, nada.

—¡Maldición! —replico el grito en mi cabeza en voz alta.

—Tranquila, no pude obtener información personal sobre él, pero tengo algo que quizá sea mucho mejor. La dirección exacta desde donde se conectó hasta que la chica desapareció, seguro vive allí.

—¿Es en serio? —Mi cara refleja lo agradecida que estoy con él por esa información.

—En tu computadora encontrarás la dirección, adjuntada a una

fotografía satelital del lugar. Busca en la carpeta «
AP
» del servidor. Es un almacén de productos químicos por Jackson Avenue.

—No sé qué decir. Muchas gracias.

—Tranquila, sé que hallarás al maldito que tiene a la pequeña. Ahora debo irme. —Me señala con el dedo índice—. Pero me debes un almuerzo.

—Dalo por hecho —digo y me despido de Andrew.

Cierro la puerta de la oficina y me apresuro a abrir la carpeta «
AP
». Observo con atención la fotografía del almacén que mencionó Andrew y de inmediato relaciono al sospechoso con Jack y Deborah.

—El veneno —pienso en voz alta—, tiene acceso a productos químicos.

Tengo el lugar donde se esconde, tengo un motivo para encerrarlo y nada podrá detenerme ahora.

Voy a atrapar al maldito.

9

Estacionamiento del edificio del
FBI
, Nueva York
Miércoles 23 de enero
11:30 a. m.

Me detengo frente a mi Tundra y busco las llaves en mi mochila de cuero, pero no las encuentro. Me pincho con algo que hay en el interior y se me resbala de las manos la carpeta con papeles, entre ellos la información ya impresa que Andrew me había traído. Cuando me agacho a recogerlos, noto las llaves en mi bolsillo trasero y me apresuro a colocarla en la ranura. Noto que no puedo girarla ni tampoco quitarla.

—¡Mierda! —suelto—. ¡Maldita sea mi suerte!

—¡Pero qué modales son esos!

Giro la cabeza y Peter está detrás de mí. Se acerca y me mira de pies a cabeza.

—¿Estás bien?

—¿Quieres dejar de preguntarme eso? —se me escapa por la furia de no poder abrir la maldita puerta.

Veo la mano de Peter sobre la mía. Me presiona con suavidad para soltar la llave y comienzo a temblar. La suelto de inmediato y luego habla.

—Ven, te llevaré a tu casa.

—No voy a mi casa, necesito ir a otro lugar en Queens. ¿Puedes llevarme?

Él se ríe.

—Claro que te llevo —dice y se dirige a su auto—. ¿Vas a quedarte ahí?

—Es que no puedo quitar la llave —digo forzando la puerta para ver si cede, pero no pasa.

—Déjala —dice casi burlándose de mi maniobra inútil desde la ventana de su auto.

—¿¡Cómo voy a dejar la llave puesta aquí!? —Lo miro furiosa—. ¿Acaso estás loco?

—Claro —responde con la mirada al frente y una sonrisa—, seguro alguien va a robarse la camioneta de una agente del
FBI
guardada en el estacionamiento más seguro de esta zona.

• • •

Nos subimos a su auto y marchamos a Queens.

Yo solo volteo hacia la ventana y no miro a Peter, él es el único que habla.

—Estás muy callada, Ainara, no has dicho nada en todo el viaje. ¿Me dirías al menos a dónde vamos?

Me gustaría decirle a Peter todo lo que tengo adentro, pero ni siquiera podría ordenarlo en mi cabeza para decírmelo a mí misma. Le cuento con calma lo de la hija de los Baresi, y la información que Andrew investigó para mí. Una vez que llegamos a la dirección indicada, salimos caminando hacia el almacén, cerca de donde estamos.

—Creo que es aquí —observo y reconozco la estantería llena de frascos de vidrio—. Vamos a entrar.

El lugar está totalmente vacío. Hay un fuerte olor a químicos, mezclado entre el desodorante ambiental en aerosol y el friegasuelos.

—Esto parece una morgue del futuro —comenta Peter.

Las paredes están cuidadosamente pintadas de un gris luminoso y hay anaqueles de vidrio con lámparas de led debajo. Están llenos de frascos de laboratorio con formas extrañas y pequeños frascos rotulados, al parecer contienen químicos concentrados.

—Ainara —me llama Peter, sostiene uno de los frasquitos en la mano—, mira el rótulo.

Leo y dice en letras pequeñas: «cianuro de potasio, manéjese con precaución».

—Bienvenidos. —Un hombre de unos cincuenta años se acerca al mostrador con una sonrisa—. ¿En qué puedo ayudarles?

—Somos agentes del
FBI
—responde Peter y saca su placa—. Peter Bennett, y mi compañera, la agente Ainara Pons. Investigamos un caso de homicidio.

El hombre observa el frasco en la mano de Peter y se incomoda.

—¿Homicidio? —pregunta con el ceño fruncido—. ¿Y por qué vienen aquí?

—Necesitamos hablar con sus empleados —respondo—. ¿Quiénes

manejan el *stock* de químicos como este? —Señalo el frasco en la mano de Peter.

El hombre adopta una mirada seria y responde.

—Vengan, los llevaré al almacén donde guardamos los productos. Víctor, el supervisor, les dará toda la información que necesiten.

Atravesamos varias puertas de metal y llegamos a un cuarto repleto de estanterías con tubos metálicos. El hombre llama al supervisor y este se acerca con una carpeta anotadora en la mano.

—Víctor, ¿quién es el responsable de controlar el *stock* de cianuro de potasio?

Víctor verifica en su carpeta y señala el nombre escrito.

—Aquí está, es Kenneth Goodman. Están en su descanso para almorzar, tienen unos veinte minutos.

—¿Podría traerlo con nosotros, por favor? —pide Peter—. Solo serán unos minutos.

Víctor de inmediato cruza la puerta que da al cuarto del otro lado.

—Ese chico es muy extraño —comenta el señor del mostrador.

—¿Por qué lo dice? —pregunta Peter.

—Jamás habla de deportes ni de muchachas. Es muy callado y se viste raro, yo creo que es un marica.

Veo la puerta abrirse y Víctor nos comenta que Kenneth parece haber salido a comprar algo. No ha podido encontrarlo.

—Nos ha visto. —Miro a Peter y salgo corriendo hacia la entrada.

Apenas llegamos a la puerta, observo una motocicleta mediana de color negra salir del estacionamiento contiguo al almacén a toda prisa.

—¡Esa es su motocicleta! —grita Víctor desde el interior del almacén.

—¡Rápido, vamos! —digo a Peter y nos apresuramos a subir al auto.

El motor funciona a su máxima potencia y cruzamos la Jackson Avenue en un segundo.

—Se dirige al sur, no llames demasiado la atención. —Me sostengo de la puerta por la velocidad del auto—. Él cree que ha escapado y seguro nos llevará a su escondite.

El vehículo cruza un semáforo en rojo y una anciana grita con fuerza para quejarse. Logro ver la motocicleta del otro lado de la calle.

—Peter, por allá. —Señalo y dobla hacia la izquierda—. Baja la velocidad.

Seguimos a Kenneth un momento, y repentinamente se detiene frente a una casa en la 43th Street. Nos detenemos en la esquina.

—Está entrando a la casa —digo y abro la puerta del auto.

Nos acercamos despacio hacia el jardín. Las ventanas están

cubiertas con cartón y no dejan pasar la luz hacia adentro, como si fuese un búnker de guerra. Peter me mira y me señala en silencio hacia la parte trasera, él se dirigirá allí. Asiento y me acerco despacio hacia la entrada principal. No dejo de pensar en la imagen de Pamela, muerta allí adentro, y se me revuelve el estómago.

Llego a la puerta por el lado izquierdo y observo las telarañas en las esquinas superiores. Desenfundo mi arma y disparo en la cerradura.

—¡FBI! —grito luego de golpear la puerta con fuerza y derrumbarla al instante.

Me dirijo hacia dentro con mi Smith & Wesson firme al frente, cuando siento un fuerte golpe en las manos que me obliga a soltarlo. Kenneth, quien permanecía escondido detrás de la pared de adentro, trata de golpearme nuevamente con un bate de béisbol. Antes de que llegue el golpe, logro tomarlo con la mano y detengo un puñetazo con la otra. Él me propina una patada en las costillas y caigo al suelo, luego veo que impulsa el bate para volver a atacar y, rápidamente, llevo mi puño con fuerza a su entrepierna.

Trata de levantarse, pero sujeto su mano para aplicarle una llave e inmovilizarlo con la cabeza sobre el suelo.

—¡Quieto, desgraciado!

Trato de recuperar el aliento y escucho una voz.

—Suéltalo.

Giro la cabeza y no puedo creer lo que veo. Es Pamela, me apunta con mi propio revólver. Trato de hablarle.

—Escucha, Pam…

—¡Cierra la boca! —grita y quita el seguro—. Suelta a Kenneth ahora mismo o te vuelo los sesos.

Miro a la delgada niña con el arma en las manos y me repugna. Viste la misma ropa que tenía cuando la vi por última vez.

—Pamela, tienes que soltar el arma —digo e intento calmar mi voz—. Este desgraciado asesinó a tus padres, deja de defenderlo.

Ella ríe y me confunde aún más.

—Él no los mató.

En su mirada puedo notar la depravación. Su macabra sonrisa es más terrorífica que todo el maquillaje oscuro que lleva encima.

—Tú lo hiciste —digo sorprendida—. ¿Por qué?

Repentinamente, veo a Peter saltar de la nada sobre Pamela y la inmoviliza. Mi arma sale volando por los aires y yo la veo en cámara lenta frente a mí. Algo en todo esto está demasiado mal, no puedo

creer que ella haya sido capaz de hacerles eso. Los Baresi parecían ser los mejores padres del mundo, es increíble que hayan muerto envenenados por su hija de catorce años; la pequeña que amaban tanto.

• • •

Estación policial de Queens, Nueva York
4:00 p. m.

No puedo dejar de mirarla. Sentada allí, con esposas en las delgadas muñecas y los pies casi colgando de la silla. Me acerco y me mira con rabia.

—¿Estás contenta? —me pregunta enojada.

Tomo una silla y me siento junto a ella.

—No, Pam, no estoy contenta. —Mi voz suena cansada—. Desde hace más de un año que no me siento contenta. —Me mira ahora con tristeza—. ¿Por qué lo has hecho?

—Porque ellos detestaban a Kenneth. Siempre lo miraban con desprecio, desde que lo vieron por primera vez. Jamás se preocuparon por conocerlo, nunca le dirigieron la palabra, solo lo juzgaron por cómo se vestía y luego comencé a vestirme y actuar como él, para que vieran que no era diferente a mí. —Lleva la mirada al suelo—. No lo soportaron y me alejaron de él.

La entiendo, pero también entiendo a sus padres.

—Pamela, ellos te amaban —explico—. Lo único que hacían era protegerte.

—¡Ellos no conocían a Kenneth! —explota—. Por eso los maté, porque no podía seguir permitiendo que me obligaran a vivir a su manera. —Comienza a llorar y sigue hablando—. Le dije a Kenneth cuánto quería que se murieran y él me dio el cianuro. Lo coloqué en las copas antes de que brindaran por sus quince años de «feliz» matrimonio.

Me mira y sus ojos envueltos en lágrimas y dolor me parten el corazón.

—La única que no era feliz era yo.

10

De regreso a las oficinas del
FBI
, Nueva York
Miércoles 23 de enero
4:45 p. m.

—Aún no puedo creer cómo pasó todo esto —digo al volante—. Creo que jamás tendré hijos.

—No digas eso. —Peter a mi lado trata de calmarme—. Lo que hizo esa niña no tiene nada que ver con sus padres.

—¿Te han dicho qué pasará con ellos? —pregunto, siempre mirando al frente.

Peter no deja de hojear carpetas llenas de datos forenses de casos en curso.

—Hablé con el fiscal, me comentó que lo más seguro es que Kenneth sea juzgado como promotor intelectual del asesinato de los Baresi. También lo acusarán por abuso de menores, tiene veintidós, y ella, catorce. Supongo que estará encerrado un buen tiempo.

Pienso en él también como víctima. Quién sabe si realmente se amaban, si la única opción que tuvieron fue matarse o matarlos para dejar de sufrir. Ya no sé qué pensar.

—¿Qué pasará con Pamela?

Peter respira profundamente antes de responder.

—Pamela tendrá cargos como autora del crimen de sus padres y cargos menores por su comportamiento durante el arresto. Es un pase directo a la correccional y quién sabe dónde termine. —Suena su celular y atiende—. Es Phillip, parece que tienen algo bueno en la oficina.

• • •

Oficina del
FBI

, Nueva York
5:15 p. m.

—Hola, jefe. —Cierro la puerta de la oficina—. Entiendo que hay nueva información sobre el caso de Albany.

Phillip Nash se coloca frente a la pizarra blanca que contiene datos escritos con marcador y fotografías.

—Así es, tenemos dos nuevos sospechosos. —Señala una de las fotografías—. Herman Abbott, chico blanco y delgado, de unos veintiséis años de edad. Tiene antecedentes por varios incendios forestales provocados en las cercanías de Albany. —Señala la segunda —. El siguiente es Ernesto González. Blanco, de treinta y tres años de edad. Es obrero en una fábrica en las afueras de la ciudad y los vecinos aseguran haberlo visto merodeando cerca de los incendios.

—Bien, buscaremos datos sobre su localización y vayamos por ellos —comenta Peter.

—No es necesario —responde Phillip—. Ellos están detenidos en la central de Albany. Vayan, interróguenlos y averigüen si son responsables.

Peter y yo nos miramos y salimos otra vez en dirección al auto. Al pasar por el estacionamiento, Billie me saluda y con la mano me pide que me dirija hacia él. Lo hago y me entrega la llave de mi Tundra.

Lo miro sorprendida.

—Un buen amigo mío es cerrajero —me comenta el conserje con una sonrisa—. No se preocupe, solo se encargó de reparar la cerradura y se fue sin tocar nada.

—¡Cielos, muchas gracias! —No puedo creer que haya tenido ese gesto—. ¿Cuánto te debo, Billie?

—Tranquila, no es nada.

Sonrío en señal de agradecimiento y pienso en traerle un presente por las molestias, pero luego recuerdo que no ha salido bien la última vez que hice eso. Le indico a Peter que iremos en mi camioneta y pongo en marcha el motor.

• • •

Estación Central de Policía. Albany, Nueva York
7:00 p. m.

Bajamos de mi Tundra y me aseguro de no dejar mi llave adentro. Peter me indica la entrada a la central y le hago señas con la palma de mi mano.

—Espera. —Atiendo una llamada en mi celular—. Tanaka, ¿qué nos tienes?

—Tenemos algunas pistas —asegura él—. Encontramos restos de parafina y fósforos en los incendios de Rochester, parece que solo esparció el líquido en los almacenes y utilizó los fósforos como detonante. No encontramos restos de bengalas de colores aquí.

—¿Y en Búfalo?

—El deshuesadero de autos y el edificio abandonado tenían restos similares, tampoco hay bengalas; su técnica parece cambiar en el incendio de Albany. El equipo de investigación descubrió que existían dos tipos de mechas de seguridad: una de combustión rápida que se quema en segundos, y la otra de combustión lenta.

—Es la que encendió antes de salir del edificio —pienso en voz alta —. Bien, ¿qué más?

—Allí no encontramos fósforos, sino un encendedor, y bencina en lugar de parafina, mezclada con el aceite de auto como en el último con las bombas molotov. El encendedor está siendo analizado en busca de
ADN
o huellas dactilares. También el color del humo es diferente.

—¿En cada incendio? —pregunto.

—Así es. En la primera casa era de color azul, en la segunda, de color rojo, y en el edificio, de color rosa.

—Excelente trabajo, Freddie. Estamos en contacto, adiós.

Corto la llamada y veo a Peter parado con cara de curiosidad, y camino hacia la entrada de la central mientras hablo con él sobre la llamada.

—Parece que mi teoría era correcta. Comenzó a mejorar su técnica en Albany, cuando las víctimas ya empiezan a formar parte de su objetivo.

—¿Por qué lo dices? —pregunta Peter, impaciente.

—El humo de colores, las bombas caseras, el encendedor… todo apunta a que comenzó a usarlos cuando descubrió su faceta de asesino, además de la de pirómano. —Coloco mi mano y detengo a Peter—. Tenemos que atraparlo, este sujeto es muy peligroso. Peter, es un homicida sin control.

—No hay nada más peligroso que un loco con un encendedor —reafirma él.

—Exacto. —Retomamos el paso para atravesar la puerta de la entrada—. Veremos si alguno de estos dos lo hizo.

• • •

Uno de los oficiales nos lleva con el primer detenido. Entramos a la sala de interrogación y ahí está, un chico flacucho sentado de manera distendida, abriendo las piernas y mirando a un costado.

—Herman Abbott —digo y entro leyendo en voz alta la carpeta que me entregó mi jefe—. Siete arrestos en los últimos tres años, cinco por jugar con fuego en parques y reservas ecológicas, dos por disturbios en la vía pública. —Cierro la carpeta y miro a Peter—. Parece que a Herman le gusta llamar la atención.

—¿Qué edad tiene? ¿Nueve o diez? —pregunta Peter.

—Aquí dice que tiene veintiséis. —Veo que el chico sonríe y me acerco a su cara—. ¿De qué demonios te ríes?

Herman borra la sonrisa y permanece callado, mirándome fijamente.

—Ya dinos, Herman —dice Peter mientras camina hacia un costado—, ¿realmente no sabías que el edificio de Búfalo estaba habitado esa noche, antes de quemarlo?

El chico deja de mirarme para responder a Peter.

—Yo no incendié ningún edificio en Búfalo. Ni siquiera estuve ahí.

—¿En serio? —Vuelve a mirarme a los ojos—. ¿Dónde estuviste la noche del 20 de enero? Cuando mataste a dos ancianos y un adolescente en silla de ruedas.

—¡Eso es basura! —Golpea la mesa y se pone de pie frente a mí.

Veo la mano de Peter posarse sobre su hombro para obligarlo a caer en la silla nuevamente.

—Déjalo, Peter —digo y miro a Herman—, no creo que pueda ni golpearse solo. Nada más mira a este chico, es un flacucho sin trabajo, no tiene amigos ni novia, y su único pasatiempo es quemar y matar personas.

—¡No tiene idea de quién soy!

—¡Entonces dime, Herman! —Arrojo la carpeta sobre la mesa y me ubico frente a él—. Cuéntanos dónde estuviste la noche que se incendió el edificio en Albany.

—Pasé la noche del domingo en la sala de emergencias con mi tía enferma, si no me creen, hablen con el doctor que nos atendió en el hospital Madre Teresa.

Miro a Peter y ambos nos frustramos ante su posible coartada. Hacemos unas preguntas más y salimos de la habitación para hablar.

—¿Quieres un café? —Desearía un trago en estos momentos, pero asiento a la proposición de Peter.

• • •

Veo a mi compañero de regreso unos minutos más tarde con dos

vasos descartables en las manos. Me entrega uno y me comenta que hizo unas llamadas.

—Parece que Herman decía la verdad —me explica—. Hablé con el doctor Marvin del hospital Madre Teresa y confirma que su tía ingresó a emergencias el domingo por la tarde, él llegó con ella en la ambulancia y salió el lunes por la mañana cuando le dieron de alta. Las cámaras de seguridad lo confirman.

Ambos permanecemos en silencio por un minuto.

—Un momento —titubeo—, ¿las cámaras lo ubican en el lugar durante la noche o solo cuando entra y sale?

—Las cámaras están fuera de las habitaciones, solo grabaron la entrada y salida de Herman. La habitación estaba en la primera planta, pudo haber salido por la ventana y quemar el edificio antes de regresar por la mañana.

—Entonces que permanezca bajo arresto hasta que logremos corroborar si su coartada es correcta. —Me asquea el sorbo de café y comienzo a pensar en la pequeña Christine Salk, me pregunto si ya se encontrará mejor.

—¿Ainara?

Miro a Peter y me doy cuenta de que me estaba hablando.

—Perdón, estoy un poco distraída.

—Pregunto si quieres irte a casa, yo me encargo del otro.

—No te preocupes, estoy bien. —Dejo el vaso en un aparador—. Necesito terminar con esto cuanto antes, intentemos con el siguiente.

Peter se encarga de regresar a Herman a su celda y yo le pido al guardia que traiga a Ernesto González con nosotros. Mientras espero, masajeo mi cuello, tengo contracturas desde hace días, me vendrían bien unos buenos masajes. Involuntariamente, recuerdo a Danny viniendo a dármelos cada vez que me veía cansada y me esfuerzo demasiado para no pensar en ello ahora. Abro los ojos y veo frente a mí a Peter, que me observa.

—¿Estás bie…? Lo siento —se disculpa al notar que estaba a punto de cometer un error; me parece tierno—. Ernesto González está en la sala, ¿entramos?

—No te disculpes. —Le sonrío—. Gracias por preocuparte por mí.

Entramos a la sala y vemos al sospechoso. Mide poco más de un metro setenta y está muy delgado, permanece en la silla sentado como un niño asustado.

—Buenas tardes, señor González —dice Peter—. Imagino que sabe por qué está sentado aquí.

—Hola, señor. —Su voz es temerosa y suave, parece que haya pasado hambre—. Disculpe, no fue mi intención faltar a la ley. De

verdad, no tenía otra alternativa.

Peter y yo intercambiamos miradas.

—Entonces, admite que usted lo hizo —digo y veo que baja la mirada.

—Sí. Lo lamento, es que en el lugar de donde vengo no había trabajo, así que he tenido que venir aquí a buscarlo. —Comienza a llorar—. Hago lo que puedo para mantener a mi familia, los extraño a diario, trabajo duro y jamás he robado. Por favor, no me deporten a Cuba, se los ruego.

—Señor González, no somos de Migración —explica Peter—. Investigamos una serie de incendios en Albany y hay testigos que lo ubican en la zona antes y después de que los provocaran.

El hombre seca sus lágrimas con la chaqueta sucia que lleva puesta y su rostro señala sorpresa.

—Yo no tengo nada que ver con esos incendios.

—Entonces explíquenos —indago—, ¿qué hacía en los lugares donde sucedieron los incendios? Sabemos que trabaja en una fábrica de cemento a las afueras de Albany.

—Es por mi otro empleo —comenta con expresión de angustia—, por las noches entrego comida a diferentes restaurantes de Albany; en la fábrica de cemento me pagan muy poco dinero por ser indocumentado, mi jefe me amenaza con llamar a Migración si me quejo. En el empleo de repartidor me dan comida y todo el dinero se lo envío a mi familia en Cuba. Deben creerme, pregunten a mi jefe, el señor Dawson, de la empresa Cuisine.

• • •

Peter entra a la sala de interrogación y me ve frente a la mesa jugando con bolitas de papel arrugadas. Cierra la puerta y se sienta frente a mí.

—La empresa de envío de comidas corrobora la historia de Ernesto González —comenta—. Al parecer, lo único que hace el pobre hombre es trabajar para mantener a su familia en Cuba.

Respiro profundamente con las manos en la cabeza.

—Esto ha sido una total pérdida de tiempo —digo y me levanto para recoger mi chaqueta de la silla—. Vamos, Peter, creo que es todo por hoy.

Salimos de la estación para regresar a Queens y noto que es de noche. Se me cruza por la cabeza invitar a cenar a Peter, pero luego descarto la idea y entramos a la camioneta.

—¿Te gustaría comer algo? —me pregunta y me quedo muda.

Estoy a punto de asentir, pero mi celular suena y contesto.

—Buenas noches, Ainara, soy el jefe del Departamento de Bomberos de Nueva York. ¿Tiene un minuto?

—Hola, Chad, por supuesto —respondo—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Más bien, yo voy a ayudarle —dice y me intriga su respuesta—. He estado investigando al personal de Nueva York y encontré algo que podría interesarle.

Peter se queda mirando mi cara de sorpresa.

—Soy toda oídos.

—Uno de los bomberos de Rochester brindó servicios en los lugares donde sucedieron los incendios, luego solicitó el traslado a Albany y también estuvo presente en los incendios que se efectuaron allí. Le enviaré una fotografía y sus datos de contacto, su nombre es Linden Fisher.

—Gracias por el dato Chad. Pondré a alguien de mi equipo para que se dedique a investigarlo.

11

Vivienda Pons. Queens, Nueva York
Miércoles 23 de enero
9:30 p. m.

—Bien, llegamos —dice Peter y detiene el auto frente a mi hogar.

Ambos permanecemos en silencio. Me invaden unas ganas tremendas de invitarlo a pasar para cenar algo, me siento en deuda por el apoyo que me brinda desde hace tiempo. Veo que golpetea el volante con los dedos y mira hacia el frente con ternura, yo solo volteo a ver por la ventana. Parecemos dos adolescentes en una primera cita.

—¿Quieres… hablar? —Cada palabra que pronuncia acelera mi corazón a mil latidos por segundo, pero no puedo permitirlo. No con mi compañero.

—Perdón, Peter —digo y lo miro—, no puedo. —Veo su cara de resignación, pero también de comprensión, y nos abrazamos.

—Te veo en la oficina —me dice con una sonrisa mientras salgo de su auto—. Ese café horrendo te estará esperando cuando llegues.

Despido a Peter con una mirada cariñosa y se va. Miro al cielo, admiro la oscuridad de la noche y por un instante siento la soledad encima de mí, como si me apretara. Luego miro alrededor y recuerdo las alucinaciones que tengo con el sujeto que aparentemente me está vigilando, pero no hay nadie allí.

Cierro la puerta y ahí está él, esperándome con una sonrisa casi dibujada en el rostro. Se acerca y me besa con tal fuerza que me tira al suelo.

—¡Oye! Con cuidado, galán. —Acaricio su cabeza suave y se apoya en mis piernas—. Mi bestia negra, cómo te adoro. ¿Te gustaría comer algo?

De repente se me ocurre darme un gusto, uno que no me doy desde hace años. Me levanto del suelo, pongo un disco de *jazz* y hago una llamada. De inmediato, me sirvo un *whisky* con hielo y me desplomo en el sillón junto con Bob para mimarlo, y mimarme.

Pongo todo mi empeño en olvidar que trabajo para el
FBI
, en todo lo que ha pasado desde que he vuelto y simplemente me relajo. Minutos después suena el timbre. Es la comida que pedí.

Le doy cambio de más al repartidor y cierro la puerta con la bolsa de papel en mis manos. El olor que sale de ella hace que me dé vueltas la cabeza. Abro la bandeja y descubro arroz, camarones en ajo y albahaca, tabulé y un enorme volcán de chocolate. Me apresuro a servirle a Bob su comida y me siento nuevamente en el sillón a devorar con entusiasmo la delicia que tengo enfrente. Tengo tanta hambre que lo hago con las manos, y me permito sentir el placer que hace mucho no tengo.

• • •

A la mañana siguiente. Jueves 24 de enero
6:15 a. m.

Abro los ojos y siento una terrible acidez estomacal. En la mesita frente a mí hay moscas y Bob duerme entre mis piernas, es tan pesado que no las siento. Hago un pequeño esfuerzo para tratar de levantarme y el vaso vacío de vidrio cae al suelo y despierta a mi bestia negra.

—Vamos, Bob, levántate. —Me es imposible moverlo—. Tengo que ir a trabajar.

Al fin logro levantarme del sillón, me doy una rápida ducha y salgo de casa.

• • •

Edificio del
FBI
, Nueva York
9:40 a. m.

Peter pasa por la sala de descanso y me ve frente a la mesa con una soda y una tableta. Noto que se acerca y se me queda mirando un rato.

—¿Estás jugando un videojuego? —pregunta con total sorpresa.

—Se llama *Adopt Me!* —respondo sonriendo—. Lo descargué hace unos días y juego en mis ratos libres.

Peter se sienta frente a mí y me mira preocupado, pero sonriendo. Dejo la tableta y suelto una carcajada.

—Es por el caso —le comento—. En unos momentos iré al hospital a ver a Christine.

—Sí, claro, a Christine. —Se ríe.

—Así es, voy a ganarme su confianza con lo que he aprendido del juego y después de hacernos amigas ella me dará la pista que necesito. Resulta que el consejo de Tanaka no era tan malo —afirmo, retomo la tableta y vuelvo a jugar—. Con tu permiso, tengo una tienda de mascotas que mantener.

Él asiente en tono burlón, llevándose la taza de café a la boca.

• • •

Hospital Madre Teresa. Albany, Nueva York
10:15 a. m.

Me paro frente a la puerta de la habitación 108, detrás está la pequeña. El médico que se encarga de ella me informó en la recepción que sus heridas sanan bastante rápido. Me quedo un momento reflexionando acerca de la pérdida de sus padres, me pregunto si ya se lo habrán comentado. Pienso en el abandono de mi padre, pero la situación de Christine es totalmente diferente, alguien le había arrebatado a sus padres, su vida entera. Necesito encargarme de averiguar quién lo hizo y por qué, luego el responsable se pudriría en la cárcel para pagar por todo el daño que le causó a las personas como Christine; que hoy permanece a la deriva.

Me dispongo a abrir despacio la puerta y la veo. Está mucho mejor que hace unos días y, como esperaba, tiene un celular pegado a las manos. Su enfermera me advirtió que ella le presta su teléfono para que la niña juegue mientras dure su turno. Doy unos golpecitos a la puerta para alertarla de mi presencia, pero ni siquiera se percata de ello.

—Hola, Christine —digo y sigue hipnotizada con el juego.

—Hola —responde sin voltear.

Me acerco y tomo la silla que encuentro en un rincón para llevarla junto a su cama. Antes de sentarme, observo bien su rostro, es muy dulce, tiene las diminutas cejas fruncidas y también los pequeños labios apretados. Jamás había visto una niña con tal concentración. Ahora entiendo por qué no puede despegarse del juego: apenas comencé a jugar, también me volví adicta. Descubrí que, apenas comenzaba a vivir la historia de los cachorros y cumplía los objetivos que me imponían, me olvidaba por completo de todo a mi alrededor, de los problemas, las responsabilidades. Ya nada me afectaba. Supongo que la niña estaría usando la misma técnica para evitar la terrible realidad por la que atraviesa en estos momentos.

—¡Wow! —digo mirando su pantalla—. Veo que has conseguido la

boina plateada para tu avatar Chow.

—Es por mi puntaje —comenta sin dejar de presionar huesitos en el teléfono móvil.

—Pues yo tengo la dorada —digo al mismo tiempo que saco mi tableta y abro el juego.

Ella hace un gesto de desaprobación.

—¡Bah! No es cierto, la boina dorada es muy difícil de conseguir.

—Es de lo más fácil, solo tienes que descifrar el código de acceso a la puerta verde del almacén de comida.

La niña voltea discretamente hacia mi pantalla. Ahora ella es quien me mira jugar, pero me hago la distraída y no le presto atención por un rato. Veo que vuelve a su teléfono, pero no puede evitar mirar mi pantalla cada dos segundos. Finalmente, deja a un lado su aparato y se acerca a mí.

—Vaya, ¿me enseñas a hacerlo?

—Claro que sí. —Observo su carita llena de curiosidad—. Solo si tú me ayudas luego con algo a mí, ¿es un trato?

La niña asiente y me sonríe. Le explico los pasos a seguir para conseguir el código de acceso a la puerta verde en el juego, y noto la concentración en su rostro. Me imagino a Amy hablando de la misma manera con su sobrina y de mi cabeza desaparece el rechazo a tener hijos. Cuando llegue el momento, supongo que me permitiré disfrutarlo, al fin y al cabo, estoy pasándola de maravilla con Christine.

—A ver, ahora solo tienes que presionar la perilla y se abrirá el cofre —explico y ella lo hace en su teléfono móvil.

—¿Así? —Aprieta un botón y el cofre se abre desplegando una boina dorada para su avatar mascota.

—¡Lo hiciste! —Ambas aplaudimos felices—. Abre la mano y… ¡Choca esos cinco!

La felicidad en la cara de la pequeña me da una tremenda satisfacción, entonces aprovecho el momento y saco de mi mochila las fotografías que traigo para ella.

—Ahora vamos con tu parte del trato. Si me ayudas, además del secreto de la boina dorada, te regalaré esta tableta para que juegues más cómoda allí.

—¿¡De veras!? —Abre los ojos y la boca en señal de sorpresa con la tableta en las manos.

—Así es, será toda tuya. Solo necesito que me digas —le pido y coloco las fotografías de los tres sospechosos del caso sobre la manta en sus piernas— si alguno de estos hombres es el que viste en tu casa el día del incendio.

Ella observa con atención una por una. Primero la de Ernesto González, luego la de Herman Abbott y por último la de Linden Fisher. Pasea la mirada en las tres fotografías hasta que posa sus ojos en la del medio: Herman Abbott.

—¡Ese! —responde.

—¿Estás segura, Christine? ¿Él es el hombre que viste en tu casa ese día?

Ella asiente y luego voltea a jugar feliz con su nueva tableta. Pero luego ladea la carita hacia un lado.

—Creo que lo recuerdo un poco más grueso. —Ella extiende sus manos pequeñas de lado a lado como si dibujara el perfil de una espalda ancha.

—No importa cariño —le respondo a la niña, intrigada.

Recojo las fotografías y me quedo un momento más con ella. Mientras, pienso en que fue una buena decisión mantener a Herman en prisión, ahora tenemos una testigo y las denuncias previas de incendios forestales provocados por él.

Aunque la niña no está totalmente segura, ya es un avance.

12

Centro de Brooklyn, Nueva York
Jueves 24 de enero
12:20 p. m.

Llevo dando vueltas por varias calles tratando de encontrar un maldito estacionamiento y no veo más que carteles de «sin lugar». Me detengo frente al Bar Big Time y puedo ver a través del cristal de una ventana a Peter y Freddie, sentados esperándome. Me siento una idiota dando vueltas en esta enorme camioneta y no tener un lugar donde dejarla para cruzar la calle y almorzar con ellos, no me queda más remedio que seguir buscando. Giro a la derecha y atravieso cinco calles en dirección a Highland Park para luego detenerme en una maniobra al borde de lo ilegal tras visualizar un lugar libre en la ajustada Halsey Street. Entro en la calle y noto que un auto detrás de mí se acerca hacia el lugar libre, y me apresuro a colocarme en el espacio vacío. Freno de inmediato cuando siento un golpe seco. He chocado con el auto que está estacionado delante; el corazón se me detiene. No hay sonido alguno y veo que sale humo del vehículo.

—Dios mío, que no haya nadie adentro —suplico y me quito el cinturón de seguridad.

Me quedo un momento tratando de controlar la respiración y en el retrovisor veo cómo el auto que trataba de robarme el lugar se aleja deprisa. Mi celular comienza a sonar y por poco me desmayo del susto. En la pantalla veo que es Peter, no atiendo y con toda la calma del mundo abro la puerta de mi camioneta. Apenas apoyo el pie sobre el concreto comienzo a temblar.

—¿Hola? —Doy un paso y veo la chapa del maletero de color azul oscuro, hundida por mi Tundra, como si fuese un papel.

Camino unos pasos más y de a poco observo un brazo, inmóvil, que sobresale de la ventanilla del lujoso auto. Me llevo las manos a la boca y miro alrededor. No hay absolutamente nadie. Me da vueltas la cabeza, tengo terror de acercarme más.

—Tranquila, Ainara —me digo y trato de acercarme lentamente al

auto—. Ha sido un accidente.

A cada paso, inevitablemente volteo a ver si alguien aparece. Desde el cristal de la ventana trasera puedo ver una cabeza apoyada sobre el asiento delantero, no hay movimiento aparente y sigo avanzando hasta colocarme frente a él. Es un hombre de traje, de unos cuarenta años. Tiene los ojos cerrados y no se mueve. Esto es grave, es demasiado grave.

Llevo mi mano temblorosa hacia su garganta para ver si tiene pulso, pero de inmediato suena mi teléfono móvil desde la Tundra y me detengo. Cierro los ojos, respiro y coloco mis dedos sobre su piel. Descubro que tiene pulso y de repente abre los ojos, y con un movimiento rápido saca un arma para luego apuntarme. El celular deja de sonar.

—Tranquil… —Levanto las manos e intento hablar, pero me interrumpe.

—¡Cierra la boca! —grita y mantiene firme el revólver a centímetros de mi cara—. ¿Qué demonios crees que haces?

El sujeto se ve furioso, creo que en su lugar yo estaría igual, o peor. Intento nuevamente hablar.

—No fue mi intención. Solo trataba de…

—¡Silencio! —Baja la mirada, observa el arma en mi cintura y vuelve a mirarme con extrañeza sin dejar de apuntarme—. ¿Quién eres?

—Mi nombre es Ainara Pons, soy agente del
FBI
.

Él comienza a relajar los músculos faciales y lentamente baja su arma. Bajo también mis manos, y recupero lentamente el ritmo cardíaco.

—Disculpe…, agente Pons. —Respira y se acomoda el saco—. Es que me asustó. ¿Por qué metió su mano en mi auto?

—Le pido mil disculpas…

—Michael —responde con la mano extendida—. Agente de seguridad Michael Boch.

Respondo a su apretón de manos.

—Disculpe, Michael, yo solo verificaba que se encontrase bien luego de… —Volteo con discreción hacia la parte trasera de su auto.

Él hace lo mismo y se lleva las manos a la cabeza.

—¡Mierda! —exclama—. No puede ser, el senador vuelve en una hora.

—Michael, lo lamento mucho —digo y pienso en la locura que voy a decir—. Tome.

Él mira mi mano con las llaves de mi camioneta.

—Se la prestaré hasta que el seguro se encargue de solucionar el inconveniente. —Michael me observa y se ríe.

—Vaya, Ainara, realmente me ha dado una lección. —Toma mi llave, sale del auto y me mira—. Primero pensé que era un atentado contra el senador y me quedé inmóvil hasta escuchar otro movimiento.

—Solo déjame sacar mi mochila y me iré corriendo. Tranquilo, solo fuimos mi Tundra y yo.

Lo hago, le doy mi tarjeta personal y me despido de él.

• • •

Camino y pienso en la estupidez que acabo de hacer. Prestarle mi Tundra a un total desconocido, así como si nada. Ahora estoy a la deriva, caminando hacia el bar. Espero que Peter y Freddie aún sigan allí, no me imagino lo que pensarán de mí.

Me detengo en un semáforo y mi celular vuelve a sonar.

—Ainara, por fin contestas. —Peter suena preocupado e imagino lo que me preguntará—. ¿Estás bien? ¿Necesitas ayuda?

—Estoy justo enfrente del bar —respondo—, por favor, esperen un momento más.

—Ya no estamos en el bar, Ainara. Regresa a las oficinas, te esperamos allí.

—Okey —respondo y corto. Demonios, hoy tengo el día torcido.

• • •

Cuando entro a la oficina, veo a Freddie y Peter en una mesa de reuniones.

—Lo lamento. —Arrastro una silla y coloco ahí mi mochila, un juguete de Bob y un abrigo que traigo, además del que llevo puesto.

Ambos me miran y luego se ven entre sí.

—Brooklyn hoy me ha complicado bastante la existencia. —Me siento y coloco las manos sobre la mesa, con mi mejor sonrisa—. Bueno, ¿qué les parece si luego les invito el almuerzo?

—Eso sería genial —responde Tanaka—. Estoy pagando la sortija de compromiso de mi novia y me costó un ojo de la cara. Voy a tener que proponérselo con la etiqueta puesta, para poder regresarla a la joyería si me dice que no.

Peter y yo estallamos de la risa. Creo que no me reía así desde hace años.

Después del jolgorio, todos guardamos silencio y Peter aprovecha

para comenzar a hablar sobre el caso.

—¿Qué piensas sobre Herman Abbott? El fiscal dice que no podremos retenerlo más tiempo sin evidencia que lo sitúe en los incendios, creo que lo liberarán hoy.

—No lo harán —afirmo—. Christine, la niña que sobrevivió a uno de los incendios de Albany, logró identificarlo.

—Entonces está frito —opina Tanaka. Apuesto a que cuando lleguen los resultados del análisis del encendedor se confirmará que se trata de sus huellas.

—Tal vez. Aunque la niña tuvo una duda en la identificación, pero creo que es un avance, cuando el fiscal la interrogue puede afirmarse —digo.

Todos nos miramos en silencio por unos minutos. Yo me quedo pensando. Trato de procesar la información que tengo en mi cabeza, y aún me quedan dudas que compartir con mis colegas acerca de los datos de Herman.

—Pero… —digo dubitativa.

—¿Pero qué? ¿Aún no estás segura? —pregunta Peter.

—Hay cosas que no me cierran. Herman ha sido arrestado múltiples veces en el pasado, eso es causa probable de su culpabilidad. Sí, los arrestos probarían que él causó los incendios de Albany, pero no lo ubican en los de Rochester y Búfalo.

—Claro. —Ahora es Peter el dubitativo—. No tiene historial de arrestos fuera de Albany, es cierto, pero quizá no quiso que lo atrapen allí.

—Y recuerda que esos incendios eran para él una cuestión hedonista —apunta Tanaka—. Solo hubo daños materiales y en lugares casi abandonados. Es más sencillo evadir a la justicia cuando no hay víctimas.

Tanaka tiene razón, y una parte de mí también lo piensa. Pero no puedo terminar de tragar esa historia cuando tengo la identificación de Christine y su historial de incendios provocados. Necesito averiguar el motivo por el cual este tipo pasa de ciudad en ciudad quemando edificios. De repente se me ocurre una posibilidad.

—Escuchen, hay algo que no me cuadra con Herman. Si no hay evidencia de que realmente permaneció en la habitación del hospital con su tía, creo que lo más conveniente sería que permanezca detenido hasta que lleguen los resultados de lo que hay en el encendedor encontrado. Mientras, podríamos investigar por otro lado, tomar una nueva perspectiva del pirómano.

—¿A qué te refieres? —Peter se impacienta.

—Digo que hasta ahora hemos fijado la búsqueda en el perfil

armado por los profesionales del tema, nos llevó a algo, pero ese algo no es del todo seguro. Creo que ese tipo de perfil encajaría en un pirómano establecido en un lugar fijo.

—Alguien joven, sin trabajo y soltero —comenta Tanaka—. No tendría recursos ni razones para viajar de ese modo.

—¡Exacto! —Mi euforia comienza a notarse gracias al aporte de Tanaka—. Pienso que podríamos ir en busca de alguien que viva en constante movimiento, ya sea por su trabajo o actividad social. Gente de negocios, perteneciente a alguna organización, distribuidores de medicamentos a larga distancia… cosas así.

—Entonces, tenemos una tarde ocupada, —afirma Peter y se dispone a levantarse.

—Esperen. —Ambos me miran—. Necesito que se encarguen de esto ustedes dos. Tengo un asunto importante que atender.

—Por supuesto —asiente Peter.

—Investiguen los eventos que tuvieron lugar en las fechas en las que los incendios fueron provocados —pido y ellos recogen sus abrigos—. Traten de indagar eventos importantes sucedidos en la misma fecha y lugar de los incendios, y si hay algún sospechoso que haya estado presente en todos, seguro nuestro pirómano trabaja sin un equipo. Es posible que tenga un cómplice, pero no más que eso.

—Tranquila. —Peter me toca el hombro—. Nos encargaremos.

—Adiós, Ainara —se despide Tanaka.

—Hasta luego.

• • •

He dejado a mis compañeros en las oficinas del FBI, yo me he venido al bar. Jugueteo con los palillos de la barra y pienso en los Baresi. Hace tan solo dos días charlaba con ellos y les agradecía por salvar a Bob, les tenía envidia sana por la felicidad que compartían como pareja. Hoy me preparo para asistir a su funeral. Muertos, envenenados por su propia hija de catorce años de edad.

Aparece la barman. Espero a que me mire y hablo.

—Disculpe, señorita. —Ella me mira y sonríe.

Se acerca y me pregunta con toda la amabilidad del mundo qué es lo que deseo.

—¿Podría traerme una botella de *whisky*?

13

Bar Big Time. Brooklyn, Nueva York
Jueves 24 de enero
2:46 p. m.

El vaso frente a mí se encuentra otra vez vacío. Los cubos de hielo se derritieron hace ya dos vasos, y no queda huella alguna de ellos. Cada minuto que pasa es como un tormento de angustia, no entiendo por qué me siento así. Tomo la botella y le quito la tapa. Dirijo la mirada hacia un anciano en la mesa contigua, noto que lleva mirándome un rato y me molesto.

—¿Qué? —le increpo, el hombre voltea a ver el periódico que tiene entre sus manos y aprieta los labios.

Vuelvo a colocar la tapa de la botella. No puedo llegar ebria al funeral, no sé en qué demonios estoy pensando. Tal vez sería mejor que no fuera, es lo más sencillo. Me levanto y voy directo al baño del bar, me meto en un cubículo y coloco el seguro a la puerta. Me siento sobre la tapa del retrete y permanezco en silencio por unos momentos, no puedo pensar en nada.

De repente, me invaden recuerdos de la muerte de Danny. Veo con claridad su mano estrechar la mía en el hospital y mi respiración se agita de golpe. Siento una fuerte opresión en el pecho y ya no puedo tomar aire. El cubículo en el que me encuentro parece estrecharse cada vez más y más. Me desespero, grito y finalmente rompo en un desconsolador llanto.

Recuerdo a mi padre, me gustaría mandarlo al diablo, pero también tengo la enorme necesidad de abrazarlo con todas mis fuerzas. Rachel, mi madre, Danny… El abandono parece ser mi único amigo en este momento. Lloro unos minutos sentada en el suelo del baño y luego respiro profundamente. Me siento desahogada ahora.

Me pongo de pie, abro la puerta y me acerco al lavabo para mojarme la cara. El agua es fresca y me alivia muchísimo. Miro mi reflejo en el espejo y luzco terrible, luego recuerdo que tengo algo de maquillaje en mi mochila y…

—¡Mis cosas! —grito y salgo corriendo.

Llego a la mesa y no están ni mi mochila ni las cosas de Bob donde las había dejado. Comienzo a desesperarme otra vez, luego siento una mano en mi hombro y, por un reflejo propio de mi entrenamiento, giro con el brazo firme en señal de defensa. Mi mano se detiene justo enfrente de la cara de la amable mesera. Ella permanece paralizada por un momento, ninguna de las dos pestañea. Comienzo a respirar.

—Quería darle… —tartamudea y veo en sus manos mi mochila—. Quería darle sus cosas.

Lentamente bajo el brazo y mis músculos se relajan. Miro a la chica y me disculpo con evidente vergüenza.

—No fue mi intención, escucha, estoy… yo. —Titubeo y ella me sujeta con cariño la mano.

—No se preocupe, señorita —me dice con calma y me entrega las cosas—, todos sufrimos de estrés de vez en cuando. Pero somos mujeres, nosotras siempre nos recuperamos.

Veo su sonrisa comprensiva y la soledad que tanto me invadía hace unos minutos se desvanece por completo.

• • •

Iglesia Mother Mercy. Queens, Nueva York
5:00 p. m.

Me paro frente a la puerta de la iglesia y pienso en el tiempo transcurrido desde que no visito una. El sacerdote, con las manos extendidas, le habla a su comunidad.

—… Quizá pensemos que nada tiene sentido, ¿para qué seguir sufriendo? ¿Por qué debería soportar tal calvario? ¿Qué objeto tiene seguir respirando y mirar al cielo esperando un mundo mejor?

Las palabras del hombre me motivan a dar unos pasos hacia dentro del lugar. Hay mucha gente. Algunos permanecen de pie por la falta de lugar en las bancas, pero no me sorprende, eran los Baresi. Vuelvo a poner atención al hombre de sotana y, de nuevo, siento que me habla directamente a mí.

—La vida es un camino, y en todo camino habrá baches y pozos que nos lastimen. Díganme, hermanos y hermanas, ¿qué sentido tiene la vida si no hay dolor que nos recuerde que estamos vivos? —Se queda unos segundos en silencio, observa los ataúdes a su lado y retoma su discurso—. Aquellos que hayan comprendido el sentido de estas palabras, aun antes de ser pronunciadas, esos son los verdaderos merecedores del descanso eterno. Y no hay mejor consuelo para un alma cansada que disfrutar de esa merecida paz en el cómodo regazo

de Dios.

Se oyen sollozos entre la multitud. El sacerdote se hace a un lado y una anciana se acerca al altar con la ayuda de un bastón. Lleva en sus manos una hoja de papel y se toma unos minutos para tragar saliva y tomar aire antes de comenzar a hablar.

—Buenas tardes a todos, mi nombre es Thelma Garner. Durante nueve meses he gestado a Deborah, luego la he amamantado, vestido y amado hasta que fue capaz de demostrarme que se había vuelto una mujer. Se lo demostró a todo el mundo, una mujer con todas las letras. Luego de unos años de haber comenzado sus estudios en la universidad conoció a Jack, y desde ese momento jamás se han dejado de amar. —La mujer mira los ataúdes y comienza a llorar—. No sé cómo podré vivir sin el amor de mi hija.

Una mujer más joven se acerca y le ayuda a bajar las escaleras a la desolada anciana. Luego el sacerdote se acerca nuevamente al altar para permitirnos darle el último adiós a la ya difunta pareja. Me acerco, después de que la multitud disminuye, y me quedo un momento frente a los cajones de roble lustrado con adornos de cobre. Solo pienso, agradezco el haberlos conocido y les deseo un eterno descanso.

Mientras camino hacia la salida, observo las pinturas en las paredes de la iglesia, no había notado lo hermosas que eran, al igual que las esculturas. El lugar me da mucha paz. Salgo y el olor a contaminación, las sirenas de ambulancias y los autos sobre el cemento me recuerdan que la paz es algo instantáneo. Bajo uno por uno los escalones hasta la calle y camino por la acera. Me pregunto si Pamela estaría pensando en sus padres, si estaría arrepentida de lo que hizo. De pronto noto a mi lado un auto pasar cerca de mí, y en un veloz movimiento veo al conductor de perfil. Lleva una gorra deportiva y barba canosa. ¿Es el mismo tipo que me sigue? ¿Por qué lo haces?

Empiezo a correr detrás del auto por la avenida, pero no soy tan rápida. Estoy impaciente, necesito detenerlo y averiguar qué es lo que quiere ese hombre, pero lentamente me vuelve a dejar. Trato de recuperar el aliento y siento impotencia, pero no puedo dejar de pensar en él. Estoy intrigada.

• • •

Llevo tanto tiempo conduciendo mi Tundra que me había olvidado lo estimulante que es caminar por la ciudad. Brooklyn es tan hermosa, tan salvaje, pero siempre seré una rata de Queens. Me detengo frente a un edificio en la Bradbury Street y la 59.

—Segunda planta, apartamento cuatro —murmuro y veo la luz tenue de un pequeño velador encenderse.

Imagino que me encuentro frente al apartamento donde viví durante cuatro años luego de comenzar mi carrera como agente del FBI. Recuerdo lo joven e idealista que fui, casi me siento igual ahora al ver aquella ventana allá arriba. Una joven de unos veintitantos se acerca y apoya sus codos en la barandilla. Se queda mirando el cielo por un rato, veo esperanza en sus ojos. Respiro profundamente y continúo con mi caminata.

Noto que se hace de noche y me pregunto cómo les estará yendo con la investigación a Peter y Tanaka. Saco mi celular de la mochila y me dispongo a marcarles, cuando de repente entra una llamada y leo el nombre agendado en la pantalla como «Chad Wells-bomberos». Me encuentro sorprendida al mismo tiempo que intrigada. ¿Qué querrá el jefe del Departamento de Bomberos conmigo a esta hora?

—Buenas noches, Chad, ¿está todo en orden?

No responde y noto ruidos de bocinas de fondo. Luego habla.

—Ainara, buenas noches. Espero no interrumpir, solo llamaba para saber si mis sospechas sobre Linden Fisher eran correctas.

—Por supuesto que no interrumpe, estoy en medio de una caminata de regreso a Queens —explico—. Ciertamente no, en cuanto llamó a su abogado, solicitaron una revisión psicológica por su cuenta, y el profesional determinó que Linden Fisher no estaba ni cerca de ser un pirómano. Ni siquiera hubo necesidad de interrogarlo.

—¡Oh!, ¿de veras? —Suena confuso, quizá porque está conduciendo—. Eso es fantástico.

Aprovecho para abusar de los conocimientos de Chad y sacarle algunos datos que necesito.

—Así es —respondo y voy rápidamente al grano—. Tenemos a un sospechoso más concreto y es posible que sea el hombre que buscamos, pero…

Mi tono dubitativo es captado por Chad al instante.

—Pero no está del todo segura —termina mi frase.

—Es que aún me quedan dudas sobre él y no me parece que sea capaz de asesinar personas. —Mi tono se distiende—. Su comportamiento es más bien el de un adolescente rebelde que necesita llamar la atención que el de un maniático sin control. Usted me entiende.

—Por favor, Ainara, tutéame —pide.

—Disculpa, ya sabes, la rutina del trabajo —me excuso y sigo—. Quisiera saber si por su… tu experiencia laboral, podrías comentarme

más acerca de estas personas. Necesito saber qué los motiva, su *modus operandi* y todo lo que puedas contarme, de manera más precisa y personal.

—Bueno —responde, y en su voz hay más soltura que antes—, para ser personal, deberíamos estar hablando en persona, ¿no crees?

Su pregunta me confunde, no estoy segura de si comprendo su lenguaje. ¿Acaso acaba de tirarme una indirecta? Me río discretamente para evitar responder.

—Vaya. —Se ríe también—. Jamás me habían rechazado con una risa tan fresca.

No puedo creerlo. Él realmente está interesado en mí.

—En realidad, yo no escuché ninguna propuesta —respondo con picardía y callo.

—Es cierto —admite—. ¿Qué te parece si te ahorro un par de kilómetros y te acerco hasta Queens? Podemos pasar por un restaurante mexicano que conozco y charlar sobre el caso con unos tacos de primera. ¿Qué te parece?

Me sonrojo y recuerdo las palabras del sacerdote en la iglesia, acerca de vivir la vida y transformar el dolor de las heridas en algo positivo. Chad me parece un hombre apuesto e inteligente, ¿por qué no cenar con él?

—Son tres regalos en uno, Ainara —comenta en tono pícaro al notar mi silencio—, no te atreverás a rechazar información de calidad, tacos y transporte gratis hasta la puerta de tu casa. ¿Qué me dices? ¿Paso por ti ahora?

No lo pienso y respondo.

—Me vendrían bien unos tacos. ¿Estás cerca de Highland Park?

—En cinco minutos estaré allí.

—Está bien, te espero.

Corto la llamada y me quedo un momento en silencio, solo sonriendo. Pienso en la ironía de salir de un velorio y tener una cita en la misma tarde, y no imagino un maldito psicólogo tratando de explicar eso. Me pregunto si Chad sería el hombre indicado para quitarme el dolor que llevo encima; ¿sería capaz de devolverme la esperanza de encontrar nuevamente el amor después de haber perdido a mi Danny?

Imposible. Solo sé que jamás volveré a amar a nadie como amé a Danny.

14

Highland Park. Brooklyn, Nueva York
Jueves 24 de enero
7:35 p. m.

Han pasado más de veinte minutos y él no aparece. Comienzo a pensar que fue una mala idea haber aceptado cenar con el jefe del Departamento de Bomberos sin siquiera haber tratado con él fuera del trabajo. ¿En qué demonios estoy pensando?

Tomo mi mochila y comienzo a caminar hacia la calle, cuando noto frente a mí un auto deportivo de color gris oscuro que se detiene lentamente. Tiene vidrios polarizados y no puedo ver su interior. De pronto el cristal de una de las ventanillas delanteras baja y deja al descubierto el rostro de Chad Wells. Él me sonríe con ternura.

—Hola, Ainara, ¿piensas quedarte allí afuera con este frío?

Me acerco a la puerta y me detiene con la mano.

—¡Por favor! —Sale deprisa, rodea el capó y abre mi puerta—. Ahora sí, adelante.

Lo veo de cerca y me parece un hombre guapo.

—Gracias, Chad. —Entro al auto, un poco nerviosa.

—Muy bien —dice y sonríe nuevamente—, imagino que tienes tanta hambre como yo.

Arranca el auto y partimos de inmediato al restaurante.

• • •

Miro alrededor y las paredes del lugar están llenas de sombreros, dibujos de calaveras coloridas y fotografías de mariachis.

—Jamás había comido comida mexicana —comento sin dejar de admirar las paredes adornadas.

—Te encantará este lugar —dice Chad con entusiasmo—. Después de esto querrás venir cada fin de semana.

Una de las meseras llega con una bandeja llena de pequeños cuencos de madera con diferentes verduras salteadas, carne picante y

guacamole. Deja los cuencos, unos platos con tortillas y se despide con una sonrisa.

—¿Todo esto solo para nosotros? —pregunto admirando la mesa repleta de comida.

—Tranquila —responde Chad—, espera a que llegue el postre.

Cada minuto que paso en el restaurante con Chad hace que me olvide de los problemas. Comemos y todo me parece un manjar, siento que me he perdido de disfrutar estas cosas durante toda mi vida, y me arrepiento de no haberlo hecho.

Luego de varios tacos mal armados y risas, recuerdo el motivo del encuentro y le hablo a Chad sobre Herman Abbott.

—Bueno, en realidad, los pirómanos son mucho más meticulosos al realizar sus incendios —aclara Chad—, por eso creo que ese chico no puede ser el que buscan. Según me comentas, lo han detenido varias veces por iniciar incendios en parques de manera infantil, solo los inicia y se va. No hay ninguna estrategia pensada detrás de actos sencillos como esos.

Admiro en silencio su perspicacia. En cierta forma, yo manejaba la misma teoría, pero mi pensamiento carecía de fundamentos específicos por la falta de experiencia en el tema, y, claramente, Chad los tiene.

—El chile —comenta luego de comer y limpiarse correctamente las manos con la servilleta, volviéndola a doblar— es lo mejor del mundo. ¿No te parece?

Sonrío y miro sus manos por un instante. No parece que haya habido un anillo ahí, me pregunto cómo habrán sido sus relaciones. Recuerdo también el episodio de la llamada telefónica de su madre. Por supuesto que no le haré preguntas hoy.

—Cuéntame, Ainara —dice y hace a un lado los platos frente a él, apoyando los brazos con toda su atención en mí—, ¿tienes alguien especial en tu vida?

Realmente me pone nerviosa.

—Sí, bueno, no… desde hace poco más de un año. —Tomo la copa de vino y le doy un sorbo con la mirada gacha.

—¡Oh!, claro —manifiesta en un tono comprensivo—. Es natural, sabes, que las relaciones se terminen. El amor eterno solo existe en Disneylandia, y hasta en esos cuentillos hay problemas de vez en cuando.

Reflexiono sobre lo que Chad acaba de decir y pienso en algo para escapar de contarle sobre la muerte de Danny.

—Jamás he ido a Disneylandia —le comento.

—Podemos ir juntos —propone riendo—. Te compraré uno de esos

gorritos, tú sabes, los de las orejas redondas, y podemos pintarte la cara.

Sonrío y le pido que pare.

—¡Un vestido de lunares! —sigue para tentarme—. Te quitaré la pistola y llevarás una paleta en la funda.

Seguimos charlando por casi dos horas.

• • •

Al salir del restaurante, Chad cumple con su palabra y me lleva a Queens. Detiene el auto frente a mi casa y apaga el motor.

—Bueno. —Respira y juguetea con los dedos en el volante—. Hemos llegado. Espero que la hayas pasado tan bien como yo.

Me invade la necesidad de pedirle que no se vaya, no aún.

—La he pasado de maravilla —comento y me mira a los ojos.

Nos miramos durante un momento e inconscientemente nos vamos acercando el uno al otro, pero hablo.

—¿Te gustaría pasar? —Sueno nerviosa—. Tengo algo de *whisky* y quizá podríamos seguir charlando sobre mi caso, me ayudaría bastante que me dieras más detalles.

Chad sonríe y salimos del auto. Apenas abro la puerta, Bob viene corriendo, pero se detiene y comienza a mirarlo.

—Tranquilo, Bob. —Lo acaricio y hago que olfatee a mi visitante —. Es muy celoso, y no suelo tener visitas.

Chad saca un silbato pequeño y fino del bolsillo. Se coloca frente a Bob y sopla de manera repetitiva. Bob se sienta, luego alza una de sus patas y Chad la toma para después acariciar a mi bestia y jugar con él.

—¿Cómo has hecho eso? —pregunto estupefacta.

—Cuando era niño —comenta, carcajeándose, mientras juega con Bob en el suelo—, solía ir a la casa de mi tía Gretta en Los Ángeles. Ella era adiestradora de perros en la ciudad y me enseñó muchas cosas. Los animales son geniales.

Lo miro y me parece un hombre de lo más enigmático. Camino hacia la cocina para buscar una botella de *whisky* y al abrir la gaveta veo varias, me alegra que no se haya ofrecido a buscarla él. Regreso a la sala y veo que revisa el interior de una caja grande que tengo en la mesa, en la que hay adornos y fotografías. Me ve llegar y voltea, con uno de mis discos en la mano.

—Disculpa la intromisión. —Sonríe y mira el disco—. Es que amo este disco.

Me acerco y veo que se trata de *Sing the Blues*, de Nina Simone. Lo coloca en la máquina. La música comienza a sonar.

—Este es uno de los pocos recuerdos que tengo de mi padre. —

Recuerdo obligado, pienso, ya que me apropié de su colección cuando nos abandonó—. A veces lo escucho por la noche para dormir, me relaja la voz de Nina.

—Tienes suerte de haber tenido un padre —comenta, toma el vaso de *whisky* que le ofrezco y me invita al sillón—. El mío era oficial de la Marina y fue solicitado poco antes de que yo naciera. —Toma un sorbo antes de continuar—. Jamás regresó.

—Supongo que debió haber sido duro.

—Lo fue —dice y sonríe—. La vida está llena de momentos difíciles. —Levanta el vaso y cambia el tono—. Pero también nos pone en momentos agradables.

Se acerca a mí, tiene un perfume seductor y sus ojos de color marrón intenso me vuelven loca. Estamos a punto de besarnos, cuando de repente suena mi celular y nos separamos por el ruido. Miro la pantalla.

—Qué llamada más inoportuna —comenta y se acomoda el cuello de la camisa.

No atiendo a Peter y vuelvo a tomar otro sorbo de *whisky*.

—Hay algo que me llama la atención acerca del perfil del pirómano —digo para cambiar de tema y situación—. Según el perfilador, es raro que se encuentren atados a un medio social, de trabajo o algún tipo de organización de entretenimiento. Yo pienso que el hombre que buscamos sí puede estar en este campo.

—No me lo tomes a mal —dice y se acerca en un tono bromista—, pero Mark Steel es un idiota. Todos los perfiladores creen saberlo todo acerca de los pirómanos, pero no tienen la experiencia de haber conocido bien a alguno.

Me río y sigue.

—Yo creo que los pirómanos no tienen por qué ser seres asociales, vivir con sus padres y tener granos en la cara. Según mi experiencia como jefe del Departamento de Bomberos, los incendios provocados por pirómanos suelen ser organizados y metódicos. Es por eso por lo que es más probable que se trate de un hombre educado y con un trabajo en constante movimiento. Cuando estudias los escenarios como yo, tienes una perspectiva más amplia de su modo de trabajar… Quiero decir, de operar.

—Entiendo —respondo y me dan ganas de sacar mi cuaderno de notas, por la cantidad de detalles que Chad me brinda—, per…

Intento preguntar, pero él continúa.

—Para un pirómano, el fuego puede llegar a generarle placer sexual, sabes; imagina lo fuerte que es ese elemento para él. Por esa razón, creo que son personas muy inteligentes, hasta genios

incomprendidos. ¿No te parece una gran idea utilizar bengalas de humo de colores antes de comenzar el espectáculo? Los colores vibrantes del humo en el cielo, antes de que las llamas surjan, es algo magnífico.

Mi rostro se vuelve serio de repente, Chad habla demasiado sobre el tema y me empieza a incomodar. Vuelve a sonar mi celular y pienso en atender para mandar al diablo a Peter por llamar a esta hora.

—¿Me disculpas un momento? —Me levanto de espaldas a Chad y atiendo, enfadada.

—Ainara —dice Peter algo agitado—, tengo información que necesito comentarte.

—¿Es necesario que lo sepa ahora? —murmuro.

—Me dijiste que te llamara en cuanto supiéramos algo —responde y sigue—. Tanaka y yo investigamos y hay una coincidencia entre el lugar y hora de los incendios con un evento que se repite por parte de una entidad.

—¿Qué entidad? —pregunto confundida.

—El Departamento de Bomberos de la ciudad de Nueva York dio conferencias en esos lugares acerca de los incendios y el análisis de cómo pudieron ser perpetrados.

Un temblor recorre todo mi cuerpo en un segundo. Peter vuelve a hablar.

—Los principales sospechosos son Julio Aguilar y Chad Wells.

Escucho el segundo nombre y de inmediato dirijo la mano hacia mi Smith & Wesson, a mi cintura. Intento sacarla y giro para apuntarle, pero en un segundo logro ver que Chad me pega con la botella de *whisky* en la cabeza, y caigo.

Todo se apaga.

15

Vivienda Pons, Nueva York
Viernes 25 de enero
6:20 a. m.

El fuerte olor a humo me hace toser sin parar, vomito y me despierto. Buscando aire fresco me he movido de la puerta y me he desmayado. Ahora no puedo moverme.

Aprieto fuerte los puños y suelto una lágrima que recorre la piel de mi cara, y comienzo de a poco a mover mi cabeza, quiero ubicarme en la habitación pero no sé dónde estoy. No puedo rendirme ahora, el hijo de puta de Chad me golpeó, ahora lo recuerdo. No voy a morir por un maldito como aquel.

Pongo todo mi empeño en moverme hacia los ladridos de mi bestia, hacia allí está la puerta. Trataré de golpearla nuevamente, debo salir de aquí.

—¡Sigue ladrando, Bob! —grito lo más fuerte que puedo mientras me arrastro por el suelo hacia él.

Llego hasta la puerta, me es imposible ver algo, además del humo de color verde intenso. Con todas mis fuerzas me levanto y comienzo a empujar la puerta una y otra vez, pero mi debilidad es muy grande. Caigo rendida, me duele el vientre y veo que mis manos están moradas. No puedo rendirme, quiero volver a levantarme y…

Un fuerte ruido en la puerta me hace caer al suelo.

Me cuesta abrir los ojos irritados, escucho nuevamente la puerta temblar, alguien quiere echarla abajo. Oigo a mi Bob que ladra con fuerza. Pasan unos segundos y la madera vuelve a tronar. Debe ser Chad, malnacido. Necesito huir, pero, desgraciadamente, me encuentro incapaz de hacerlo. Al final, la puerta recibe un poderoso golpe, pero esta vez no resiste y se abre.

Intento con todas mis fuerzas arrastrarme hacia el lado opuesto, pero él me toma por los pies y grito.

—¡Desgraciado! —Sacudo las manos para intentar pegarle a medida que me acerca hacia él.

Siento el estallido, probablemente de una molotov, y las llamas comienzan a mejorar la visión del lugar. Veo a Bob morder su pantalón con una furia incontrolable, pero el maldito continúa arrastrándome. Comienzo a llorar por la desesperación. No me imagino lo que puede llegar a hacerme un loco como él. No me imagino lo que ya pudo haberme hecho mientras estaba inconsciente.

—¡Ainara! —lo escucho gritar—. ¡No luches!

—¡Suéltame! —Intenta tomarme con sus brazos y no puedo seguir luchando—. ¡Maldito desgraciado!

Con mis últimas fuerzas, tomo impulso y le quito el trapo que lleva en la cara para poder respirar. Otro estallido provoca una luz intensa y puedo ver su rostro.

Dejo de luchar. Es el hombre de la gorra, aquel que me venía siguiendo todo este tiempo; tiene una barba desprolija y los ojos café. ¡Es mi padre!

—Tranquila, hija, voy a sacarte de aquí.

Me levanta entre sus brazos y me pide que respire a través del trapo que él tenía. A medida que salimos de la habitación, el aire se vuelve un poco menos denso y logro ver en la puerta a Liu y Kim Wong entrar con extintores. Mi padre me coloca frente a la casa y me dice que él alertó a los vecinos y que llamó a los bomberos.

—Peter —digo en voz alta y le pido a mi padre su celular para luego marcar su número.

—Por Dios, Ainara, ¿estás bien? —Peter suena alterado, tal vez sabe lo que ha sucedido luego de la llamada anterior.

—Sí, estoy bien. Escucha con atención, necesito que te encargues de cercar hasta cinco bloques alrededor de mi casa, ¡ahora! —Tomo aire y sigo—. Chad Wells me atacó y le prendió fuego a mi casa, si es él a quién buscamos, seguro se quedó a ver el espectáculo.

—¡Maldito hijo de perra! —suelta Peter con furia—. Me imaginé que había pasado eso, estoy llegando. Yo me encargo de atraparlo.

Corta la llamada e intento respirar, observo mi hogar envuelto en llamas. Miro a mi padre y noto que quiere hablar, pero lo interrumpo.

—¿¡Dónde está Bob!? —Mi voz no oculta mi furia.

Él sale a buscarlo, lo llama y Bob al verlo corre a morderlo. Mi padre viene hacia mí y yo logro gritarle que se calme. Mi bestia se confunde, pero sigue mi voz y se acerca a mí. Lo abrazo y luego vuelvo a mirar al hombre que tengo delante.

—Gracias por sacarme de ahí —digo y observo con curiosidad—. ¿Cómo es que lograste salvarme?

—Ainara… —Agacha la mirada, luego la lleva a un lado y continúa —. Yo me siento muy mal por haberme alejado de ese modo.

—¿De veras? —digo enojada—. ¿Tú eres el que se siente mal?

Me obligo a callar y dejo que él continúe.

—Escucha, sé que nada enmendará lo que hice y que no merezco tu perdón, pero de todos modos necesito pedirte que al menos consideres hacerlo. Es por eso por lo que he estado siguiéndote estos días, necesitaba hablarte.

»Esta noche me estacioné aquí mismo, esperando reunir el valor necesario para tocar el timbre y por fin hacerlo. Fue entonces cuando noté el humo de color verde salir de la habitación y supe que algo andaba mal.

Hay una lucha enorme en mi cabeza, mis ganas de abrazarlo chocan con mis ganas de mandarlo al diablo por habernos dejado a la deriva. Decido dejar eso atrás y me vuelco encima de él. Me aprieta fuerte con sus brazos y ambos permanecemos sin soltarnos por un rato.

—Lo siento mucho, hija —dice y veo las lágrimas en sus ojos.

—No debiste hacerlo, nos dolió mucho —revelo con calma—. Todos los días miraba por la ventana, esperando que regresaras. No sabes la falta que me has hecho estos días. No sabía a quién recurrir, no tenía a nadie, la única persona que realmente amaba me dejó hace un año. —Comienzo a llorar y él vuelve a abrazarme.

Me frota la espalda durante un momento y dice que todo irá bien, de ahora en adelante él estará a mi lado.

—¡Señor Pons! —llama la voz de Kim desde dentro de la casa.

—Ahora regreso, hija, tú descansa. —Se marcha hacia la casa a asistir a Kim.

Permanezco en silencio y comienzo a escuchar los constantes ladridos de Bob, que ya no se encuentra a mi lado. Volteo a ver y lo encuentro ladrando desesperado a unos árboles cruzando la calle, trato de hacer que regrese, pero viene y se va ladrando hacia allí.

—Por favor, amigo, no puedo moverme.

No deja de ladrar y camino hacia él para ver qué es lo que ha encontrado.

A medida que me acerco, noto entre los arbustos un artefacto escondido. Es un trípode, tiene encima una pequeña cámara con una luz titilante.

—El maldito ha filmado todo —pienso en voz alta y escucho la frenada ruidosa de un auto detrás de mí.

El vehículo vuelve a acelerar a toda velocidad y noto que el conductor es Chad. Mi corazón palpita deprisa e intento buscar mi arma, pero luego veo el auto de Bennett y Tanaka pasar raudamente detrás de Chad. Corro hacia donde está mi padre y le pido de nuevo su

teléfono móvil, esta vez para marcarle a Tanaka.

—¿Dónde lo encontraron? —pregunto eufórica y escucho el motor al máximo.

—Estaba estacionado a dos calles de aquí. Apenas notó que lo identificamos, aceleró deprisa —responde Tanaka—. El maldito tiene un arm… ¡Cuidado!

Escucho un fuerte estruendo y disparos.

La llamada se corta.

16

Vivienda Pons, Nueva York
Viernes 25 de enero
8:10 a. m.

Intento marcar el número de Peter y no responde, tampoco Tanaka. Mi padre y los Wong me recomiendan no moverme de aquí, estoy demasiado preocupada por mis compañeros, y por detener a Chad. Siento tanta impotencia, fui una total estúpida en dejar entrar a ese hombre a mi casa.

—Ya debería tener noticias de ellos. —Camino de un lado a otro con el celular en la mano—. Tengo un mal presentimiento, mejor iré a buscarlos.

—Ainara, por favor —me dice Kim con dulzura—, tiene que revisarte un médico. Has inhalado demasiado humo tóxico, podrías tener daños permanentes si no te revisan.

—Denme las llaves de mi camioneta.

Recuerdo que no la tengo en mi poder y mi padre se acerca a mí.

—Hija —dice mirándome a los ojos—, escucha a Kim. Por favor, esta vez seré yo quien no te deje ir.

Estoy a punto de negarme, cuando veo acercarse el auto de Peter. Tanaka viene a su lado. Peter frena, abre la puerta y camina hacia mí. Tiene una pequeña cortada en la frente.

—Ainara… —Nos abrazamos con fuerza—. Vaya que me has preocupado, ¿estás bien?

—Peter —le digo, sujeto sus brazos y lo miro a los ojos—, ¿qué pasó con Chad?

—No te preocupes —responde con tranquilidad moviendo los ojos hacia atrás—, atrapamos al infeliz.

Observo detrás de él y en el auto está Chad en el asiento trasero, esposado y con el labio roto. Camino hacia el auto y Peter me sujeta el brazo. —No lo hagas.

Volteo a ver a Peter y respondo con calma.

—No voy a hacer nada.

Sigo caminando. Chad me observa acercarme a la ventanilla y me mira de reojo, con lejanía.

—No dirás nada, ¿eh? —dice impaciente mientras lo miro directo a los ojos sin expresión alguna—. Tuviste que atender la llamada de ese idiota, yo quería besarte. —Le doy la espalda y camino en dirección a Peter y Chad, pero sigue gritando—. ¡Aquel viejo tuvo que venir a rescatarte! No eres nadie. ¡Mírame, maldita perra! ¡Mírame!

Paso al lado de Peter y digo sin detenerme.

—Llévatelo.

• • •

Oficinas del
FBI
, Nueva York
Sábado 26 de enero
8:10 a. m.

El taxi se detiene, pago e ingreso al edificio.

—Buenos días, Billie —lo saludo, reviso unos papeles en mi mochila y sigo camino a la oficina.

—¡Espere, Ainara! —Volteo tras el grito inesperado de Billie—. Tiene que ir al estacionamiento.

—¿Al estacionamiento? —repito, pero me suena ridículo.

—Así es —responde sonriendo—, un hombre me pidió que me asegurase de pedírselo en cuanto llegara.

Pongo cara de extrañeza y me dirijo hacia allá. Las puertas del ascensor se abren y veo los autos, camino, pero no hay nadie cerca. Pienso que es una broma de mal gusto y doy la vuelta para regresar, cuando veo a lo lejos mi lugar reservado con una inesperada sorpresa. Me apresuro a acercarme y allí está ella.

Corro y abrazo a mi Tundra con cariño. Parece que le han dado una lustrada de lujo y en el interior hay un enorme ramo de flores junto a una nota.

«Ainara Pons:

Muchas gracias por evitar que me despidieran. El senador se enamoró de tu camioneta y mi auto ya está listo para retomar su puesto.

Posdata: Espero no te molestes por haber lustrado tu vehículo.

Saludos, agente de seguridad Michael Boch».

Sonrío con nostalgia y corro a la oficina.

• • •

Ingreso al tercer piso y todos me miran, se produce un silencio total en la oficina y camino mirando al suelo. Al abrir la puerta de la oficina, Peter y Tanaka hacen lo mismo.

—¿Buenos días? —Cierro la puerta y tiro mi mochila en una de las sillas—. ¿Piensas quedarte mudo o me darás un café?

Tanaka se pone de pie y se apresura a traérmelo. Peter me mira con una sonrisa tierna desde su silla.

—La gran Ainara Pons. —Cierra la carpeta que tiene en las manos y la deja sobre el escritorio—. Eres indestructible.

—Claro que lo soy —afirmo, camino hacia él y me apoyo en el escritorio—, pertenezco al grupo más invencible del planeta.

—Así es —confirma orgulloso y se lleva una pluma a la boca—, los agentes del
FBI
.

Me acerco a su cara y le saco la pluma.

—No, Peter —le digo y lo veo a los ojos—, las mujeres.

Nos miramos, estamos muy cerca uno del otro.

—No está tan caliente, pero… —Tanaka entra hablando, luego calla y se queda quieto al vernos—. ¿Interrumpo?

—¡Ouch! Café frío —digo y me apresuro a agarrar el vaso para alejarme de Peter—. ¿Podríamos ponernos a trabajar?

—Yo ya lo hice —responde Tanaka, toma unos papeles de su escritorio y me los entrega.

—¿Qué es esto? —Hago una mueca de desagrado cuando bebo el café.

—El laboratorio encontró huellas no identificables en el encendedor que hallamos en la escena del incendio, la de Búfalo. —Tanaka suena entusiasmado—. Ayer pedí que las comparen con las de Chad Wells y, ¿qué creen?

—Coincide en un noventa y nueve por ciento —leo en el reporte del laboratorio, aunque ya conocía el resultado.

—El maldito desgraciado —suelta Peter—, se va a pudrir en la cárcel.

—¿Cuánto crees que le den?

La voz de Tanaka se mezcla con la de Peter y yo me pierdo en mis pensamientos, con las hojas de papel que demuestran la culpabilidad de Chad en las manos. No puedo evitar imaginar lo que habría pasado si mi padre no hubiera llegado a tiempo, si los Wong no hubieran

acudido para apagar el fuego, si Freddie y Peter no hubieran asistido para ir tras de Chad. Sin Bob, guiándome con sus ladridos y la tremenda fuerza de su compañía. Sin duda alguna, estaría muerta.

Durante un instante, recapacito, y me doy cuenta de que no estoy tan sola como pensaba.

—¿Tú qué crees, Ainara? —La voz de Peter me devuelve a la oficina.

Los observo a los dos un momento.

—Lo que creo —señalo, dejo el expediente y el café en el escritorio— es que estoy orgullosa de mi equipo de trabajo.

Ambos me regalan una cálida sonrisa, luego llevan una mirada de extrañeza a lo que ocurre a mis espaldas. Volteo a ver y el jefe de operaciones Julio Aguilar nos sorprende con su visita.

—Lamento llegar sin avisar —dice con una tímida expresión.

—Por favor, Julio —le contesto y señalo el sillón de la oficina—, adelante.

—Le apetece un café —ofrece Tanaka y sale a buscarlo luego de ver que Julio asiente.

—Me imagino que viene a preguntar por su compañero Chad Wells —afirma Peter.

—Bueno, yo… —Tanaka entra y le entrega el vaso en la mano—. Me resulta realmente increíble que Chad haya sido capaz de cometer esos horribles crímenes. Te lo comenté cuando me llamaste.

Tanaka y yo miramos a Peter.

—Oh, claro —nos explica—. Yo llamé a Julio cuando descubrimos las relaciones que había entre las fechas y lugares de los incendios con las conferencias que el Departamento de Bomberos brindaba. Lo tomó por sorpresa y me dijo que era una locura.

—Es que realmente lo pensaba. —Julio tiene una mirada de asombro—. En todos estos años que llevo trabajando con Chad, les juro que ha sido el compañero y amigo más fiel del mundo. Nos reuníamos en mi casa, compartíamos cenas y mi familia lo apreciaba muchísimo. No puedo creerlo.

—No te sientas mal, Julio —dice Peter, mirándome, y luego a Tanaka—, nos engañó a todos.

—¿Saben cuánto tiempo le darán? —pregunta Julio.

—Aún no sabemos con exactitud —responde Tanaka—, pero lo acusarán por los incendios provocados intencionalmente. También los homicidios en las diferentes ciudades y —dice, me mira y sigue— por intento de homicidio en primer grado.

—Es muy posible que le den perpetua porque encontramos un importante testigo que de primera mano nos llevó a dónde Chad Wells

guardaba los encendedores, botellas con líquidos inflamables y bengalas: su madre —sigue Peter.

—Es el golpe final para ese desgraciado —afirmo.

Mi celular comienza a sonar y veo que mi agenda tiene una anotación importante.

—Caballeros, debo irme, tengo un compromiso que atender —digo. Tomo mis cosas y señalo a Peter y Tanaka—. Ustedes dos prepárense para el juicio que será en dos meses.

Salgo del estacionamiento en mi camioneta y me dirijo directo a la tienda deportiva Boys para escoger un regalo antes de asistir a mi cita en Manhattan.

• • •

Restaurante Melina's. Manhattan, Nueva York
1:00 p. m.

Estaciono mi Tundra frente al restaurante, el único lugar en la calle, y me siento iluminada por el karma. Tengo especial cuidado en no destruir otro auto y, antes de cerrar la puerta, tomo la bolsa con el presente que compré en la tienda.

Entro al lugar y busco con la mirada, pero no lo encuentro. De repente, escucho una voz gritar mi nombre.

—¡Ainara, por aquí!

Miro a mi padre y realmente no lo reconozco. Se ha recortado la barba, ya no lleva la gorra y viste un elegante y discreto traje. Me acerco a él y veo la encantadora sonrisa en su rostro.

—¡Vaya! —No puedo ocultar mi sorpresa—. Pareces un empresario.

—Solo quería estar bien presentable para ti. Por favor, siéntate y echémosle un vistazo a la carta. —Se le ve realmente contento y esperanzado—. ¿Qué vas a pedir?

Tomo asiento y me quedo un momento admirándolo.

—Que abras mi regalo —contesto y pongo la bolsa de papel en la mesa, tiene un adorno de cinta y el logo de la tienda.

Abre la bolsa con curiosidad y del interior saca una camiseta y la despliega. Lleva impreso el logo del equipo favorito de mi padre, The Philadelphia Flyers, y está firmada por los jugadores.

—Espero no haberme equivocado con la talla —comento en tono burlón con la copa de vino—, ya no eres el esbelto John Pons.

—¡No puedo creerlo! —exclama al borde de las lágrimas—. Esta camiseta es del gran juego del…

—Del setenta y seis —termino la frase con una sonrisa—, recuerdo

tus alaridos cuando vencieron a los de la Unión Soviética.

—¡Los hicimos pedazos! —Deja la camiseta y toma mi mano sobre la mesa con expresión de ternura—. Muchas gracias, hija mía, realmente te has vuelto una mujer impresionante, y lo hiciste tú sola. Te juro que dedicaré cada segundo de mi vida a recuperar el tiempo perdido.

—Sé que será así, papá, estoy segura de que todo marchará mucho mejor a partir de ahora.

Si tuviera que elegir un momento memorable en mi vida, sin duda alguna sería este. El reencuentro con mi padre parecía algo que jamás ocurriría, y hasta hace poco esperaba que fuera así. Durante diez años guardé rencor, miedo, angustia y dolor, esperando que llegase el día en el que lo tuviera frente a mí para gritarle en la cara todo lo que sentía con toda la furia posible. En lugar de eso, hoy me encuentro reconciliada y compartiendo uno de los momentos más memorables.

Durante el almuerzo hablamos de mi vida, me contó de sus problemas con el alcohol y cómo le había afectado la muerte de Rachel. También sobre su estadía en un hospital psiquiátrico luego de haber intentado suicidarse por la depresión en la que había recaído, esto me hace olvidar un poco el rencor y acercarme a la empatía. Yo también le cuento sobre mis problemas con el alcohol y lo que me produjo la muerte de Danny. Juntos nos apoyamos el uno en el otro.

El dolor que antes nos había separado ahora nos reúne, para crecer más fuertes que nunca.

17

Restaurante Portobello. Brooklyn, Nueva York
Lunes 28 de enero
12:35 p. m.

Desde afuera puedo ver tras el cristal a Amy y Andrew, con Amy planeamos esta comida para agradecer a Andrew por ayudar a localizar a Pamela. Están en el segundo piso del restaurante, sentados en una mesa para tres, esperándome. Me acerco a recepción y el mesero me guía hacia ellos.

—Ya era hora de que aparecieras. —Amy me da un abrazo.

—Se supone que el almuerzo era para mí y ya nos terminamos la canasta de pan. —Andrew me abraza también, es extraño que sea la primera vez que noto lo alto que es.

—Lo lamento —digo y nos sentamos—. El tráfico, ya saben lo que es conducir en Nueva York.

—Ah, no te preocupes —responde Amy—. Nos pusimos al corriente, estábamos hablando de Junior.

—Sí, le comentaba a Amy que él ahora está empezando sus prácticas en un buen bufete de abogados en Nueva Jersey —recapitula Andrew.

—Ese es mi chico, es muy inteligente, me llamó en su primer día en el bufete, estaba muy nervioso y yo, como buena tía, le di ánimos —les cuento a mis amigos y los tres sonreímos.

—¿Y Benjamin y Arthur? —recuerda Amy.

—Hablé con ellos hace unos días —comento—. Parece que están de viaje por América del Sur.

—Una vez estuvimos a punto de irnos a América del Sur con Danny —menciona Andrew y todos nos quedamos en silencio.

—Habrían sido pésimos mochileros —respondo y el ambiente se distiende.

Andrew se lleva a la boca un pequeño bocado que nos trae el mesero, y al parecer no sabía que era relleno y lo muerde.

—Jamás subestimes mi capacidad de supervivencia, Ainara —me

dice y se le cae un poco del relleno en la camiseta blanca.

Amy y yo reímos y el mesero, que presencia la escena, le acerca una servilleta para que se limpie.

—Yo creo que Danny te habría salvado de muchas, es el único de nosotros que podría sobrevivir en un desierto bebiendo agua en lugar de vino —comenta Amy y levanta una copa—. Por Danny.

Los tres sonreímos y brindamos. El mesero llega con el plato principal, se trata de un pato a la naranja con castañas y una salsa de frutos rojos bien decorado. Andrew pone una cara de extrañeza.

—¿Le pido al chef que lo transforme en hamburguesa? —dice Amy con su mano en el hombro de Andrew, quien aún sigue mirando el plato con sorpresa.

Reímos nuevamente y les comento sobre mi padre, todo lo que fue para mí vivir sin él cuando nos abandonó y el choque de emociones que me produjo su aparición.

—Vaya, debió haber sido emocionante ver cómo tu propio padre desaparecido te rescataba del incendio —dice Andrew y se queda pensando—, eso es algo para apreciar.

—Así es —respondo—, fue muy extraño al principio. Quería ahorcarlo, pero eran más fuertes mis ganas de abrazarlo. Es mi padre y lo amo, siempre será así.

—Me siento muy feliz por ti, Ainara. —Amy me toma una mano con cariño—. La vida se ha llevado a alguien importante para ti, pero también te devuelve la felicidad de reencontrarte con tu padre.

—Es cierto, Ainara —comenta Andrew con total franqueza—, no todos tenemos esa suerte.

Nos quedamos pensativos por un momento y Andrew rompe el silencio.

—¿Tu casa sigue en reparación?

—Para acabar falta un largo tiempo —respondo con cara de fastidio—, me gustaría aprovechar para hacer remodelaciones. Me quedaré en un hotel.

—¿Acaso perdiste la razón? —Amy me mira desconcertada y produce lo mismo en mí—. Te quedarás conmigo, tenemos una casa enorme y aún no llegan los niños. Bueno, vienen mis sobrinos de visita de vez en cuando y la casa se vuelve un desastre, pero se los regreso a su madre por la tarde y todo vuelve a la normalidad.

—Amy —digo con pena—, no quiero molestar.

—Me molesta que te moleste —responde con una sonrisa—, ¿para qué somos los amigos si no es para apoyarnos en estas situaciones?

Miro sus ojos llenos de amor, los de Andrew, y no puedo evitar sentirme viva. Después de un año de dolor, de muerte y desesperación,

pensaba realmente que la vida ya no tenía sentido. La muerte de Danny me provocó un sentimiento de soledad que no experimentaba desde que perdí a mi padre, pero el destino me demostró que las cosas se pueden revertir. Estoy más esperanzada que nunca en continuar con mi trabajo como agente del
FBI
con la misma fuerza del principio, aunque esta vez, quienes intenten desafiarme, tendrán que enfrentarse a una Ainara Pons más fuerte que nunca. Porque me siento más viva que nunca.

Este será un nuevo comienzo.

EPÍLOGO

Oficinas del
FBI
, Nueva York
Viernes 1 de febrero
8:15 p. m.

Dos hombres vestidos de traje oscuro ingresan a la oficina del jefe Phillip Nash para hablar con él. Tienen seriedad en la cara y se mueven con cautela. Uno de ellos carga una carpeta en la mano con la leyenda «confidencial» impresa.

—Adelante. —Phillip se ve nervioso, tiene en sus manos la carta que ellos le habían enviado para hablar con él sobre un tema de suma urgencia.

Los hombres cierran la puerta, uno se queda parado custodiando y el que tiene la carpeta en la mano se sienta frente a Phillip.

—Señor Phillip Nash, soy Marcus Brandon, él es Tom Reagan y somos agentes de la
CIA
.

—Díganme, caballeros, ¿en qué puedo ayudarles?

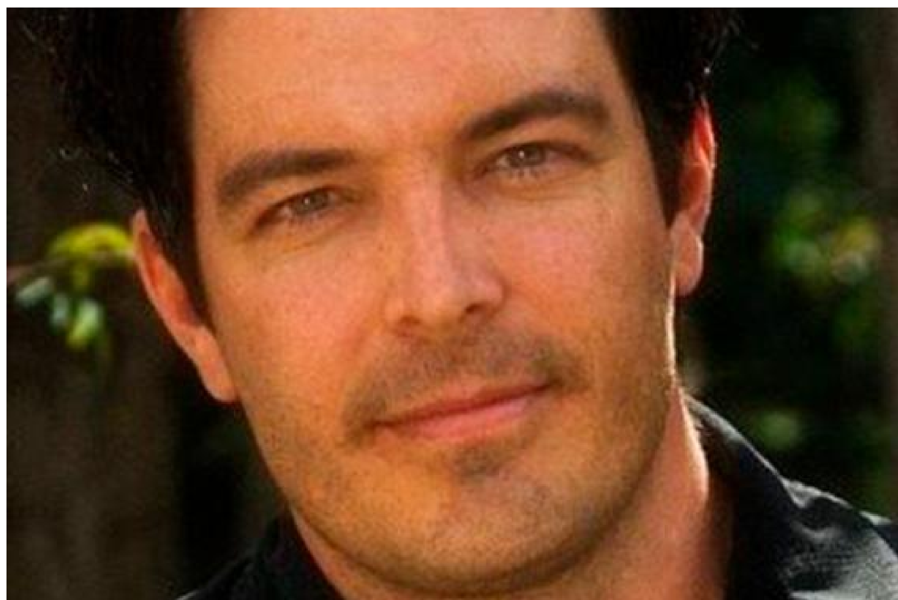
—Iré directo al grano. Durante varios meses estuvimos en Nicaragua en una misión cuyo objetivo era desestabilizar al Gobierno autoritario del país, hace una semana las autoridades locales nos informaron del hallazgo de un cadáver. —Abre la carpeta y comienza a desplegar el informe forense y fotografías mientras habla—. Se trata de Thomas Turner, un hombre blanco, con poco cabello canoso, ojos claros y de unos sesenta y cinco años. Es un importante magnate del petróleo y se sabe que ha estado ligado a una gran organización criminal llamada «El Anillo».

Phillip permanece atento, observando la fotografía del cadáver en su mano derecha.

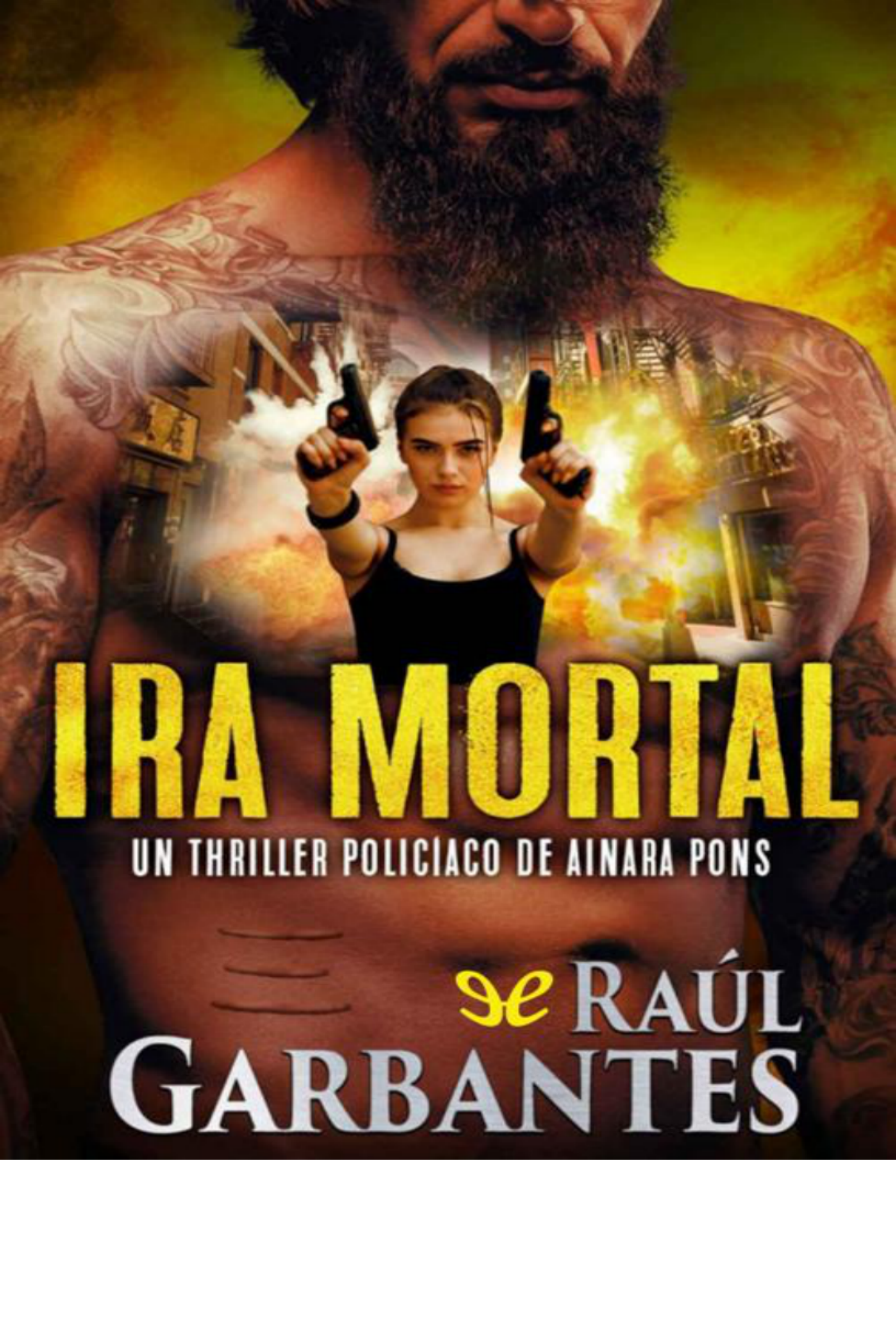
—Resulta, señor Nash —continúa el agente Brandon—, que agentes del

FBI
de su unidad tuvieron contacto con él poco antes de su muerte, poco más de un año atrás. La autopsia que le practicaron a Thomas Turner reveló que la bala que lo mató corresponde a un revólver Smith & Wesson Competitor tipo Magnum. —Marcus apoya sus brazos en el escritorio mirando directamente a Phillip—. Nos gustaría saber cuándo fue el último contacto de usted o su gente con este hombre, y si tiene alguna idea de por qué pudo haber sido ejecutado.

FIN



RAÚL GRABANTES nació en Barranquilla, Colombia. Desde su adolescencia tuvo mucho interés por la lectura de relatos policiales e historias de suspenso. Su carrera es administración de empresas pero su pasión es la escritura. Ha trabajado como corrector, lector, y editor de periódicos locales. Apasionado por el género suspenso y policial, Raúl ha publicado como autor independiente cinco novelas: La Última Bala, El Silencio de Lucía, Resplandor en el Bosque, Pesadilla en el Hospital General, y El Palacio de la Inocencia. Raúl radica actualmente en Panama City, Florida, desde donde escribe su siguiente novela.


IRA MORTAL
UN THRILLER POLICIACO DE AINARA PONS
RAÚL
GARBANTES

El fantasma de su pasado la encuentra El presente le dará a escoger hacia dónde llevar sus pasos Un caso le cambiará su vida Del autor *bestseller* de Juro vengarte llega esta vibrante quinta entrega de la serie Agente especial Ainara Pons. Ainara intenta rehacer su vida. Ella ha realizado un gran esfuerzo para cambiar sus malos hábitos, y hace meses que no prueba el alcohol. Cuando las cosas en el trabajo empiezan a mejorar, el pasado parece alcanzarla y sus viejos errores le complican la situación actual. Sin embargo, este no es su mayor problema. Una organización criminal china ha venido trabajando de manera clandestina en Nueva York. Se presume que esta banda extorsiona a otros chinos, comercializa órganos humanos y trafica drogas. Ainara y su equipo darán fuertes golpes a esta mafia china de Nueva York, lo que traerá graves consecuencias para ella y las personas que más quiere. Es entonces que Ainara tomará este caso como algo personal.



Raúl Garbantes

Ira mortal

Ainara Pons - 5

ePub r1.0

Café mañanero 14-03-2024

Título original: *Ira mortal*
Raúl Garbantes, 2022
Diseño de la portada: Giovanni Banfi

Editor digital: Café mañanero
Primera edición EPL, 03/2024
ePub base r2.1




IRA MORTAL

Raúl Garbantes

PRÓLOGO

La mano firme de Ainara sostiene el arma. La Smith & Wesson está cargada y lista para disparar. A menos de dos metros de ella se halla un hombre de rasgos orientales que la observa tenso. Está herido y, aunque quisiera, no podría realizar ningún movimiento que logre librarlo de esta situación. Sabe que su vida depende de la voluntad de aquella mujer que lo mira fijamente, con los ojos escupiendo fuego y sin parpadear. Ella es agente del
FBI
y el hombre cuenta con eso. Espera que su cargo la obligue a mantenerse dentro de la ley, que su conciencia le impida apretar el gatillo. Una gota de sudor se desliza por su frente. Cree que la mujer hará lo que le dicta el reglamento, pero el arma lo sigue apuntando. Aunque algo en aquel rostro le sugiere que la cosa no está definida aún.

Una voz masculina irrumpe en el lugar, sobresaltándolos. Pero mientras que el hombre mira al recién llegado, ella no quita la vista de su presa.

—¡Ainara! —grita Peter Bennett que acaba de entrar en la habitación y se encuentra con una escena que no termina de descifrar; no sabe cómo actuará su compañera, pero ante la duda, decide intervenir—. ¿Qué haces, Ainara? Ya está bien, lo atrapaste. Ahora debemos entregarlo para que sea juzgado.

—¿Qué crees que pasará, Peter? —pregunta Ainara sin dejar de apuntar y Bennett se sorprende por la calma que escucha en ese tono de voz—. ¿Cuánto crees que tardarán los abogados en sacarlo?

—No creo que pueda zafarse de esta, Ainara —intenta explicar Peter al comprender que la actitud de su compañera no es la que él quisiera—. Tenemos muchas pruebas de sus actividades ilegales, no tiene forma de salir impune.

El hombre con rasgos orientales escucha el diálogo, pero solo ve el cañón apuntándole directamente a la cabeza. Espera que el agente Bennett la convenza de hacer lo correcto, que lo detengan, que presenten cargos y que continúe el proceso legal que debe seguir,

como con cualquier otro detenido.

—Sus abogados ganan más en un mes que yo en un año —dice Ainara sin mover el brazo ni un milímetro, pero no es rencor ni envidia lo que se percibe en su voz, es solo una explicación objetiva de la realidad—. Este maldito tiene información que podrá canjear para obtener una pena mínima. Esperará el juicio en su casa luego de pagar la fianza, y cuando llegue el veredicto del jurado, la sentencia del juez será una broma. Un par de años en la cárcel, con todos los cuidados que el dinero puede comprar hasta que salga para seguir su vida como si nada hubiera pasado. ¿Crees que eso sea justicia, Peter?

—Eso no depende de nosotros, Ainara —contesta Peter queriendo aclararle el papel que le toca jugar—. No somos jueces, no decidimos sobre la vida de la gente, esa responsabilidad es muy grande y le corresponde a alguien más. Nuestro trabajo es atraparlos y entregarlos a la justicia, hasta ahí llegamos. Tú has hecho muy bien tu trabajo, Ainara, solo tienes que hacer lo que resta, entregarlo con vida para que sea sometido a juicio.

—¿Recuerdas a Turner, Peter? —pregunta Ainara de manera retórica, sabe perfectamente que Bennett lo recuerda muy bien—. Él ni siquiera llegó a juicio. Era el jefe criminal de la organización más peligrosa del mundo y, aun así, terminó de paseo por Nicaragua. ¿Crees que eso es justicia, Peter?

El agente Bennett quisiera poder reflexionar sobre lo que le dice Ainara, pero no tiene tiempo. Debe convencerla de hacer lo correcto, aunque esté reñido con la justicia. Sabe que ella es capaz de disparar y debe apelar a todo lo que tiene para detenerla.

—Ainara, piensa en ti por una vez —dice Peter buscando otro camino—, o piensa en la situación en la que me pones a mí. Sabes lo que siento por ti. Si aprietas el gatillo, no solo arruinarás tu carrera, también destruirás nuestra relación; no podré cubrirte esta vez. Si alguna importancia tengo en tu vida, por favor, no lo hagas. Me lo prometiste.

Ainara escucha las palabras de Peter y por primera vez desvía la mirada del objetivo. Sus ojos bajan por un instante como buscando una respuesta en algún lado, una salida distinta de la que tenía planeada, pero que no la deje con la sensación de impotencia que ya antes ha sentido. Peter es muy importante para ella, tal vez deba recapacitar, puede que su amigo tenga razón. Su brazo se afloja levemente y el cañón comienza a bajar muy despacio.

El hombre que había estado en la mira hasta hacía un instante también se relaja. Piensa que el Programa de Protección a Testigos es una posibilidad en la que puede pensar. Como tantas otras veces en su

vida, nuevamente se saldrá con la suya. Una sonrisa de soberbia se insinúa en sus labios, parece que ha vuelto a ganar.

Entonces, un estruendo rompe el tenso silencio. El olor a pólvora flota en el aire y ya nada será igual.

1: UNA CARNICERÍA

Una semana antes
Nueva York
Jueves, 15 de abril
8:30 a. m.

Veo las calles a través de la ventanilla del coche pasar frente a mí. El paisaje es conocido, pero la situación es distinta. Hay un peso que ya no oprime mi pecho. No creo que tenga una vida feliz, pero el dolor ya no me acosa como antes. El tiempo ha pasado y la vida continúa, nada se detiene. Luego del último intento fracasado de comenzar una relación, sentí que, tal vez, las relaciones no eran lo mío. El mejor hombre que tuve a mi lado murió sin que le pudiera decir cuánto lo amaba. Concentrarme en el trabajo fue la mejor decisión que tomé. Hace varios meses que no tomo una sola gota de alcohol. Es el cambio que me estaba debiendo, las últimas veces ya no podía ni mantenerme en pie y el hígado comenzó a pasarme factura. Hay momentos en los que se hace difícil, pero la presencia de mi padre me ha ayudado. Estamos juntos en esto. Ahora me alimento más de lo que debería, pero a nadie parece importarle; aumenté 6 kilos.

—Ya estamos en posición, Philip —me avisa Peter por el radiotransmisor y recién entonces me percato de que nos hemos detenido.

Las tres furgonetas del
FBI
que conforman el equipo frenan a la vuelta de nuestro destino. Philip dirige la misión desde un piso, frente a la dirección en la que está el lugar donde debemos ingresar. Desde allí puede ver los movimientos y decidirá en qué momento haremos la incursión.

—Aguarden a que les diga —responde Philip y yo también lo escucho por el auricular que llevo en el oído izquierdo—. Solo unos segundos más.

Peter, que se encuentra sentado a mi lado, en la parte de atrás del vehículo, me mira y sonríe. Disfruta que estemos trabajando juntos; yo

también lo hago. Instantes antes de entrar en acción, siempre me da su sonrisa pacificadora. Es como una cábala o un voto de confianza que me dice que, pase lo que pase, todo estará bien.

El operativo estaba decidido desde ayer en la noche, pero recién esta mañana, hace una hora, tuvimos la dirección exacta. Peter y Freddy vieron al informante y vinieron con el dato preciso. Aparte del equipo en las furgonetas, hay otro disperso por la calle simulando que realiza compras. Es una zona comercial del barrio Chino, siempre hay mucho movimiento, por lo que es fácil que pasen desapercibidos. Sin embargo, como tampoco pueden estar demasiado tiempo pululando por la calle sin despertar sospechas, Philip no debe demorarse en dar la orden.

—¡Avancen!

Escucho la indicación del jefe cuando el semáforo se pone en verde. Las tres furgonetas arrancan y giran en la esquina a gran velocidad hasta situarse frente al lugar designado.

—¡Ahora! —exclama Peter mientras abre la puerta de su lado y desenfunda el arma.

Yo hago lo mismo de mi lado de la furgoneta. Corro hasta la pared, sosteniendo mi arma con las dos manos y apuntando al suelo. Freddy Tanaka, que venía en la segunda furgoneta, se sitúa a mis espaldas. Veo cómo los civiles comienzan a correr en todas direcciones y dos agentes arremeten contra la puerta con el ariete. De un solo golpe la cerradura estalla en mil pedazos y la puerta se abre de par en par. Peter ingresa primero y yo voy detrás de él, el resto de los agentes me siguen. Cuando todavía no se adaptaba mi visión a la oscuridad del lugar, un fogonazo me deslumbra a pocos metros y empiezo a disparar en esa dirección sin saber a qué. Ni siquiera pudimos dar el anuncio de que somos del FBI. Los disparos cruzan en todas direcciones. Veo de reojo que Peter se toma el brazo y que otro de los agentes cae al suelo, pero yo sigo disparando. Entre las corridas y los gritos, veo que dos hombres del bando opuesto caen, no sé si por mis balas o las de mis compañeros. Por un segundo hay silencio y puedo echar un vistazo más claro. Pero de inmediato el estruendo de nuevos disparos me pone en alerta y escucho el silbar de una bala muy cerca de mi rostro. Giro hacia la escalera desde donde viene el fuego y disparo hasta vaciar mi arma. Mientras cambio el cargador, busco a Peter, pero no lo encuentro. Veo sin embargo a Freddy junto a mí, disparando como enloquecido a cada bulto del lugar. Escucho un movimiento en la escalera y vuelvo a disparar. Le doy a un hombre que en realidad venía rodando escalera

abajo, tal vez sin vida. Veo que Freddy también le dispara.

—Está bien, Freddy —le digo para calmarlo. Es un novato y está fuera de control; temo que podría darle a uno de los nuestros.

Recién entonces veo a Peter, que avanza con su arma apuntando hacia la escalera.

—Vamos —dice y noto que su brazo sangra. Quisiera ver si se encuentra bien, pero no hay tiempo para eso. Conté tres delincuentes caídos y ahora veremos qué hallamos arriba. Se escuchan gritos desesperados en un idioma extranjero y nuevos disparos. Nos miramos con Peter y subimos corriendo. Solo veo la espalda de Peter, quien, apenas llega al siguiente piso, comienza a disparar. Me corro como puedo a un lado para ver qué hay delante. Todavía en la escalera, y con la mitad del cuerpo asomando, disparo yo también hacia donde veo el fuego enemigo. El delincuente cae y otro lo reemplaza. Peter se arroja a un costado para cubrirse con el marco de una puerta y yo me echo al suelo. Le doy en el pecho al atacante, que cae hacia atrás. Sale un tercer hombre, mostrando su arma en alto en clara señal de rendición, y escucho un disparo que cruza por arriba de mi cabeza y le da en pleno rostro, borrando su cara en una mancha de sangre. El hombre cae sentado, sin vida, en el umbral de la puerta. Es Freddy el que disparó y se lanza, saltando por encima de mí, hasta el lugar de donde había salido el último hombre. Peter corre detrás de él, y mientras me pongo en pie para seguirlos, veo que Freddy ingresa a la habitación disparando. Escucho gritos y voy tras ellos. Entro a la habitación y veo a Freddy y a Peter con las armas en alto, apuntando a un grupo de gente arrinconada contra la pared. Otro cuerpo yace en el suelo con un arma en la mano. Mientras Freddy no deja de apuntar, Peter baja su pistola.

—Tranquilos —dice Peter—, somos del FBI, ya están a salvo. ¿Hay alguien más en el lugar?

Nadie responde, se les ve a todos en muy mal estado, delgados y sucios. Hay otras dos personas en el suelo con las mismas características, pero de ellos fluyen ríos de sangre. Los delincuentes les deben haber disparado hace unos segundos. Son unos veinte en total, todos orientales; uno de ellos trata de comunicarse.

—¿Entiendes algo? —le pregunto a Freddy, que si bien sigue con el arma en alto, parece estar más calmado.

—No —me responde sin dejar de apuntarle a la gente.

Miro al delincuente abatido en el suelo y me acerco, con el pie aparto su arma. Me pongo en cuclillas y verifico su pulso. No tiene, está muerto. Es entonces que veo en su muñeca un tatuaje de tres

líneas paralelas. Es demasiado sencillo como para ser simple ornamentación, puede que signifique algo. Entonces me enderezo y vuelvo hasta la puerta. Reviso a otro de los delincuentes, el que recibió el disparo en el rostro. También tiene el mismo tatuaje, ahora no dudo, algo debe significar. Escucho gritos y nos sobresaltamos.

—Quédate aquí —le indica Peter a Freddy mientras nosotros vamos a ver qué pasa. Escucho disparos y veo que al final del pasillo otro delincuente cae herido. Dos de nuestros agentes ya están sobre él. Peter vuelve a la habitación.

—Pide un intérprete —le dice a Freddy—. Con Ainara iremos a revisar el resto de la casa. Tú quédate aquí, cuidando a esta gente. —Peter camina hacia el pasillo, pero se detiene, se da vuelta y le dice a Freddy en un tono grave—. Luego hablaremos.

Sale de la habitación y camino junto a él. Freddy se excedió y Peter deberá aclararle algunas cosas. Prefiero no decir nada, entiendo al novato. Observo el brazo de Peter, que sigue derramando abundante sangre.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—Fue solo un rasguño —responde—, pero duele bastante —dice sonriendo y yo le devuelvo la sonrisa. Sé que un disparo en el brazo no lo va a detener, así que esperaré a que lo vean los médicos para saber realmente cómo está.

Nos aproximamos a la otra puerta que se halla al final del pasillo. Sacamos nuevamente nuestras armas. Otros dos agentes están junto a nosotros. Peter gira el picaporte y la puerta se abre con lentitud. Apunto con mi Smith & Wesson hacia el interior, pero no hay movimiento. Me llama la atención que el lugar sea muy distinto al resto de la casa. Hay una camilla e instrumentos médicos, parece un quirófano.

—¿Qué diablos es esto? —pregunta Peter al ingresar a la habitación—. El chivato de esta mañana nos habló solo de los inmigrantes indocumentados, esto no tiene sentido.

—Vamos al piso de arriba —digo mientras me volteo para ir hacia la escalera, presiento que aquí hay algo más aparte de lo que pensábamos. La redada había sido para rescatar a inmigrantes chinos secuestrados, gente que venía desde Asia con la promesa de trabajo y una vida en libertad, pero que al llegar se encontraba con esclavitud. Las mujeres terminaban en burdeles, los hombres, en fábricas clandestinas, y los niños… Mejor ni pensar lo que hacen con los niños.

Uno de los agentes permanece en el quirófano mientras el otro viene con nosotros. Al llegar arriba, a lo que sería el altillo, veo una puerta de metal cerrada con un gran candado. Peter lo toma con la

mano que no lleva el arma y me mira. Presiono el botón del radiotransmisor.

—Necesitamos un abrelatas en el altillo.

Mientras esperamos a que llegue alguien para abrir la puerta, siento frío en los pies. Me agacho y acerco la mano al suelo. Está congelado. Llega el agente con un enorme alicate para cortar el candado. El hombre hace fuerza y el candado cede, lo quita y se aparta. Peter empuja la puerta y un olor fétido con un frío de muerte penetra por mi nariz. Lo que veo es espantoso, me cubro la cara con el brazo y Peter hace lo mismo. La habitación es un gran refrigerador repleto de cadáveres. La mayoría de ellos enteros, pero algunos están desmembrados. Hay decenas de cuerpos amontonados aquí y allá. Lo miro a Peter y dudamos un instante. Luego entro a la habitación, mirando muy bien por donde camino. Me acerco a los cuerpos desnudos. Puedo ver cortes sin suturar en todos ellos, algunos están abiertos de par en par. Escucho al agente que abrió la puerta, que súbitamente comienza a vomitar. Yo también siento náuseas, así que contengo la respiración y salgo. Bajo las escaleras casi corriendo y recién entonces respiro agitada. Apoyo una mano en la pared y lo veo bajar a Peter. Él me mira desconcertado.

—Tráfico de órganos —dice en un tono neutro, como si se estuviera forzando a no mostrar emociones. Aprieta entonces el botón de su radiotransmisor—. Philip, necesitamos a los forenses, que vengan preparados porque esto es una carnicería.

2: UN OJO ENCIMA

Nueva York. Oficinas del
FBI
Jueves, 15 de abril
11:30 a. m.

Peter fue atendido por los paramédicos, en la calle, a la salida del operativo. Como había dicho, solo se trataba de un rasguño. Dos de nuestros agentes no tuvieron tanta suerte, están mal heridos y ya fueron trasladados al hospital.

Luego de ser curado y vendado, a Peter le dieron para que vista una cazadora del
FBI
, su chaqueta no servía más. En contra del consejo del paramédico, se quedó junto con Ainara y Philip una hora más en el lugar. Querían saber qué resultado daban las pericias preliminares de los forenses. Sin embargo, en un momento Philip lo llamó aparte, hablaron unos segundos y se marcharon del lugar sin dar explicaciones.

• • •

Ahora se encuentran en la oficina de Philip, respondiendo a las preguntas de dos agentes de la
CIA
: Marcus Brandon y Tom Reagan.

—Pensé que este tema ya estaba aclarado —dice Philip desde su silla. Peter está parado a su lado, y mientras Brandon se sienta frente a él, Reagan permanece de pie junto a la puerta.

—Al contrario, agente Nash —responde Brandon, que parece estar a cargo; es mayor que su compañero y tiene una actitud de soberbia que a Peter lo exaspera—, no hemos recibido ninguna explicación de su parte.

—No hay nada que explicar —se apura a decir Philip, que intenta restarle importancia al tema—, ninguno de nuestros agentes tiene que

ver con ese asesinato, están buscando en el lugar equivocado.

Ya habían tenido una reunión meses atrás, en la que los agentes de la CIA le preguntaron a Philip por el asesinato de Thomas Turner, el líder de una organización criminal atrapado por Ainara hacía dos años, pero que había entrado en el Programa de Protección a Testigos y luego de huir se había establecido en Nicaragua. La CIA pensaba que algún agente del FBI podía estar implicado en la ejecución, pero al no presentar ninguna evidencia, Philip se había desligado del problema con facilidad. Ahora volvían de nuevo a la carga sin previo aviso. Philip decidió abandonar el operativo y venir con Peter como apoyo para deshacerse de ellos de una vez.

—Tal vez deba ver estas fotos, jefe Nash. —El agente Brandon le arrima un sobre color manila y lo deja sobre el escritorio.

Philip lo abre y saca dos fotos.

—¿Quién es ella? —pregunta Philip sin inmutarse, pero tanto él como Peter la reconocieron.

—Esta es Ainara Pons entrando en la casa de Nicaragua en la que vivía Thomas Turner, fue captada por las cámaras de seguridad. Me extraña que no la reconozca.

—Lo que yo veo —dice Philip con tranquilidad, restándole importancia—, es una mujer con anteojos negros y la cabeza cubierta por la capucha de la campera, ni siquiera se ve el color de su cabello. ¿De dónde saca que es Ainara? Para la fecha en que usted me dijo, ella estaba en servicio y nunca abandonó el país.

En este punto, Philip miente. Luego de la última reunión con los agentes de la CIA, había revisado las fechas y Ainara no había ido a trabajar. Era un viernes y, el día anterior, luego de un procedimiento complicado, él mismo le había dicho que podía quedarse descansando, que él la cubriría. Así que Ainara reapareció en la oficina el lunes siguiente, luego de tres días sin aparecer.

—Hay algo más en el sobre —dice Brandon y Philip busca dentro para extraer un documento.

—Ese es el informe de balística —explica Brandon con tono de satisfacción, como si estuviera disfrutando el momento—. La última vez le dije que se trataba de una Smith & Wesson Competitor del tipo

Magnum. Bueno, ahora sabemos que esta arma está registrada a nombre de Ainara Pons.

—Esa arma —interviene por primera vez Peter, dando un paso adelante y señalando el informe— se la regalé a Ainara hace unos años, pero le fue hurtada en uno de los procedimientos hace varios meses. Tal vez la quieren incriminar —agrega Peter arriesgando una hipótesis—. Si ella desbarató esa organización y Turner los había traicionado, alguno de los miembros que escaparon podría haber usado el arma de Ainara para vengarse de ambos.

El agente Brandon mira a Peter con una sonrisa, como si lo que acababa de decir le causara gracia.

—Me gustaría requisar el arma de la agente Pons en este momento —prosigue Brandon descartando de pleno la teoría de Peter Bennett, es como si no la hubiera escuchado—, que la cubran solo les traerá problemas. Mis informes dicen que la continúa usando.

—No es así —insiste Peter en su defensa, acercándose al escritorio, Philip lo observa porque sabe que si traen una orden deberán entregar el arma y no habrá forma de salvarla—. Yo mismo la acompañé a comprar la nueva Smith & Wesson, exactamente igual que la anterior. Ella estaba muy avergonzada de haber perdido mi regalo y quería reponerla de inmediato.

Brandon los mira en silencio por un instante, cree que le mienten y deberá forzar la situación.

—Lo siento —dice Brandon frunciendo la boca como si estuviera defraudado—, no quise venir con la orden porque esperaba recibir más cooperación; veo que me equivoqué.

—Escuche, agente Brandon —dice Philip inclinándose hacia adelante sobre su escritorio—. Usted está hablando de la exsecretaria de Seguridad Nacional, la persona más joven en ocupar ese cargo, amiga personal del anterior presidente y condecorada con honores por haber salvado al país de una terrible conspiración. Comprendo que está cumpliendo con su deber, pero si tiene un poco de paciencia, podrá ahorrarse la pena de ser avergonzado públicamente. Hoy Ainara abatió a dos delincuentes con su arma. Puedo pedir que se aceleren las pericias y mañana tendrá un informe de balística que podrá comparar con el suyo —al decir esto, arroja el papel sobre la mesa con desdén. No está seguro de lo que dirá el informe, pero espera que Peter esté en lo cierto y se trate de un arma distinta.

Nuevamente el agente de la CIA se toma un momento para evaluar la situación. Ya sea que Ainara hubiera perdido el arma o simplemente la hubiera escondido, tendría

que haber una denuncia, es lo primero que se hace en esos casos. Cree que debería verificar esto antes de proceder.

—Está bien —dice al fin—. Como una cortesía profesional, esperaré hasta mañana. No creo que nadie se atreva a alterar un informe de balística.

El agente Brandon se pone de pie y se marcha acompañado por el agente Reagan, sin ni siquiera decir una palabra ni cerrar la puerta tras de sí. Philip mira a Peter con preocupación.

—Es verdad, jefe —aclara Peter—, yo la acompañé a comprar el arma.

• • •

Nueva York. Oficinas del
FBI
01:30 p. m.

Tengo hambre, pero deberé esperar un rato para salir a almorzar. Siempre tengo hambre. Recién vuelvo con Freddy y parte del equipo. Tenemos que preparar el informe con el resultado del procedimiento, es como una declaración jurada de nuestra participación. En mi caso, esto es fundamental. El haber abatido como mínimo a tres criminales me obliga a que quede todo asentado con claridad para evitar problemas legales. En ese sentido, quien podría estar comprometido es Freddy, que se excedió en el uso de la fuerza según lo marcan los manuales. Por lo que con Peter deberemos ponernos de acuerdo en lo que escribiremos al respecto. Lo más sencillo será decir que no vimos nada. Peter estaba resguardado en el marco de la puerta y yo estaba en el suelo, así que no vimos qué sucedió con el último delincuente que salió por la puerta, solo lo vimos caer con un arma en la mano bajo el fuego del agente Tanaka. Nada más.

Estoy en mi escritorio y veo pasar a Peter a mi lado, con Freddy caminando detrás.

—Ven con nosotros —me dice Peter y yo me levanto para seguirlo. Vamos a la sala de reuniones. Luego de entrar, Peter cierra la puerta y lo encara a Freddy.

—No sé qué te pasó, pero no puede volver a suceder —le dice tratando de mantener la calma. Sé que no le gustan estas situaciones y debe estar bastante molesto—. Ya en la planta baja actuaste como loco disparando en todas direcciones. Pero lo que hiciste en el primer piso no tiene justificación. El hombre salió con las manos en alto, Freddy, no tenías por qué dispararle.

—Lo siento, Peter —dice Freddy avergonzado—, creo que entré en

pánico. Te vi a ti sangrando contra la pared y a Ainara tirada en el suelo. En cuanto salió ese hombre con un arma en la mano, no pude hacer otra cosa que disparar. No llegué a evaluar si el tipo se entregaba o era una trampa, solo disparé.

Lo miro a Peter, pero no digo nada. Ante la duda, yo también hubiera disparado. Quisiera apoyar a Freddy, pero no puedo intervenir, el líder de este operativo fue Peter y no debo desautorizarlo.

—No nos uses de excusa, Freddy. —Peter comienza a revelar su verdadero estado de ánimo, ya suena molesto—. Te equivocaste y tuve miedo de que incluso les dispararas a los rehenes; estabas fuera de tus cabales.

Peter se lleva las manos a la cintura, mira hacia arriba y suspira.

—Está bien —dice mirándome a mí—. No había nadie más que nosotros y, por nuestra situación, no pudimos ver nada. Incluso podrías habernos salvado la vida. Sonará bien en tu expediente, pero acabas de quemar una de tus vidas. Vuelves a hacer algo como esto de nuevo y no te volveremos a cubrir. Sal de aquí.

—Gracias, Peter, no volverá a suceder. Gracias, Ainara —dice Freddy al salir y me quedo mirando a Peter.

—No seas duro con él —le digo con mi voz más compasiva.

—Sabes que no fui duro, Ainara. Todo lo contrario. No puedo dejar que ande a los tiros como un pistolero del Viejo Oeste.

—Lo sé, Peter, pero ya viste lo que eran esos hombres.

Trato de justificar el accionar de Freddy, en definitiva, no se compara la vida de un asesino como esos con la de un oficial que salva a inocentes.

—Esos hombres, nada, Ainara. —Peter me mira enfadado—. No somos jueces ni verdugos, estamos para meterlos presos, nada más, ya es hora de que lo aprendas.

Al decir esto, Peter se detiene. Comprendo que esto va más allá de lo que hizo Freddy, pero no sé qué está queriendo decir.

—¿A qué te refieres, Peter?

—Recién estuvimos con Philip frente a dos agentes de la CIA. —Las palabras de Peter me sorprenden, pero sigo sin comprender. Nunca he tenido problemas con la CIA, así que no veo qué relación pudo tener esa charla conmigo. Él se da cuenta de que no lo estoy siguiendo porque se acerca para hablarme en voz baja—. Nos mostraron fotos tuyas en Nicaragua.

Luego de decir esto da un paso atrás y se queda mirándome en

silencio. No sé qué decir, es como si el mundo se me viniera encima de golpe. Esa presión en el pecho que había desaparecido vuelve con más fuerza que nunca. El pasado aparece como un fantasma que me persigue. Esto no tenía que pasar. Estoy empezando una nueva vida, simple, sin enredos, persigo delincuentes, los atrapo y se acabó, nada más. Estaba bien así.

—¿Le disparaste con el arma que supuestamente perdiste, verdad?

No puedo mentirle. Además, no tendría ningún sentido, ya lo sabe todo. Asiento con la cabeza.

—Por eso quisiste que te acompañe a comprar un arma nueva: fui tu coartada.

Quisiera decirle que no es así, pero no puedo, es exactamente lo que hice. Me siento avergonzada y bajo la mirada.

—Entiendo por lo que pasaste —afirma Peter acercándose y tocándome el rostro con suavidad—, sé todo lo que te arrebató Turner. También comprendo que no es justo que estuviera por ahí libre y de vacaciones o haciendo sus negocios turbios en Centroamérica. Pero nada de eso justifica lo que hiciste.

Por un instante dudo de las acciones que pueda tomar, pero no me importa. Si debe entregarme lo aceptaré, no me enfrentaré con él ni lo pondré en riesgo. Es un buen hombre, un gran hombre.

—¡Di algo por Dios, Ainara!

—Lo siento, Peter. No te lo conté porque no quería involucrarte, pero ahora que lo sabes, haz lo que debas hacer.

—No digas tonterías, Ainara —suelta Peter como si yo hubiera dicho una ridiculez—. No voy a hacer nada. Con Philip ya te cubrimos, y a no ser que aparezcan con una nueva evidencia, no creo que puedan tocarte. Solo te pido que no vuelvas a hacer algo como eso, no podremos protegerte de nuevo. No es broma que la
CIA
te haya puesto un ojo encima, ellos no siguen las mismas reglas que nosotros. Diría incluso que no tienen reglas. Cuídate, por favor.

Me lanzo hacia él. Lo único que se me ocurre hacer es abrazarlo. Me aparto y le tomo el rostro con las dos manos.

—¿Sabes que te quiero mucho, verdad?

No sé quién de los dos está más sorprendido por estas palabras. De inmediato lo suelto y me alejo un paso. La situación se había tornado incómoda. Los dos tenemos historia y no era mi intención reflotarla. Solo somos buenos amigos.

—Gracias —digo y salgo de la habitación. No sé por qué le dije esas palabras. Tal vez no deseo que me vuelva a pasar lo mismo de hace dos años, no quiero perder a alguien sin haberle dicho cuánto me

importa.

Esta vez he ido demasiado lejos. Tanto Peter como Philip se la han jugado por mí y no puedo defraudarlos. De aquí en adelante no volveré a romper las reglas. Ellos me cuidan y yo los cuido. No puedo dar ningún paso en falso o podría arruinarles la carrera.

—¿En qué puedo ayudarte, Ainara?

La voz de Freddy me saca de mis pensamientos. ¿O mis emociones? No lo sé con seguridad, pero tampoco quiero enredarme en eso ahora. El trabajo, el trabajo es siempre la respuesta, necesito enfocarme. Debemos romper esta red de tráfico de órganos.

—¿Tú sabes algo sobre la mafia china de Nueva York? —le pregunto a Freddy, que camina a mi lado esperando una respuesta a su ofrecimiento. Lo veo negar con la cabeza.

Él sonríe tímidamente, creo que se siente en falta y está cuidando sus respuestas. Dejo de pensar en él y me detengo porque una idea viene a mi mente. Necesito chinos de confianza que me orienten, y los tengo. Le preguntaré a mis amigos, los Wong, a ver si saben algo. Ellos tienen un restaurante en el barrio Chino, algo deben saber. Lo miro a Tanaka, está a mi lado y también se ha quedado quieto. Tal vez en algo me pueda ayudar, pero, por lo pronto, alejarlo de Peter les vendrá bien a los dos. Si tengo que cuidar a alguien, tal vez pueda empezar por este muchacho.

—Ven conmigo, Freddy. No tengo ganas de manejar, échame una mano, por favor.

3: SAN GEN

Calles de Nueva York
Jueves, 15 de abril
02:15 p. m.

Espero llegar pronto a casa. Unas cuantas lamidas y arrumacos de mi bestia negra, Bob, me vendrán muy bien. Cuando esté allí, antes que nada, comeré algo, estoy famélica. Luego iré a visitar a mis vecinos para hablar con Kim y ver qué información me puede dar. Estoy segura de que, si ella no sabe nada, me podrá contactar con alguien que sí sepa. Por algún lado debo empezar.

Miro a Tanaka a mi lado y me veo a mí misma hace diez años, queriendo servir, ayudar, salvar al mundo. Ahora me conformo con poder salvar a víctimas de estas mafias que sean más cercanas a mí. Creo que de todas las charlas que tuve con mi padre en este tiempo, luego de reencontrarnos, lo que más me quedó fue eso, hacer las cosas sencillas. Él me dijo que cuando estuvo a punto de caer por el precipicio, tuvo una especie de epifanía, su mente solo le repetía: hacer las cosas sencillas. Él siguió su propio consejo y logró encaminarse. Es mi turno ahora: ya me estoy encaminando. No debo dar vueltas. Tal vez esto lo pueda aplicar al caso. Fácil. Hablar con Kim es algo sencillo. Cuanto antes hable con Kim Wong, más rápido estaré haciendo algo más que esperar los resultados de los forenses.

—¿Y por qué me demoro entonces?

—¿Perdón? —me dice Freddy al no comprender de qué hablaba. No me había dado cuenta de que ese último pensamiento se me escapó en voz alta.

—Nada, nada.

No tengo por qué explicarle lo que digo o pienso.

Cojo el móvil y busco en el WhatsApp el número de Kim. ¿Para qué demorarme en llegar allí si puedo empezar a hablar ahora mismo? Hacer las cosas sencillas. Le escribo:

«Quisiera hablar contigo. ¿Sabes algo de la mafia china del barrio?».

Envío el mensaje y de inmediato me entra la duda. Pienso que tal vez no debería haberlo hecho. ¿Por qué involucrar a mis amigos? Siempre tengo esa necesidad de ir más allá del deber. Lo más «fácil» sería dejar que los analistas del
FBI
recopilen toda la información al respecto y me pasen un informe. Pero por algún motivo quiero dar un paso más. Tal vez sea el momento de parar, de hacer lo que hace la mayoría de la gente, solo cumplir. Sin embargo, recuerdo que ya intenté hacerlo. Recuerdo que me cambié el nombre, que quise tener una vida tranquila, sin riesgos, una vida común. No pude hacerlo. Los problemas me buscaron, el pasado siempre me alcanza.

Suena el teléfono y veo el símbolo de WhatsApp en la pantalla. Es Kim:

—Sí, Ainara. Estoy ahora en el restaurante. Prefiero no hablar de eso por WhatsApp. ¿Quieres venir?

Suspiro. No puedo ir en contra de mi naturaleza.

—Freddy, cambio de planes, vamos al barrio Chino.

• • •

Barrio Chino, Nueva York
02:50 p. m.

Freddy se detiene en la puerta del restaurante y bajamos del coche. De inmediato un oficial de policía se nos acerca: está prohibido estacionar. Le muestro mi placa. Me saluda tocándose la gorra y se retira. Hace unas horas estábamos a pocas calles de aquí a los tiros; ahora, sin embargo, todo está en calma como si nada hubiera sucedido. El trajín del barrio es tan arduo como siempre; turistas curioseando, gente haciendo las compras y los restaurantes llenos. Siempre me gustó la decoración china, no sé por qué no vengo más seguido.

Entramos a la tienda y veo la cara sonriente de Kim, que se aproxima a recibirme. Usa un traje tradicional. No estoy acostumbrada a verla vestida así.

—Hola, Ainara. Qué lindo verte.

—Gracias, Kim. ¡Qué linda que estás! Nunca te había visto así.

—Gracias, Ainara. —Kim hace pose de modelo, llevándose una mano al cabello, y ambas nos reímos—. Es mi uniforme de trabajo. Vamos, siéntate con tu amigo.

—Él es mi compañero Freddy Tanaka.

Kim saluda también a Freddy. Nos sentamos a una mesa y Kim le

hace señas a una chica que se encuentra al otro lado del mostrador.

—Me hubiera gustado venir a charlar de cosas más relajadas, pero estoy en medio de un caso relacionado con chinos y necesito ayuda.

—Por favor, Ainara —contesta Kim sin dejar de sonreír—. Ya tendremos tiempo para divertirnos. Dime qué necesitas.

—Espero no te moleste mi consulta, Kim —prosigo para entrar en el tema—. Pero hoy realizamos un operativo cerca de aquí y creemos que la mafia china está involucrada. ¿Sabes algo de eso?

—No sé específicamente sobre el operativo de hoy, pero hay tres familias importantes que controlan el barrio Chino.

No me extraña lo que me cuenta, es lo común en la mafia de cualquier nacionalidad. Italianos, irlandeses, puertorriqueños, no importa de dónde sean, todos buscan controlar una parte de la ciudad. Nueva York, por momentos, se convierte en una tierra de etnias en conflicto. Cuando eso sucede, aparte de correr mucha sangre, se pueden ver grafitis en las calles marcando los territorios. Cada grupo tiene su símbolo. Esto me hace recordar lo que me llamó la atención esta mañana y reviso mi móvil. Antes de volver a la oficina había tomado algunas fotos.

—¿Sabes que significa esto, Kim?

Le extiendo el teléfono con la foto que tomé del brazo de uno de los criminales. Se ve con claridad el tatuaje con las tres líneas paralelas. Kim lo observa con atención. Cuando está a punto de decir algo, llega la camarera con una enorme bandeja redonda. La apoya en una pequeña mesa a un lado y veo gran variedad de platos orientales. Kim ayuda a la camarera a ponerlos en la mesa.

—Come, amiga, come —dice Kim señalando la comida—. Usted también, Freddy, coma, por favor.

—No te hubieras molestado, Kim —digo como queriendo excusarme, pero ya mis manos recogieron un par de palillos y aterrizan entre los distintos platos. Ya es entrada la tarde y en todo el día solo he tomado dos cafés, podría comerme el restaurante entero. Freddy, por su parte, levanta las dos manos, negándose a la invitación, pero agradeciendo a la vez. Supongo que no quiere parecer que abusa de su posición, sigue queriendo no equivocarse. Estoy saboreando un bocado cuando Kim me devuelve el móvil.

—San Gen —dice y yo la miro sin comprender—. Es una de las familias que te mencioné, tal vez la más importante. Ese ideograma significa tres raíces y es su símbolo.

—¿Y tú cómo sabes de estas cosas? —le pregunto mientras sigo comiendo; la comida está deliciosa.

—Mi padre, cuando nosotros éramos adolescentes, se enfrentó a

ellos porque le exigían un cupo muy alto para mantener el restaurante abierto. Eso le costó mucho dinero y el dedo meñique de su mano izquierda. A partir de allí comenzó a pagar su cuota mensual puntualmente… —Kim hace un silencio, como si hubiera algo que está dudando si decir o no.

—¿Qué sucede, Kim? —le pregunto de manera afectuosa y ella me mira avergonzada.

—Aún hoy les seguimos pagando. —Baja la mirada luego de decir eso. No debe sentir pena por eso, es una víctima, no hay nada de qué avergonzarse. A mí me genera enojo. Estoy harta de los abusos. Siempre hay algún matón aprovechándose de los demás. Debo ponerle fin a esta situación.

—Entiendo —le digo sin juzgarla ni alentarla—, todos hemos debido hacer alguna concesión en la vida. Pero hoy les hemos dado un duro golpe a esos bastardos, y si podemos volver a golpear antes de que se levanten, tal vez no puedan levantarse nunca más.

Ella me mira como juntando coraje. Se pone de pie sin dar ninguna explicación y va hacia la cocina.

—¿Qué piensas? —le pregunto a Freddy, que permanece sentado sin decir ni comer nada. Se alza de hombros. Su actitud me hace reír. Creo que sigue intentando no cometer más errores, al menos por el día de hoy. Veo a Kim volver acompañada; es Liu.

—Hola, Liu —lo saludo—. ¿Has estado ahí atrás todo el tiempo?

—Hola, Ainara —me responde con una sonrisa que hace que sus ojos desaparezcan en dos finas líneas—. Hoy ha faltado un cocinero, así que estoy un poco atareado entre los fogones.

—¿Te ha dicho Kim por qué vinimos?

—Sí —responde Liu y se sienta a mi lado. Se inclina hacia mí y me habla en voz baja—. Creo que puedo ayudarte. Sé dónde tiene San Gen uno de sus «almacenes».

—¿Dónde está?

—Es una fábrica de cerámica que tienen junto al río. Es su fachada legal para lavar dinero, pero viven de la extorsión y varios negocios ilegales más.

—Dime dónde queda, así le voy a echar un vistazo —le insisto y Liu mira a su hermana, que le responde asintiendo con la cabeza.

—Mejor te llevo yo mismo —dice Liu y mira a los costados como si alguien lo pudiera estar escuchando—. Si vas con tu coche, que ya todos han visto, nos dejarás en evidencia.

Liu tiene razón, lo que menos quiero es ponerlos en peligro. Pero que venga con nosotros tampoco me parece buena idea. No entiendo lo que propone.

—Saldremos por atrás —explica Liu— y llevaremos el coche de uno de nuestros empleados. Nadie lo relacionará con nosotros. Mientras tanto, tu coche permanecerá donde está. Luego volveremos y se irán por donde llegaron luego de una rica comida.

Me sorprende la estrategia que nos propone Liu, es como si hiciera estas cosas todo el tiempo. Quizás ya tenía planeado ir hoy mismo a investigar en aquella fábrica. No voy a hacer ningún comentario sobre eso. Si mis amigos están involucrados en algún asunto dudoso, prefiero no enterarme. Como un bocado más y me levanto de la silla.

—Esto está sumamente rico, pero debemos irnos —digo y siento que Freddy me toma del brazo.

—Disculpa, Ainara, ¿no crees que deberíamos esperar refuerzos?

—No hay tiempo para eso —le contesto—, solo echaremos un vistazo.

• • •

Tal cual lo planeó Liu, salimos por la cocina hasta la calle de atrás del restaurante. Entramos en un viejo Toyota marrón oscuro y nos dirigimos hacia nuestro destino. A las pocas cuadras comenzamos a ver menos gente en la calle. Esa zona del río no es tan comercial, hay depósitos y alguna que otra fábrica. Solo hay camiones que descargan mercancía, gente trabajando, nada de curiosos. Frenamos a cien metros. Liu nos señala el edificio. No se diferencia en nada del resto. Tiene un cartel escrito en chino sobre el portón y veo que entra y sale alguna que otra persona.

Liu vuelve a encender el motor.

—Debemos volver —dice mi amigo, satisfecho con haber llegado hasta aquí—, no quiero que llamemos la atención.

Arranca, y cuando va a girar para volver, le toco el hombro.

—Dirígete por aquella calle —le indico señalando una callejuela lateral. Liu me obedece.

—Detente aquí —le digo. Él me mira dudando, pero hace caso—. Tú vuelve al restaurante y sigue como si nada, nosotros nos quedaremos revisando el lugar.

Liu quiere decirme algo, pero no lo hace, sabe que cuando se me mete algo en la cabeza no hay forma de hacerme cambiar de opinión. Solo sonríe. Nosotros bajamos y empezamos a caminar en dirección contraria al río para rodear la fábrica. Liu se marcha.

Encontramos un callejón que da a la parte trasera del establecimiento. Hay unos grandes botes de basura y muchas cajas de cartón. Veo también un portón situado un metro por encima del nivel de la calle. Probablemente los camiones carguen por aquí. Nos

acercamos más y creo ver algo detrás de las cajas. Las aparto y descubro dos ventanas pequeñas al nivel del suelo. Seguro son para la ventilación de algún sótano. Una de ellas tiene el vidrio roto en una esquina. Miro por el hueco y no se ve nada, está oscuro. Tomo mi celular, activo la linterna e ilumino dentro. Parece una sala grande, pero el orificio no tiene más de diez centímetros. Resulta complicado ver y alumbrar a la vez.

—Diablos —digo y lo miro a Freddy—. Podrías ayudar con algo, ¿no?

—Creo que no deberíamos estar aquí, Ainara. Llamemos a la central para pedir instrucciones. Necesitamos una orden.

—¿Qué te sucede, Tanaka? Esta mañana te creías un maldito Rambo y ahora te comportas como una señorita asustada.

El muchacho ha logrado irritarme, pero no me detendrá. Meto el brazo por el orificio del vidrio roto y logro alcanzar el pestillo de la ventana. Lo abro, saco el brazo y hago fuerza, pero la ventana está trabada. Me detengo y miro a mi compañero.

—¡Demonios, Freddy! ¿Para qué viniste? Haz algo de una vez, abre la maldita ventana.

Freddy aprieta los labios y sacude la cabeza. Se acerca a la ventana y de un solo tirón la abre.

—Gracias —le digo a la vez que lo apartó con la mano. Mucho músculo y poco cerebro. Hasta hoy tenía otra opinión de él; creo que me he equivocado. Me agacho y meto la cabeza con la linterna dentro del lugar. Como me había parecido antes, es una gran sala, pero ahora logro ver algo más, hay una puerta metálica al fondo. Miro hacia abajo y encuentro una mesa. Creo que llego a ella con facilidad. Saco la cabeza de la ventana, guardo el móvil en el bolsillo y me siento en el borde con las piernas hacia adentro.

—Espera, Ainara.

—¡Basta, Freddy! —le grito, pero sin levantar la voz, ya me hartó.

Giro sobre mi propio cuerpo y mis piernas quedan colgando dentro mientras permanezco sostenida por el torso y los brazos. Me deslizo sobre el abdomen hacia adentro hasta el máximo que logro sostenerme. Lo miro a Freddy, ahí parado sin ayudarme, y no puedo creer que se comporte de esta manera. Es el momento, me suelto. Caigo sobre la mesa, que se tambalea, pero resiste. Ya estoy dentro.

Enciendo la linterna del móvil y bajo de la mesa. Alumbro en todas direcciones, pero no hay nada, el lugar está vacío. Solo veo las columnas y aquella puerta al fondo. Si aquí fabrican cerámica, esto debería estar lleno de materiales, cerámicas terminadas o incluso cerámicas rotas, pero no hay nada, ni siquiera demasiado polvo.

Camino hacia la puerta. Temo que ya sé de qué se trata. Al llegar hasta ella me agacho y toco el suelo. Está frío, justo lo que esperaba. La puerta tiene un gran candado, como la que encontramos por la mañana. No tengo dudas, es un refrigerador.

Creo que hasta aquí puedo llegar, debo avisarle a Philip. Vuelvo a la mesa, subo. Llego a asomar la cara por la ventana y lo veo a Freddy con el teléfono.

—¿Qué haces, Tanaka? Sácame de aquí.

Estiro los brazos y Freddy me toma de las muñecas. Tira y me saca arrastrando. Me raspo el busto y el abdomen.

—¡Suéltame! —exclamo enfurecida. Termino de salir por mi cuenta—. ¿En qué demonios estás pensando de nuevo? No es momento para jugar con el teléfono.

—Lo siento, Ainara. Le estaba respondiendo a mi familia, son muy tradicionales. Si no les contesto, tendré problemas.

—Los problemas los tendrás conmigo cuando te mande a dirigir el tránsito.

Prefiero no pensar más en Tanaka porque me está sacando de quicio. Llamo a Philip.

—Hola, Ainara —dice Philip con su voz tranquila de siempre—, espero que ya estés descansando.

—Ojalá pudiera, jefe. Pero no. —Tengo que decirle todo de un tirón antes de que intente callarme—: La gente que atrapamos hoy pertenece al clan San Gen, la mafia que controla el barrio Chino. Estoy afuera de su central de operaciones, una aparente fábrica de cerámica, ¿pero adivina lo que encontré en el sótano?

—¿De qué estás hablando, Ainara?

—Tienen un refrigerador como el que vimos esta mañana. Una fábrica de cerámica debería tener un horno, no un refrigerador. Tenemos que allanar esto rápido.

—Espera, Ainara. No sé de dónde sacaste esta historia, pero, aunque fuera real, no podemos entrar en cualquier lugar sin pruebas.

—Consiga la orden, jefe, y vengan para acá. Una vez que entremos a ese sótano, solo podrán agradecernos.

—Ainara, detente. —La voz de Philip suena seria—. Las cosas no son así, tenemos reglas y es momento de que empieces a cumplirlas.

Sé que Philip se refiere a más de una cosa, pero no es momento para discutirlo.

—Escucha, jefe. Te agradezco todo lo que has hecho por mí en todo momento. Si es necesario, al terminar esta tarde tendrás mi renuncia en tu escritorio. Pero ahora debemos actuar. Luego del operativo de la mañana, no creo que esta gente se quede esperando a

ver qué pasa. Si todavía ocultan algo, está ahí adentro. Apure a quien deba, jefe. ¿Confía en mí?

Espero su respuesta, pero se demora. Miro a Tanaka, que permanece inmutable a mi lado.

—Está bien, Ainara. Pásame las coordenadas que vamos para allá. Espero que no te equivoques.

4: ¿DÓNDE ESTÁ EL SÓTANO?

Ribera del Hudson, Nueva York
Jueves, 15 de abril
04:30 p. m.

Las tres furgonetas negras llegan a la parte trasera de la fábrica. Peter baja y se acerca a donde estamos.

—¿Estás segura de esto?

—¿Trajiste la orden?

Ni siquiera respondí su pregunta. Parece ser que hoy todos dudan de mi criterio. Peter abre su chaqueta y me muestra la orden que lleva en el bolsillo interno.

—Bien.

Cuando veo que los diez agentes del equipo están a mi alrededor, comienzo a dar las instrucciones.

—Con Tanaka ya revisamos las inmediaciones. Además de la entrada principal en el frente, tenemos dos salidas secundarias en la parte de atrás. Esta parece no usarse demasiado —digo mientras señalo el portón a un metro de altura detrás de nosotros—, pero dejaremos dos agentes por las dudas de que alguien intente escapar. La otra salida es utilizada por el personal, pero tampoco tiene mucho movimiento, Tanaka la cubrirá con alguno de ustedes. —Freddy me mira molesto, seguramente le gustaría entrar con nosotros en lugar de quedarse como vigilante—. El resto viene conmigo y con Peter a la entrada principal. Nuestro objetivo es llegar allí abajo. —Señalo las ventanas que dan al sótano—. Nadie sale del lugar hasta que lo permitamos. ¿Alguna pregunta?

Nadie dice nada, llegó el momento de actuar. Los que no se quedan en las salidas traseras subimos a las furgonetas y en menos de treinta segundos llegamos a la entrada principal. Bajamos de los vehículos y entramos. El portón está abierto, así que nadie nos frena. Peter lleva la orden en alto. Camina anunciando que somos del
FBI
y que nadie debe moverse. Uno de los agentes se queda en la puerta y

el resto se va separando para tomar el control de la fábrica. Por un lado, hay oficinas con escritorios, y por el otro, cajas y cajas de cerámicas apiladas. Parece más un depósito que una fábrica. Está claro que acá no fabrican nada, es una fachada, como lo dijeron mis amigos Wong.

—¿Qué hacen aquí? —grita el hombre de aspecto oriental que baja por la escalera. Nos habla en perfecto español—. No tienen ningún derecho a entrar de esta manera. Váyanse de inmediato o llamaré a sus jefes.

Me sorprende la actitud de este personaje. Supongo que debe estar acostumbrado a echar a policías. Como todas las mafias, tienen comprados policías corruptos que los alejan de los problemas.

—¿Quién es usted? —le pregunto cuando lo veo venir hacia nosotros. Prefiero no entrar en discusiones sin sentido.

—Soy Simon Cheng, el gerente de la fábrica, ¿y usted quién es?

—Yo soy la agente Ainara Pons del
FBI
. Tenemos una orden de registro para el establecimiento. Nadie puede salir ni entrar mientras dure el operativo. Guíenos al sótano, por favor.

—No los guiaré a ningún lado —dice el gerente mientras saca su teléfono y comienza a realizar una llamada. Me gustaría retorcerle el brazo y cerrarle la boca, pero aún no ha hecho nada que lo justifique. Espero que lo haga pronto.

—¿Dónde está el sótano? —le insisto, pero me ignora. Me muerdo el labio inferior y me contengo. Sin duda, está llamando a sus abogados. En unos minutos habrá un regimiento de ellos obstaculizando el operativo.

—Agente Pons.

Uno de nuestros hombres me llama desde el final de un pasillo. Me dirijo hacia allá y Peter me acompaña. El agente señala la escalera que baja desde allí y con Peter comenzamos a descender. Está oscuro, pero reconozco el lugar. Busco el interruptor de luz, lo encuentro a mi derecha y lo activo. Ahora veo bien el sitio y voy directo hacia la puerta de acero. Escucho a Peter pedir la cizalla por el radiotransmisor. Llegamos hasta el candado y nos miramos.

—¿Crees que encontraremos lo mismo que esta mañana? —me pregunta Peter, que aún duda del resultado del operativo. Hasta el momento no hemos encontrado nada, pero estoy segura de que la respuesta está detrás de este candado.

—No sé qué decirte —contesto con sinceridad—. No me gustaría pasar por lo de hoy, pero necesitamos las evidencias.

Llega el agente con la herramienta y rompe el candado. Al abrirse

la puerta, contengo el aire. El frío se siente de inmediato, pero no así el olor. Vuelvo a respirar y entramos, es un refrigerador enorme. Afortunadamente, no hay cadáveres. Veo algunas cajas plásticas apiladas, son menos de diez. También hay lo que parece ser un congelador grande de dos metros de largo por uno de alto. Las cajas en las estanterías parecen del tipo de las heladeras portátiles. No pierdo más tiempo y me acerco a los anaqueles. Abro una caja. Está vacía. Voy por la segunda, tampoco encuentro nada. Esto no se ve nada bien. Peter me mira preocupado, no es buen momento para cometer un error de estas características y allí está. Abro la tercera caja y me topo con lo mismo.

—Maldición. —Arrojo la caja al suelo en un arranque de frustración. Veo que de la caja chorrea agua. Reviso las cajas que había abierto antes y observo que también están mojadas. Empiezo a abrir todas como desesperada, y Peter me mira sin comprender qué estoy haciendo. Debe pensar que me he vuelto loca. Entonces en una de ellas veo unas manchas rojas. Estoy segura de que debe ser sangre. Me doy vuelta y me pongo en cuclillas, estudio el suelo. Veo que justo a mi lado el suelo está mojado, como si algo húmedo hubiera estado apoyado aquí. Sigo escudriñando el suelo y descubro un rastro de humedad que va desde donde está mojado hasta la puerta.

—Se acaban de llevar todo.

—¿Qué dices? —pregunta Peter, que no comprende lo que estoy viendo.

—Recién vaciaron estos contenedores en algún tipo de bolsa por acá y la llevaron arrastrando hasta la puerta.

Peter también se acuclilla y alcanza a ver el reflejo del piso húmedo. Se endereza de inmediato y activa su radiotransmisor.

—Que nadie ni nada salga del edificio —ordena con rapidez—, revisen la basura o cualquier lugar donde puedan esconder algún material húmedo, probablemente órganos humanos.

—Hay un horno encendido —dice uno de los agentes por el intercomunicador.

—¡Apaguen ese horno! —grita Peter—. Rescaten lo que haya adentro.

—Creo que llegamos tarde, Peter, lo siento.

—No es tu culpa, Ainara. Tu dato era bueno, pero se nos adelantaron. —Vuelve a activar el radiotransmisor—. Traigan al gerente.

Me doy vuelta y observo el congelador. Es lo único que nos falta revisar, pero no tengo expectativas. Peter camina hasta allí y lo va a abrir, pero en eso escucho en el radio a uno de nuestros agentes.

—Apagamos el horno, pero lo que recuperamos es muy poco.

—Tal vez los forenses encuentren material genético —le digo a Peter tratando de buscar algo positivo—, eso alcanzaría para justificar el procedimiento. —Entonces me doy cuenta de algo—. Si limpiaron esto a las apuradas, imagino que vaciaron los contenedores, pero no alcanzaron a lavarlos. También puede haber rastros de tejido humano.

—No pueden hacer esto. —Suena la voz del gerente, que acaban de traer al lugar—. Están violando mis derechos, los demandaré a todos.

—Será más fácil si colabora —dice Peter con amabilidad, tratando de razonar con el gerente—. ¿De qué se trata todo esto?

—No sé qué es esto —responde desentendiéndose del tema.

—Es un congelador en su fábrica —dice Peter, que ya se cansó de mantener una actitud de conciliación con este hombre—. ¿Qué es lo que guardan aquí?

—No tengo por qué responderle —contesta el gerente y se cruza de brazos. Es evidente que no podemos esperar nada de él.

Peter se impacienta y, luego de mirarme como buscando respuestas, vuelve entonces a encarar el congelador. Sin mediar palabra, lo abre y se queda mirando el interior. Me acerco para ver dentro. Hay un cadáver.

—¿Y de esto qué sabe? —le pregunta Peter al gerente, que continúa inmutable sin hablar ni moverse—. Queda arrestado. El agente le leerá sus derechos —concluye Peter haciéndole una seña al agente para que se lo lleve.

—No parece que lo hayan abierto para sacarle órganos —digo al examinar el cuerpo un poco mejor—, tiene un tiro en la cabeza. Creo que lo mataron hace poco.

—Fue después de las siete de la mañana —dice Peter y lo miro sin comprender cómo lo dedujo. Él me devuelve la mirada—. Es el informante con el que estuve esta mañana.

• • •

Barrio Chino, Nueva York
04:45 p. m.

Dos hombres orientales de mediana edad están sentados, con una mesa de por medio, en lo que parece un bar cerrado. Se encuentran a media luz. Uno de ellos, que tiene una muy visible cicatriz sobre el ojo derecho, está hablando por su celular.

El hombre corta la llamada que acaba de recibir y mira a quien tiene sentado enfrente.

—Era Simon, está confirmado, allanaron la fábrica.

—Bueno —dice el otro con un dejo de resignación; tiene la voz ronca—. Al menos la información era correcta. Si solo nos hubieran avisado unos minutos antes, podríamos haber terminado de limpiar.

—Es el segundo golpe en un mismo día y las dos veces nos avisaron sobre la hora —afirma el hombre que recibió la llamada de Simon Cheng desde la fábrica—. ¿Quién nos pasó el dato?

—Los yakuzas.

El hombre de la cicatriz se sorprende ante esta respuesta.

—¿Desde cuándo los japoneses nos ayudan? —pregunta confundido.

—Desde que quieren tener su propio territorio —explica el de la voz ronca—. Se les ha metido la loca idea de apoderarse de Little Italy y pretenden que los apoyemos.

—¿Los apoyaremos?

—No, claro que no, pero ellos piensan que sí e intentan congraciarse. Con los italianos estamos en paz, y eso es bueno para los negocios.

—Pero algo les tendremos que dar para mantener su confianza.

—Ya veremos cómo compensarlos. Por lo pronto, su colaboración nos sirvió para eliminar la evidencia del tráfico de órganos. Además, nos entregaron al soplón —dice el de voz ronca con una sonrisa—. Si bien no hubo tiempo para deshacernos del cuerpo, lo utilizaremos para dejar un mensaje. Los del FBI se deben estar llevando una sorpresa.

—¿Y qué hay con lo de ahora? —pregunta el de la cicatriz.

—¿A qué te refieres?

—¿Dijeron quién nos delató o cómo supieron de la fábrica?

—Sí —responde el de voz ronca, pensativo—. Con lo que le pasó al traidor de la mañana ya deben haber entendido que no se juega con nosotros, pero no podemos dejar que cualquiera nos delate, debe haber consecuencias.

—Dime quién fue y yo me haré cargo.

—Bien, pero que sea algo llamativo, el ejemplo tiene que ser claro e inmediato.

—¿Quién fue? —pregunta el de la cicatriz, poniéndose de pie—. Lo haré ya mismo.

—El dato provino del restaurante de la familia Wong. Tienen un vínculo con una agente del FBI —responde el de la voz ronca—. Supongo que quedaron resentidos por lo que le hicimos en el pasado al viejo Wong. —El hombre hace

un silencio y luego agrega—. Procura que esta vez no quede nadie que pueda resentirse en el futuro.

5: ME ALEJA DE LA LUZ

Barrio Chino, Nueva York
Jueves, 15 de abril
05:30 p. m.

—Lo siento, Ainara —me dice Freddy cuando las cosas se calman.

El operativo está terminando. Al gerente de esta fábrica de cerámica ya se lo han llevado a la estación y lo dejaremos allí, que se ablande unas horas antes de interrogarlo. El equipo forense trabaja en la escena del crimen. Ha sido todo muy rápido, así que probablemente puedan encontrar alguna evidencia que delate al responsable del asesinato. Les pedí también que revisen con cuidado los contenedores vacíos; estoy segura de que algún rastro de tejido humano podrán encontrar. Debemos conectar está fábrica con el tráfico de órganos que descubrimos esta mañana. Le dimos dos fuertes golpes a la mafia china en un solo día. Me preocupa cuál será el próximo paso que dé el clan San Gen. En mi experiencia, estos criminales nunca dan marcha atrás, cuanto más se los acorrala, más fuerte es su respuesta. Por eso pienso que la justicia es demasiado blanda. Siempre les dan una salida sencilla. Nosotros nos jugamos la vida para atraparlos y los jueces lo toman como si fuera un trámite. Cualquier error que podamos cometer será excusa para anular la causa y que queden en libertad. Por eso, cuando Freddy me pide disculpas, le pongo un dedo en la boca, silenciándolo.

—Lo de esta mañana ya quedó en el pasado —le explico—. Has sido un héroe, nos salvaste la vida a mí y a Peter, que quedamos expuestos en una mala posición, y no se habla más de ello. No queremos que por tecnicismos se pierda el caso.

—Lo sé, gracias, Ainara. Pero no es a eso a lo que me refiero. —Lo miro sin comprender de qué me está hablando. Tal vez se refiera a que me estuvo entorpeciendo la investigación—. Tengo problemas personales. Mi familia, como te dije antes, es muy tradicionalista. Mi abuelo está enfermo en Japón, está muriendo. Y mis padres me dijeron ayer que debo ir a verlo para despedirme, pero ni siquiera lo

conozco, y no quiero hacerlo. Por eso he estado muy distraído hoy. Sé que puede sonar una tontería, pero para mis padres es algo sumamente importante y me ponen mucha presión.

Escucho la explicación de Freddy y no sé muy bien qué responder. Mi familia ha estado siempre disgregada, no tengo tradiciones familiares, y recién ahora estoy comenzando a tener una relación con mi padre. Todo lo que Tanaka me dice es absolutamente ajeno a mi experiencia. Pero si bien no lo comprendo, al menos entiendo que no estoy en condiciones de juzgarlo, no tengo ni idea de lo que está pasando por su mente.

—Mira, Freddy. No soy buena en temas familiares, así que no sé por lo que estás pasando. Solo te puedo decir que cuando sientas que no estás en condiciones, me lo avises y lo resolveremos antes de que se originen problemas serios. Hoy solo… —Busco las palabras adecuadas —. No tuviste un buen día. Debes hablar siempre con tu compañero, eso les salvará la vida a los dos.

—¿Me estás llamando compañero? —me dice con una sonrisa, la primera que le veo en el día. Le doy un puñetazo en el brazo y él se lo toma con la otra mano mientras me mira sorprendido.

—Déjate de estupideces y ve a llenar el papeleo.

Por hoy fue suficiente de Tanaka. Por un instante pensé que estaba complicando las cosas adrede, pero es un buen muchacho y será un gran agente.

Veo a Peter, que viene hacia mí con el agente Park. Es el analista especializado en temas asiáticos.

—Creo que esto salió bastante bien —me dice Peter llevándose las manos a la cintura—. Hallamos un cadáver, de seguro lo podremos asociar con la mafia de los inmigrantes y el tráfico de órganos.

—Sí —confirma Park—, el clan San Gen tienen sus días contados. En el operativo de la mañana no encontramos, hasta el momento, evidencia que los incrimine, pero los dueños de esta fábrica están directamente ligados a esta familia de mafiosos. No podrán despegarse de este homicidio de forma tan fácil.

—Lo que no comprendo —le digo a Park— es por qué no sabíamos nada del tráfico de órganos o de la implicación del clan San Gen en el caso.

—Lo que sucede, agente Pons —me explica Park, tratando de excusarse de no habernos provisto esta información—, es que los asiáticos son muy cerrados y es muy difícil acceder a informantes. Por eso fue un gran acierto que su gente le pasara este dato.

—¿Pero ustedes no sabían nada? —le insisto porque evadió mi pregunta anterior.

—Sabíamos que San Gen estaba moviendo un dinero del que no conocíamos su procedencia. También estábamos al tanto de que esta fábrica era uno de sus centros de operaciones, pero sin pruebas no podíamos armar la causa para autorizar un allanamiento. De hecho, si no hubiera aparecido ese cuerpo, hubiéramos quedado muy mal parados.

La actitud de Park no me gusta demasiado. No solo no nos dio la información necesaria, sino que además insinuó que esto salió bien por suerte. Es el problema con los analistas, aparecen en el campo solo cuando la acción ha terminado. Si su vida dependiera de la información que brindan, tal vez se esmerarían un poco más.

—Nos estamos acercando. Felicitaciones, Ainara —interviene Peter al ver que la situación está algo tensa—. Me alegro de que tu instinto siga funcionando.

Le sonrío y me vuelvo a fijar en Park, que baja la mirada para ver su celular y se retira cuando recibe una llamada. Observo que en la mano con la que lo sostiene le falta el dedo meñique; no me había percatado antes de eso. En ese preciso instante me suena el teléfono también. Miro la pantalla y veo que tengo un mensaje de un número desconocido. Desbloqueo el celular y leo:

«Felicitaciones por el hallazgo, agente Pons, pero el meterse en los asuntos del clan San Gen merece una represalia. Ojalá sus amigos, los Wong, comprendan esto».

Levanto la mirada y veo a Peter, quien me observa intrigado al notar mi gesto de desconcierto. Yo no atino a reaccionar. Pienso un instante y busco el número de teléfono de Kim. La llamo, pero no contesta. Busco a mi alrededor.

—¿Qué sucede, Ainara?

—Necesito un coche urgente.

—Ven conmigo. ¿Qué pasa?

Caminamos unos pasos, y en cuanto veo el coche de Peter, comienzo a correr hacia él. Peter viene tras de mí. Entro al vehículo por el lado del conductor. Peter sube y me alcanza las llaves, que llevaba en un bolsillo.

—¿A dónde vamos? —me pregunta y yo le paso mi teléfono. Arranco pensando en la forma más rápida de llegar al restaurante; estamos a pocas cuadras. Luego de leer el mensaje anónimo, comprende la situación—. ¿Dónde se encuentran tus amigos?

—Estaban en su restaurante, fíjate en mis contactos, ahí está la dirección.

Mientras, me meto a contramano por una calle lateral para alcanzar la principal. Peter activa su intercomunicador y se contacta

con Philip. Le explica lo que sucede y pide que manden una patrulla al restaurante. Ingreso a Water Street y acelero. Son escasas calles, pero se me hacen interminables. En Pearl Street, cruzo el puente por debajo y ya estoy cerca. El tráfico es complicado, pero avanzo haciendo zigzag. Peter permanece en silencio a mi lado para no distraerme. Doblo en la esquina y alcanzo a ver que mi Tundra sigue estacionada frente al restaurante. Aparco en doble fila y salgo del coche. Subo a la acera y camino rápido hasta la entrada del restaurante. Cuando estoy por poner la mano en la puerta, un estruendo me ensordece a la vez que una luz brillante y amarilla me daña los ojos. Mis pies se despegan del suelo y astillas se clavan en mi rostro. Vuelo empujada hacia atrás y caigo al suelo, atontada; siento un gran dolor en la cabeza. Pronto todo es confusión, solo veo un resplandor amarillento. Alguien me arrastra, me aleja de la luz. De a poco mis sentidos comienzan a activarse y escucho gritos, bocinas, el crepitar del fuego, y siento el calor. Mi visión se aclara y observo las llamas dentro del restaurante, columnas de humo negro comienzan a salir.

—Kim…

¿Por qué se oscurece todo?

6: ¿ESTÁS SEGURA DE LO QUE VAS A HACER?

Saint Mary's Hospital, Nueva York
Jueves, 15 de abril
07:30 p. m.

Siento una caricia suave en el dorso de mi mano izquierda. Abro los ojos y veo nublado. Giro la cabeza para buscar mi mano y la visión comienza a acomodarse. Alguien sostiene esa mano acariciándome con el pulgar. Empiezo a levantar la vista para ver de quién se trata y escucho su voz.

—No te muevas, Ainara. —Es mi padre, está sentado junto a mí. Yo estoy recostada en una cama, parece ser un hospital—. Está todo bien, hija, no te preocupes, no te ha pasado nada, tuviste una contusión y estás internada hace una hora. Las radiografías no muestran ninguna fractura; estábamos esperando que despiertes para hacerte una tomografía. Pero los médicos dicen que no creen que haya nada de qué preocuparse.

Las palabras de mi padre frenan la intranquilidad que empezaba a manifestarse en mí. Siento algo en el rostro y levanto la mano derecha para tantearlo.

—No, hija —dice mi padre, que se apura a ponerse de pie y detener mi mano—. No te toques el rostro. Al estallar la vidriera del restaurante, recibiste fragmentos de vidrios en la cara. Nada grave. Tuviste suerte de que ninguna diera en tus ojos, solo tienes algunos apósitos, pero no te toques.

Es extraño tener a mi padre acompañándome en esta situación. Lo miro con un sentimiento contradictorio. ¿Cuántas veces lo necesité y no estuvo? Nos abandonó después de la muerte de Rachel y ni se apareció cuando asesinaron a mi madre. De niña: mis caídas en el colegio, el accidente con la bicicleta, cuando tuve aquella operación. Nunca recibí su consuelo ni su apoyo, siempre pensé que no le importaba y llegué a odiarlo por eso. Pero ahora está aquí, después de

tanto… Elijo sonreírle. Debo mirar hacia adelante.

—¡Kim! —exclamo en voz alta casi en un grito.

—¿La vecina? —pregunta mi padre demostrando sorpresa. Está claro que no conoce los detalles de lo sucedido. Escucho abrirse la puerta y miro en esa dirección.

—Ya estás gritando —dice Peter al ingresar—, eso significa que ya estás bien.

—Amiga, te ves fatal. —Es Amy, que entra detrás de Peter—. Pero nada que un buen maquillaje no arregle.

Me río y siento la tirantez en mi rostro. El dolor comienza a asomar y creo que mi gesto lo refleja.

—¿Quieres que llame a la enfermera? —pregunta mi padre—. Te han inyectado calmantes, pero puedes estar adolorida.

—Yo me encargo —dice Amy y sale de la habitación.

—No, estoy bien —contesto y trato de enderezarme. Peter y papá se apuran a ayudarme. Recién entonces percibo el dolor en la cabeza, debo haberme dado un golpe muy fuerte. Amy vuelve a entrar.

—Le avisé a la enfermera, ya viene.

Es lindo ver tanta gente cuidándome, es bueno saber que no estoy sola. Creo que nunca lo he estado, ha sido mi mente la que se ha alejado y apartado a las personas que me querían.

—¿Cómo está Kim? —le pregunto a Peter al recordar de repente por qué estoy aquí. La explosión en el restaurante de los Wong, mi amiga.

—Kim y su hermano están en cuidados intensivos —contesta Peter —. Afortunadamente, la explosión fue en el salón y ellos se encontraban en la cocina. Pudieron ser sacados por la puerta trasera sin casi quemaduras, pero el estallido los golpeó fuerte e inhalaron mucho humo. Lo que me han dicho los médicos es que Kim tiene unas costillas rotas y una pierna fracturada. A Liu lo están operando, un escombro le perforó un pulmón.

—Maldición —digo murmurando y bajo la mirada. Esto es culpa mía, no debí inmiscuirlos en este asunto. A veces actúo como si todos estuvieran para hacer lo que yo quiero, sin importarme las consecuencias que puedan tener. Esos chinos me la pagarán. Peter parece interpretar mis sentimientos porque trata de consolarme.

—No fue tu responsabilidad, Ainara. Por lo que me contó Freddy, fue idea de ellos llevarte a la fábrica de cerámica. Tú solo les preguntaste sobre el símbolo de los mafiosos, el resto fue su propia iniciativa.

—No debí preguntarles nada —respondo negando con la cabeza—. Debí esperar la información de los analistas para saber con quién

estábamos tratando, no involucrar a mis amigos en un impulso insensato.

—Tus amigos nos involucramos solos, Ainara —dice Amy, acercándose, y tomándome la mano, luego mira a Peter—. Dime si puedo ayudarlos en algo. Quisiera publicar una nota sobre la mafia china y cómo tienen sometido al barrio Chino.

—Haz la nota si quieres —responde Peter—. Hablaré con Philip para ver cuánta información podemos pasarte.

Me enderezo aún más y me siento en la cama. Todos se mueven como queriendo atajarme. Entra corriendo la enfermera y me toma de los hombros.

—Nada de eso, señorita Pons —me dice empujándome hacia atrás y yo, aunque no me agrade, no opongo resistencia—. Debe quedarse acostada hasta que la revise el médico, faltan hacerle un par de estudios para verificar que no haya ningún daño interno, y cuando el médico lo apruebe, podrá levantarse.

—Me siento bien —le contesto—, esto no es necesario.

—Lo que es necesario o no lo determinará el médico —replica la enfermera con autoridad.

—Es que debo ir al baño —digo como último recurso.

La enfermera me mira como escudriñando si le estoy diciendo la verdad. Mete la mano debajo de la cama, sin dejar de mirarme, y extrae una palangana plástica con forma anatómica.

—Todos afuera —dice sosteniendo la palangana en alto con una sonrisa disimulada.

• • •

10:00 p. m.

Un grupo de personas de origen chino están en la sala de espera del hospital. Kim y Liu han salido de sus respectivas operaciones, pero ambos se encuentran en cuidados intensivos. Las fracturas de Kim fueron acomodadas, pero al parecer tuvo un golpe muy fuerte en el abdomen que le pudo haber dañado el estómago. Detuvieron la hemorragia interna y esperan que se recupere, pero debe mantenerse en estricta observación. El caso de Liu es mucho más grave; me dijeron que su pronóstico es reservado. Intenté que me permitieran verlos, pero no hubo caso. Paso entre aquella gente, quienes ni siquiera se percatan de mi presencia. No sé si son parientes o amigos de los Wong, pero me alivia que ellos tampoco sepan nada de mí. Odiaría tener que dar explicaciones. Por más que Peter diga que no es mi responsabilidad, me sigo sintiendo sumamente culpable y una

sensación de angustia que hace tiempo no sentía comienza a hacerse presente. Papá camina a mi lado sin decir nada. No sé cuánto entiende de lo que me pasa, pero me acompaña de la mejor forma en la que lo podría hacer, en silencio.

Llegamos a la puerta y salimos hacia el aparcamiento. La cabeza me duele cada vez más. Los calmantes han dejado de hacer efecto y el dolor se torna cada vez más incómodo. Luego de la tomografía y de que verificaran que todo estaba en orden, tuve que discutir largo rato con los médicos para que me dejaran ir. Pretendían que permaneciera cuarenta y ocho horas en observación. No tengo tiempo para eso. Subimos al coche de mi padre y vamos para casa.

Mientras él conduce, yo lo observo. Hay tanto que no sabemos el uno del otro, y sin embargo, pareciera entenderme. Esos chinos deberán pagar lo que le hicieron a los Wong, y me encargaré de que así sea. Mañana iré temprano a la oficina, como todos los días, y hallaré la forma de hacer justicia, de eso no tengo dudas. Solo espero que valga la pena, que Kim y Liu estén ahí para verlo.

—Detente un minuto, por favor. —Mi padre me mira de reojo y estaciona el coche con cuidado. Salgo del vehículo y él hace lo mismo. Cuando cierro la puerta, veo que me observa desde el otro lado del coche con una mirada compasiva.

—¿Estás segura de lo que vas a hacer? —me pregunta con la clara intención de hacerme reflexionar. Sabe perfectamente a dónde me dirijo y sé que no hará nada para impedirlo.

—No —le respondo y camino hacia la licorería.

7: ALGUIEN ES UN SOPLÓN

Oficinas del
FBI
, Nueva York
Viernes, 16 de abril
9:30 a. m.

—¿Qué haces aquí, Ainara? —La pregunta de Philip es más por obligación. Supongo que intentará convencerme de que vuelva a casa, sabiendo que no lo conseguirá—. Deberías estar descansando, vuelve a tu casa.

Quisiera decirle que estar en casa es más peligroso que estar aquí, pero me contengo. Cuando esta mañana mi padre salió de su habitación, me encontró sentada en la cocina mirando la botella de *whisky*. Seguía cerrada. Él caminó directo hasta ella, la agarró, fue a la alacena, abrió la puerta, la puso en el estante más alto, lo más al fondo que pudo, y me dijo: «Tú eres más fuerte que yo, hija». Recién entonces advertí que no solo debía pensar en mí, que él también estaba haciendo un gran esfuerzo y que no debía presionarlo.

—Vamos, Philip —le contesto luego de pensarlo un instante—. Me conoces mejor que eso. Saltémonos este debate, me duele la cabeza. ¿Puede ser?

Philip mira a Peter y se encoge de hombros.

—Tanaka —dice Philip mirando a Freddy, que permanecía en un rincón de la oficina—, trae a Park para que nos diga todo lo que sabe.

—Sí, jefe —dice Freddy y sale a buscar al analista.

—Muy bien —contesta Philip mientras se acomoda en su escritorio —. Le hemos pisado la cola a la serpiente y debemos decapitarla antes de que se escape o nos vuelva a morder.

—Debemos comprender que —añade Peter—, después de lo del restaurante, nadie cooperará con nosotros. Estos delincuentes saben trabajar con el miedo y lo hacen sin ningún escrúpulo.

—Debería haber alguna forma de convencer a la gente del barrio Chino para que nos ayude —dice Philip—. Tal vez alguna recompensa.

—¿Qué tal el honor? —pregunta Peter, y nosotros nos quedamos mirándolo porque no entendemos a qué se refiere—. Podemos levantar a los Wong como un símbolo de honor y valentía, que sean un ejemplo que merezca ser imitado.

—¿Y cómo hacemos eso? —pregunta Philip al no comprender hacia dónde quiere llegar con ese razonamiento. Yo tampoco comprendo.

—Tal vez una nota en el periódico ayudaría —responde Peter y me mira a mí.

—¿De qué hablas, Peter? —pregunto.

—Hablo de Amy —responde él—. Hablo de tu amiga, la periodista. Ella me dijo ayer que quería ayudar y que escribiría una nota al respecto. Le daremos la exclusiva, solo deberá resaltar el honor y la integridad de los Wong.

—Buenos días —dice el agente Park, que ingresa a la oficina de Philip junto con Tanaka.

—Buenos días, Park —saluda Philip—, ya dinos todo lo que tienes de San Gen.

—Sí, jefe —responde el analista en temas asiáticos mientras se acomoda los lentes—. Como la mayoría de las mafias, son una organización familiar. A la muerte del líder Han Guo, hace dos años, su hijo Keith se ha convertido en el jefe criminal, secundado por su hermano menor, Jerry. Desde entonces, esta familia se ha vuelto más agresiva y peligrosa. Sus métodos extremos no son compartidos por las otras dos familias que están activas en el barrio Chino. Estas son más chapadas a la antigua y no les gusta la forma en la que los jóvenes Guo manejan las cosas. Sin embargo, no hay nada que puedan hacer y tampoco quieren iniciar una guerra, por lo que están quedándose rezagadas en cuanto al control del barrio.

—¿Qué sabes de sus negocios? —pregunta Peter.

—Básicamente, el tema de la extorsión a los comerciantes de la zona es algo del pasado, su negocio más importante en la actualidad es la droga. Son los que todavía traen opio y sus derivados al país. Lo venden a otras organizaciones mafiosas, que se encargan de la distribución, pero no sabemos cómo lo ingresan. Lo que sí sabemos es que esta mercancía la traen de China y que, como negocio secundario, utilizan este movimiento entre países para traer inmigrantes indocumentados de dos formas distintas. Por un lado, los chinos con dinero pagan para venir a este país, y ellos no solo los traen, sino que les suministran los papeles falsos para que se puedan establecer. Por otro lado, quienes no pueden pagar lo que piden, también son traídos, pero su destino es distinto: se convierten en esclavos para diferentes

usos. Gracias al operativo de ayer, ahora sabemos también que entre esos usos está el tráfico de órganos. De este negocio no tenemos ningún dato, tal vez sea algo nuevo, pero justificaría el llamativo aumento en sus ingresos de los últimos meses. El sector de crímenes fiscales está armando un caso en contra de la organización criminal San Gen por evasión de impuestos y lavado de dinero. Se sabía que utilizaban la fábrica con ese fin. Están revisando los libros de esa empresa, y sus ganancias son mucho mayores que la capacidad que tienen de producir cerámica. Por lo cual serán atrapados por ese lado. Aunque los hermanos Guo no aparecen como dueños de la fábrica, sino como proveedores, de alguna manera llegaremos a ellos.

—O sea —interrumpo, bastante molesta por lo que estoy escuchando—, que estos asesinos, que cometen todo tipo de crímenes atroces, ¿solo serán acusados, con suerte, por evasión de impuestos?

—Me temo que sí —me responde Park sin que se le mueva un pelo —. Los inmigrantes con papeles están agradecidos con ellos; los esclavizados no tienen oportunidad de hablar; los que compran sus drogas tampoco lo harían; y las víctimas de extorsión, luego de lo del restaurante, no se atreverán a decir nada.

—Esto es absurdo —digo con frustración, no puedo creer que luego de lo de ayer no tengamos nada—. Encontramos un cadáver en el sótano de su fábrica.

—La fábrica —explica Park como si disfrutara de la habilidad que tienen los Guo para evadir a la justicia— no solo no pertenece a los Guo, sino que el edificio tampoco es de los dueños de la fábrica, que alquilan casi toda la estructura, menos el sótano. Esa parte del edificio es alquilada a otro particular desde hace quince años, que paga puntualmente la renta todos los meses por depósito bancario; tenemos todos los comprobantes.

—¿Y entonces? —pregunto ya cansada de tanto palabrerío.

—Este particular es una empresa de origen alemán instalada en Pensilvania que, según los informes que me acaban de llegar hace unos minutos, ni siquiera existe. Por lo que, el cadáver que hallaron allí o lo que puedan encontrar los forenses en los contenedores, no hay forma de ligarlo a la familia Guo.

—¿Qué hacemos, Philip? —pregunta Peter—. No podemos dejarlos escapar así nada más. Aunque fueran acusados de evasión de impuestos, con buenos abogados quedarían libres enseguida. Tiene que haber una forma de atraparlos.

Philip se queda pensando unos segundos y luego nos mira a todos antes de hablar.

—Tal vez la haya —dice pensativo—. Sé de un operativo de la

DEA
que ha requerido nuestra asistencia hace unos meses. Por su nivel de secreto, se ha tratado muy discretamente, pero han logrado infiltrar a uno de sus hombres en la mafia japonesa.

Me sorprende esa información, pero no soy la única. Park muestra por primera vez un poco de desconcierto, parece que con todos sus análisis, esto se le pasó.

—Y la mafia japonesa es la principal distribuidora de opiáceos de Nueva York —dice Peter, que empieza a unir los cabos—. Si ellos le compran a San Gen, tal vez podamos atraparlos en medio de alguna transacción a través del infiltrado.

—Es posible —responde Philip—. Hablaré con mis superiores y pediré una reunión con alguien de la
DEA
para ver qué posibilidad hay de llevar esto adelante.

La idea del jefe tal vez funcione. Pero tengo una sensación de impotencia que me saca de mis casillas. Lo vuelvo a encarar a Park.

—Si sabías todo esto —le digo acercándome a él—, ¿por qué no nos avisaste antes?, ¿por qué no nos contaste de la fábrica o de todas estas maniobras?

—Porque no me lo preguntaron —me contesta con una frialdad que me dan ganas de abofetearlo; ya se le pasó la sorpresa—. Soy un analista, estudio toda la información que entra al
FBI
sobre los asiáticos de Nueva York, busco patrones, posibles conexiones y delitos. Cuando aparece la posibilidad de un delito flagrante o evidencia concreta de algún crimen, la informo, pero no me ocupo de armar casos ni de investigar detalles específicos, a no ser que me lo indiquen. Si alguien me hubiera preguntado por una base de operaciones de San Gen, les hubiera dicho que la fábrica de cerámica era el lugar indicado, pero nadie lo hizo.

• • •

Nueva York
10:30 a. m.

—Hola, Ainara, ¿cómo estás?

Mientras el taxi atraviesa Manhattan, la respuesta de Amy es inmediata. El teléfono sonó solo una vez y ella me atendió al instante.

—Hola, Amy, gracias por ir a verme ayer al hospital, lo aprecio mucho.

—No fue nada, amiga. ¿Cómo está tu rostro?

—Mucho mejor, ya bajó la inflamación, fueron cortes muy superficiales. El médico me dijo que si no los toco, no quedará ninguna cicatriz.

—Me alegro. ¿Quieres que nos veamos para almorzar?

—Me encantaría —le respondo, aunque pienso en si estoy de ánimos para hacerlo: creo que no. Recién salí de la reunión en la oficina de Philip y tengo papeleo por hacer, así que deberé volver a la central para realizarlo—. Pero en realidad no puedo. Tengo muchas cosas pendientes en la oficina y no estoy tan rápida como siempre.

—Entiendo, amiga. ¿Crees que me den un poco de información del caso para hacer mi artículo?

—Precisamente, por eso te llamo. Philip me autorizó a pasarte unos documentos con informes parciales sobre los dos allanamientos. Comprenderás que no te podemos dar todo, pero lo que te daré es información que nadie más tiene.

—¡Excelente! —contesta Amy entusiasmada—. ¿Puedo mencionarte?

—No pueden aparecer los nombres de ninguno de los agentes involucrados —le respondo mientras pienso en cómo pedirle lo que me indicaron—. Lo único que quisiera pedirte es que resaltes el valor que tuvieron los Wong y lo bien que le hace a la comunidad que haya ciudadanos así.

—Perfecto, pero… —Hace un silencio antes de continuar—. ¿A qué se debe esto?

—El ataque al restaurante fue un mensaje a la gente del barrio Chino. Es una forma de amedrentarlos para que no hablen. Queremos convertir ese miedo en coraje, para que el público no se calle y nos siga dando información.

—Ahora sí —dice satisfecha, pero no sé en qué está pensando—. Desde ahora soy una colaboradora oficial del
FBI
; espero que me den muchas primicias.

Escucho su risa al otro lado de la línea y no deja de sorprenderme la naturalidad con la que toma las cosas. A veces pareciera que todo es un juego para ella. Sin embargo, no estoy segura de hacer lo correcto. Luego de lo sucedido con los Wong, no sé si deba seguir involucrando a mis amigos en mis temas de trabajo.

—Gracias, Amy —me despido cuando el taxi llega a destino. El coche se detiene, pago y bajo, respirando profundo. Estoy frente al restaurante. Parece una zona de guerra. Atravieso el cerco de seguridad y le muestro la placa al oficial que me viene a interceptar. Solo hay dos policías custodiando el sitio. El equipo forense terminó

ayer con su trabajo, pero el lugar permanecerá cerrado hasta que las autoridades lo decidan. Mi Tundra sigue aparcada donde la dejé. Me acerco a ella y le pasó la mano por encima, está llena de cenizas, pero no tiene ni un rasguño. Es más fuerte que yo. A pesar de que los médicos me dijeron que no podía conducir, hoy me la llevaré de aquí.

Me doy vuelta y camino por la acera esquivando los escombros, me acerco a donde estaba la puerta. Ahora hay solo un agujero negro lleno de hollín. El olor a quemado es muy fuerte y se me hace un nudo en el estómago. No entiendo cómo pudieron saberlo. Cómo se enteraron tan rápido de que los Wong me habían ayudado. Lo único que se me ocurre es que alguno de sus empleados haya pasado el dato. No había otra forma de que pudieran realizar este atentado mientras aún estábamos en el operativo. Además, habían limpiado el sótano justo antes de que llegáramos, eso no fue casual. San Gen debe tener más gente en su nómina de lo que imaginábamos. Pediré que investiguen a los que trabajan para los Wong, alguno es un soplón.

8: UNAS COPAS DE MALBEC

Oficinas del
FBI
, Nueva York
Lunes, 19 de abril
9:30 a. m.

El fin de semana lo pasé durmiendo. Unas píldoras conseguidas con una dudosa receta me ayudaron a hacerlo; las tomé en exceso. La tentación de la botella en la cocina había sido más fuerte de lo que imaginaba. Cuando el impulso por tomar crecía, me tragaba una píldora y a dormir. Philip me prohibió venir al
FBI
o realizar cualquier acción relacionada con el trabajo. Pensé que por una vez no estaría mal hacer caso, así que seguí las órdenes y evité tratar el tema de San Gen con nadie. Incluso cuando el sábado me llamó Peter para ver cómo estaba, los dos le escapamos al tema como si nunca hubiera pasado nada. Mi padre se encargó de darme de comer cuando despertaba. He descubierto que es una gran compañía, no me cuestiona ni me pone presión. Su silencio me sostiene cuando lo necesito y sus palabras llegan justo en el momento en el que se las voy a pedir. Tal vez la vida alejó nuestros caminos, pero quizás seamos más parecidos de lo que pensaba. El domingo, cuando quise ir a ver a los Wong, mi padre me dijo que espere un día más. No sé por qué lo hizo, ni tampoco por qué seguí su consejo, pero me quedé en casa, durmiendo. Fue un fin de semana de desconexión, de cura de sueño. Hoy, en cuanto pueda, iré a ver cómo siguen Kim y Liu, depende de lo que suceda en el trabajo.

Apenas llego a la oficina, me encuentro con Freddy en la salida del ascensor. Me avisa de que estaba a punto de llamarme, que debemos reunirnos con Philip en su oficina de manera urgente. Así empiezo la semana, sin saber con qué me encontraré.

Cuando entro, ya están Peter, Park y un hombre que no conozco junto con Philip. El hombre se levanta de la silla al verme, me sonríe y

extiende la mano.

—Robert Lorens, es un gusto conocerla, agente Pons, he escuchado mucho de usted.

Le estrecho la mano y tardo unos segundos en responder.

—Sí, el gusto es mío —contesto sin saber con quién estoy hablando, así que lo miro a Philip en busca de alguna explicación. Él parece entender mi mirada.

—¡Ah!, lo siento, Ainara. El agente Lorens es de la DEA, vino por el tema que hablamos ayer.

—Sí, claro —dice Lorens y mira a uno por uno mientras señala a Philip—. La proposición del jefe Nash nos llegó en el momento justo. Los japoneses son los mayores distribuidores de opiáceos de Nueva York, hace meses venimos recolectando evidencias y ya estamos listos para dar la estocada final. Nuestro infiltrado no puede sostener mucho tiempo más su fachada, así que debemos actuar rápido. Lo que necesitamos es atrapar a los japoneses con gran cantidad de droga en las manos, y si esto involucra a los chinos, aún mejor, caerán dos pájaros de un tiro. Atraparlos en una transacción directa entre las dos mafias sería un broche de oro para esta operación.

—¿Por qué no lo han hecho antes si ya tienen todo lo que necesitan? —pregunta Peter tratando de comprender la totalidad de la situación.

—Porque ambos grupos no tienen buena relación entre sí, es una rivalidad ancestral. Por lo que sus negocios se hacen a través de terceros y en pequeñas cantidades. Necesitamos algo grande y cara a cara.

—¿Y cómo haremos para que suceda esto? —insiste Peter—. Habría que forzarlos de alguna manera.

—Exacto —contesta el agente Lorens—. Los japoneses están tratando de tomar el territorio de los italianos y para eso necesitan el apoyo de los chinos. Los chinos, por su parte, desconfían de los japoneses, pero quieren saber si pueden sacar una tajada en toda esta movida. La idea es hacerle creer a los chinos que los japoneses están en problemas, que sus negocios no van bien y que por eso quieren el territorio de los italianos. Los chinos no perderán la oportunidad de aprovechar la debilidad de sus antiguos rivales y tomarán cualquier oportunidad para hundirlos definitivamente.

—Entiendo —afirma Peter, que camina alrededor de la oficina mientras evalúa la situación—. Pero todavía falta un anzuelo, algo que haga que los chinos se expongan.

—Ahí es donde entra nuestro infiltrado —explica Lorens—. Como

ya les dije, su situación está comprometida y debemos sacarlo de inmediato, por lo cual podrá hacer una jugada arriesgada, será su último trabajo antes de tomarse unas merecidas vacaciones. Contactará a los chinos y les dirá que va a entregarles información sobre los japoneses a cambio de un gran lote de drogas. A los japoneses, por otro lado, les dirá que consiguió un cargamento especial de los chinos a muy bajo precio, como muestra de amistad y en apoyo a sus aspiraciones territoriales. Ninguno de los dos bandos podrá rechazar ofertas como estas.

—El problema es que a los japoneses les va muy bien con sus negocios —interviene por primera vez Park, como siempre, no aporta nada—. ¿Cómo convenceremos a los chinos de lo contrario?

—Haremos correr el rumor de que la policía les incautó mucha mercancía y que están endeudados.

—Tal vez nosotros podamos ayudar con eso —dice Philip, quien hasta el momento permanecía como un observador silencioso, evaluando lo que se decía—. Ainara.

Escuchar mi nombre me toma por sorpresa.

—Dime, jefe.

—¿Has leído el diario de ayer?

—No.

—Tu amiga Amy Adams publicó un hermoso artículo sobre los Wong, casi conmovedor, me atrevería a decir.

Lo escucho, pero todavía no veo hacia dónde va.

—Tu amiga podría escribir una nota que haga correr ese rumor.

—No puedo pedirle que mienta, jefe.

Esto ya no me gusta nada. No quiero que Amy se involucre en un engaño que podría arruinar su carrera.

—No tiene por qué mentir —se apura a aclarar Philip—. Podemos realizar un operativo sin demasiados resultados pero con mucho bombo. Arrestaremos a algún traficante de baja monta, pero lo haremos parecer como un gran golpe al crimen organizado.

—Puede funcionar —agrega Lorens analizando las posibilidades—. No será difícil encontrar a quién arrestar. Nuestro infiltrado nos mantiene al tanto de todos los movimientos de los japoneses. Sería un movimiento rápido y sorpresivo. La DEA no puede aparecer en esta etapa. ¿Creen que pueden realizarlo ustedes sin preparación y a un simple llamado?

—Se puede —dice Philip, mirándolo a Peter, que aprueba asintiendo con la cabeza. Luego se dirige a mí—. Explícale la situación a la periodista, puede venir incluso con nosotros y un camarógrafo

para registrar el operativo como una exclusiva.

—Bien, jefe. Pero no engañaré a Amy. Le contaré lo que estamos haciendo y ella decidirá si lo quiere hacer o no.

• • •

Little Italy, Nueva York
Lunes, 19 de abril
1:15 p. m.

—Por supuesto que lo haré —me responde Amy luego de escuchar todo el plan.

Apenas salí de la oficina, la llamé para aceptar el almuerzo que me había ofrecido la semana pasada. Nos encontramos en un restaurante de Little Italy que nos gusta a las dos. Mientras engullía unos *fettuccine Alfredo*, le expliqué lo que Philip y el agente Lorens habían ideado.

—Mira que puede ser peligroso —le informo mientras trago el último bocado. Agarro un pedazo de pan y lo paso por el plato para juntar los restos de salsa que quedan y me lo llevo a la boca. Amy observa mi forma de comer, pero no hace ningún comentario. De hecho, ella solía disfrutar de unas copas de malbec cuando comíamos aquí; hoy solo pidió agua con gas. Estuve a punto de pedir esas copas por ella, pero me contuve, vengo tan bien hasta ahora frenando mis impulsos, no vale la pena arruinarlo. Todos hacen su parte para ayudarme, saben del esfuerzo que estoy realizando, y si no lo hago por mí, al menos debo contenerme por respeto a ellos.

—No te preocupes —me dice mientras enrolla los fideos con su tenedor, todavía tiene medio plato lleno—. Sé que tú estarás ahí para cuidarme. Además, si es como dices, esto será más teatro que otra cosa, pero se verá bien en el periódico.

La veo comer y aún tengo hambre, siempre tengo hambre. Recuerdo la época, hace unos años, en que apenas comía. Me cuesta creer que hubiera podido vivir así. Le hago señas al camarero y se acerca de inmediato.

—Un *gelato di cioccolato*, por favor.

El camarero se va y Amy mira su plato como si estuviera pensando en otra cosa.

—¿Te pasa algo? —le pregunto y ella levanta la mirada.

—¿Fuiste a ver a los Wong?

—No —respondo sin dar explicaciones.

—Recibí una llamada ayer de uno de sus familiares —me cuenta—. Me agradecieron por la nota del periódico y me dijeron que Kim ya está fuera de peligro. Así que puedes ir a verla en el horario de visita.

Me alegra escuchar eso, pero no digo nada. Aún me siento culpable por lo que les pasó, y ahora entiendo por qué ayer seguí el consejo de mi padre y no fui a verla. Simplemente no quería hacerlo, lo iba a hacer por compromiso, nada más. Me siento muy mal por lo que les sucedió y quisiera verla recién cuando haya atrapado a los que les hicieron eso.

—Liu, por el contrario, sigue estando con pronóstico reservado, tuvo una recaída ayer. Deberías ir a ver a Kim.

—Sí, lo sé. Es solo que… —Dudo un instante antes de terminar la frase—. No me atrevo a verla, me siento culpable por lo que le sucedió.

—Escúchame bien —dice Amy poniéndose seria—. Si me pasase a mí, te perdonaría el que me hubieras involucrado, porque no me obligaste a hacerlo y estoy segura de que harías todo para cuidarme. Lo que no te perdonaría sería que no me vayas a ver.

La miro con cara de pollito mojado, ahora me siento en falta doblemente. Creo que iré a verla.

9: LO VAN A PAGAR

SoHo, Nueva York
Miércoles, 21 de abril
11:20 a. m.

Luego de un día de calma en el que no tuvimos ninguna novedad y nos dedicamos a llenar el papeleo, esta mañana llegó el aviso. Hoy se recibiría una cantidad de mercancía más grande que lo habitual en una tienda de tatuajes muy conocida de SoHo. Les han hecho tatuajes a estrellas de Hollywood y llegaron a tener un programa de televisión, un *reality* llamado *Operación Tattoo*. Es un lugar donde los japoneses suelen distribuir droga. Todos lo saben, pero nadie hace nada. Esto es algo normal en todas las ciudades. Lo importante es atrapar al proveedor principal y no a los pequeños puntos de venta, ya que si se cierra uno, al otro día se abre otro. Es mucho más fácil mantener controlado un comercio ilegal de lo que sea si se conoce dónde, quién y cómo se hace. De este modo los narcos se relajan y podemos ir hacia las cabezas del negocio. Si cerramos cada punto de venta conocido, de inmediato generan otro y nos llevará más tiempo descubrirlo.

Hoy, sin embargo, es especial, es parte del plan para hacer caer a los japoneses y a los chinos a la vez. Es por eso por lo que Amy y su fotógrafo están dos furgonetas detrás de la nuestra. Una vez que sea seguro para ellos, entrarán en acción y tendrán la exclusiva. Luego de esto, Amy podría llegar a recibir un aumento. Veremos lo que sucede.

—Es el momento, ¡vamos!

Escuchamos las palabras de Philip por el intercomunicador y bajamos del coche. Caminamos rápido y Peter abre la puerta del local con su placa en alto. Yo entro detrás de él y observo las distintas reacciones. Habría diez personas entre tatuadores y clientes. La mayoría de los que trabajan aquí son orientales. Veo que uno sale corriendo hacia la parte de atrás y Freddy reacciona rápido. Yo corro detrás de Tanaka para ayudarlo y sé que algún otro agente vendrá detrás de mí. Entro a un pasillo y lo veo a Freddy meterse por una puerta al fondo. Voy tras él y al cruzar el umbral me encuentro en un

patio.

—¡Demonios!

Lo veo a Freddy trepar un alambrado y al sospechoso caer al otro lado. No podré seguirles el paso. Me vuelvo y aviso por el intercomunicador.

—El agente Tanaka persigue a sospechoso por callejón trasero, solicito refuerzos.

Otro agente se topa conmigo en la puerta.

—Síguelos —le ordeno y él corre hacia el alambrado mientras yo entro al local nuevamente y me dirijo a la entrada esquivando a la gente. Salgo del local y veo a Amy, que está en la puerta esperando a que la autoricen a entrar. Corro delante de ella sin decirle nada y voy hacia la esquina. Al doblar veo al sospechoso, que viene directo hacia mí con Tanaka y dos agentes más persiguiéndolo.

—Ni se te ocurra —le digo al hombre, que se detiene en seco frente a mí cuando lo apunto con mi Smith & Wesson. Trata de cruzar la calle para evitarme, pero se encuentra con dos uniformados que vienen hacia él. Me vuelve a mirar y levanta las manos. No puede hacer otra cosa. Pronto llega Tanaka para agarrarlo de atrás, bajarle los brazos y ponerle las esposas mientras le dice sus derechos. Los dos policías lo custodian, apuntando sus armas, y yo guardo la mía. Ya está todo bajo control. Debo volver al local a ver cómo le fue a Peter. Cuando me doy vuelta, los encuentro a Amy y a su camarógrafo. Contengo una sonrisa y paso a su lado, mirándola de reojo.

Cuando ingreso a la tienda, observo que allí tampoco hay más acción. Todos están siendo inspeccionados y son interrogados. Hay clientes que nada saben de lo que está pasando y no es necesario asustarlos aún más. Veo a Peter junto a una mesa, me señala lo que hay encima de ella.

—Ya lo atrapamos —le digo mientras me acerco a su lado. Sobre la mesa hay dos bolsas de droga, deben tener un kilo cada una, y varios fajos de billetes.

—El hombre al que persiguieron arrojó esta mochila antes de huir. —Me la muestra—. Traía esos dos kilos, los atrapamos justo cuando hacían la transacción. El dinero estaba en una bolsa de papel en aquel cesto, no tuvieron tiempo de nada.

—No es tanto —digo levantando los hombros—, pero alcanzará para que la mafia japonesa aparezca en los periódicos. Miro hacia la puerta y la encuentro a Amy, esperando, flanqueada por dos agentes. Hago una seña para que la dejen pasar. Todo salió como estaba previsto. Ahora le toca a ella.

• • •

Saint Mary's Hospital, Nueva York
4:30 p. m.

Mientras espero mi turno para ver a Kim, pienso en qué le puedo decir. En realidad, solo puedo pedirle perdón. De nada serviría que le explique lo que siento, ya que no se trata de mí, sino de lo que están pasando ella y su hermano. Porque incluso si se recuperan ambos, su negocio quedó destruido. ¿Cómo remontarán la situación? A veces pienso que todo lo que toco termina destruido. Cuando repaso mi vida, encuentro que todas mis relaciones han corrido peligro debido a mis acciones. De una u otra manera, los he puesto en riesgo. ¿De qué sirve ir luego a vengarme? Quitar una vida no devuelve la robada.

—Puede pasar, agente Pons.

La tía de Kim, una señora muy mayor, es quien organiza el ingreso de las visitas. Le agradezco con una sonrisa y entro a la habitación del hospital. Apenas cruzo el umbral, la veo a Kim recostada, quien me observa sonriente. Camino hasta su lecho y al llegar me quedo sin palabras, no sé qué decir.

—¿Estás bien, Ainara? ¿Qué te pasó en la cara?

Me llevo la mano a la cara sin comprender de qué me habla y al tocar mi piel siento dolor. Recuerdo entonces las heridas de mi rostro.

—No es nada, Kim —respondo avergonzada. En su estado y preocupándose por mí, se me hace aún más difícil. Le tomo la mano y ella aferra la mía—. Perdón, amiga —digo con la voz quebrada—. No debí involucrarte…

—No, Ainara —me interrumpe mientras me esfuerzo por contener la angustia—. No fue tu culpa, nosotros queríamos hacerlo hace mucho tiempo, tú nos diste la oportunidad de hacer justicia por lo que le hicieron a mi padre. Nunca te pedí ayuda con esto porque no quería comprometerte. Este era un riesgo que ya habíamos discutido con Liu y nos pusimos de acuerdo en tomarlo. No fuiste tú, Ainara. Fuimos nosotros.

Las palabras de Kim me producen una sensación contradictoria. Me siento aliviada y a la vez culpable. Me enoja sentirme aliviada por liberar mi culpa en lugar de estar mal por la situación de los Wong. No puedo ser tan miserable. Lo único que se me ocurre es que alguien debe pagar por esto.

—Lo van a pagar, Kim. Lo prometo.

—¿Me lo aseguras?

No tengo mucho que pensar antes de responderle.

—De una manera u otra, lo pagarán.

10: VIDEO VIRAL

Oficinas del
FBI
, Nueva York
Jueves, 22 de abril
11:00 a. m.

—Parece que el artículo de Amy ha dado resultado —me dice Peter, parado junto a mi escritorio.

Yo estaba concentrada en mi café, anoche necesité tomar pastillas nuevamente porque la ansiedad me estaba matando. Creo que tomé más de lo debido porque me cuesta mantenerme despierta; estoy como atontada. Es el tercer café de la mañana. Miro a Peter, esperando una explicación, ni siquiera pude concentrarme para leer la nota en el periódico. Él advierte que ignoro sobre qué me habla.

—Philip me acaba de avisar de que los chinos cayeron en la trampa y aceptaron verse con el infiltrado.

—Demasiado rápido —digo con escepticismo. Dudo que estos criminales lean el diario. No desmerezco el trabajo de Amy, seguramente es una excelente nota, pero no creo que sea capaz de influir tanto en la mafia. Algo más debe haber. Tal vez el infiltrado es muy convincente, ya nos enteraremos.

—Esta tarde vendrá tu pretendiente para ponernos al tanto de todos los detalles —aclara Peter, pero me deja más confundida que antes.

—¿De qué estás hablando?

—De tu pretendiente —insiste Peter, que suena como mi abuelita. No sé de dónde sacó la palabra pretendiente, ni a quién se refiere—. Hablo del agente Lorens.

—¿Qué?

—Vamos, no te hagas la distraída —añade Peter mientras se sienta al otro lado del escritorio—. El cachorro casi que movía la cola cuando los presentaron. Dos minutos antes estaba con cara de piedra, pero en cuanto entraste fue pura sonrisa. Es la primera vez que veo un

agente de la DEA tan amigable.

—Déjate de tonterías, Peter —le digo antes de volver a llevarme el café a la boca—. No estoy con ganas de seguirte esta broma, así que olvídalo.

—Sí, claro. Yo lo puedo olvidar, pero hoy veremos qué hace él.

—Basta con eso, Peter. Háblame de la situación.

—Bueno, yo sí leí la nota de Amy y dejó bien en claro que la Policía está tras los japoneses y que sufrieron una gran pérdida de mercancía. En ningún momento aclara que solo eran dos kilos. El tema es que, como esa tienda es frecuentada por famosos, la nota tuvo gran repercusión.

—No fue la nota —dice Freddy, que aparece de pronto y se inclina delante de mí para manipular mi ordenador.

—¿Qué pasa, Freddy? —le pregunto sorprendida, no es común que se tome tanta confianza.

—Ahí está —dice y se aparta para dejarme ver el monitor. Está TikTok en la pantalla, ni siquiera sabía que esa aplicación se podía ver por ordenador. Voy a ver qué tontería me muestra, pero me quedo con la boca abierta. Me veo a mí misma. Paso corriendo por la calle. Luego la cámara me sigue y muestra cuando doblo en la esquina. Al final, aparezco deteniendo al traficante japonés. Todo acompañado por música de Guns N’ Roses. La música baja de volumen cuando digo: «Ni se te ocurra». El volumen vuelve a subir y llega Freddy para esposarlo. El video vuelve a empezar.

—Demonios.

Esto no era necesario. Veo que es la cuenta de Amy. ¿Pero qué le puedo decir? Nos hizo un favor.

—Miren la cantidad de reproducciones —dice Freddy y veo que tiene un millón doscientas cincuenta mil vistas—. Eres viral, Ainara.

• • •

Oficinas del FBI, Nueva York

2:00 p. m.

—Te vi en TikTok, agente Pons —es lo primero que dice el agente Lorens al verme en la oficina de Philip. No puedo evitar fijarme en su

sonrisa. Lo miro a Peter de reojo y observo que levanta una ceja.

—Lamento que haya pasado eso —le contesto, tratando de excusarme.

—No hay de qué lamentarse, al contrario, es excelente —afirma Lorens a la vez que les echa una mirada a los demás—. Estoy seguro de que los chinos se habrán divertido mucho al verlo. No tengo dudas de que este video los convenció de que los japoneses la están pasando mal.

No sé qué decir, así que cambio de tema.

—¿Cómo procederemos?

—Nuestro hombre programó el encuentro para esta noche —explica Lorens—. Lamentablemente, los del clan San Gen le darán la ubicación a último momento. Así que deberemos estar preparados para lo que sea.

—Supongo que saldremos de aquí cuando recibamos el llamado —interviene Peter y veo que Lorens lo mira con un gesto extraño.

—En realidad, ustedes no saldrán de ningún lado —contesta Lorens y yo lo miro a Philip, que permanece inmutable—. Este operativo estará a cargo de la DEA. Es un trabajo que llevamos realizando desde hace meses, y ustedes hace menos de una semana que se involucraron. Podrán monitorear todo desde aquí. Les daremos acceso a nuestro audio y video. También nos ayudarán con la logística. Será un operativo compartido, pero la acción estará a cargo nuestro.

—¿Philip? —dice Peter, buscando la atención del jefe Nash, que sigue sin mover un pelo. Por su actitud, parece estar al tanto de esto desde antes.

—Es verdad lo que dice el agente Lorens —sentencia al fin Philip—. El operativo es por drogas, les corresponde a ellos. Nosotros vamos por el tráfico de órganos, el tráfico de personas y los asesinatos. En cuanto caigan por las drogas, cantarán como pichones y atraparemos a todos los que estén relacionados con nuestros temas. Dejemos que la DEA se ensucie las manos en el campo y luego nosotros recogeremos los frutos.

Aunque no me guste la idea, Philip tiene razón. Si hubiéramos estado trabajando este caso durante meses, hubiéramos hecho exactamente lo mismo.

—Es mejor que caigan por drogas que por evasión de impuestos —le digo a Peter, que está muy molesto. Él me mira sin comprender mi actitud. La realidad es que yo misma me sorprendo. En otra época

hubiera puesto el grito en el cielo. Hoy, sin embargo, me resigno con facilidad. No sé si son las pastillas de anoche o que algo dentro de mí se apagó. Estoy cansada. Esta vez, que el trabajo duro lo haga otro, me merezco un descanso.

11: ENCONTRARÉ A ESOS MALDITOS

Centro de Manhattan
Jueves, 22 de abril
11:30 p. m.

El infiltrado de la DEA, un agente descendiente de japoneses llamado Sakamoto, estaciona su furgoneta en un callejón. Es el lugar que San Gen le indicó para realizar el intercambio. Hay una pared en ruinas de al menos cuatro metros de alto a un costado, y un edificio en construcción que abarca tanto el lateral izquierdo como el fondo del callejón. Aparcada allí se encuentra una furgoneta negra, y un hombre chino se halla de pie, apoyado contra ella. Sakamoto piensa que los chinos cometieron un error al elegir ese lugar: no tienen por dónde escapar. Será fácil para la DEA apresarlos.

—¿Ven lo que estoy viendo? —pregunta Sakamoto, que tiene un pequeño auricular que cubre con su cabello y lleva además un prendedor en su chaqueta de cuero negra, que en realidad es una microcámara.

—Sí —le responden por el auricular—. En cuanto aparezca el jefe y te muestren la droga, entramos en escena. No tienen forma de escapar.

Los agentes de la DEA llegan en sus vehículos, situándose a doscientos metros del punto de encuentro. Enviaron dos drones de altura para revisar la zona antes de acercarse más. La calle está vacía. No tienen forma de saber si hay gente del clan San Gen en los edificios aledaños, pero deben correr el riesgo. Dos agentes vestidos como indigentes bajan de una de las furgonetas y caminan, tambaleándose como si estuvieran borrachos, en dirección a la escena. Serán los primeros en ubicarse en posición. El resto entrará con los vehículos y en treinta segundos estarán allí.

Sakamoto bloqueó con su furgoneta la salida del callejón, así que no tendrán forma de salir.

Sakamoto espera unos segundos para darles tiempo a sus compañeros a que tomen posición, recién entonces baja de la furgoneta. Avanza muy despacio hacia el hombre chino, que se endereza y mete la mano bajo el abrigo para agarrar su arma. Sakamoto levanta un poco las manos.

—Estamos bien —dice—. Vine solo.

El hombre, sin soltar el arma, utiliza su otra mano para hablar por el móvil. Dice algunas palabras en chino y vuelve a guardar el teléfono. Sakamoto se detiene entre las dos furgonetas. Dejó las luces del vehículo encendidas para dificultar la visión de los chinos, para el momento en que ingrese el resto de los agentes.

Se abren las puertas de la furgoneta negra y salen dos chinos más. Uno de ellos es Jerry Guo, el segundo al mando de la organización criminal San Gen. Lleva lentes negros, pero Sakamoto lo reconoce de inmediato. Cuando se contactó más temprano con ellos, había aclarado que la información que tenía era muy importante y que solo se la daría a alguno de los jefes.

—Aquí estoy —dice Guo abriendo sus brazos como demostrando confianza—. Espero que tengas algo que valga la pena. Es mucha droga la que pediste —concluye señalando la furgoneta.

—Claro que vale la pena —responde Sakamoto—, no arriesgaría mi vida si no fuera así. —Extrae del bolsillo de su pantalón un *pendrive* —. Los yakuzas están quebrados, por eso quieren tomar el control de Little Italy y tener su apoyo. Pero ayer incautaron mucho más de lo que dijeron las noticias y sé que los miembros capturados están cantando como pájaros. Aquí tengo la información sobre todas sus actividades, locaciones, nombres y todo lo que necesitan para que ustedes tomen el control de la operación japonesa. Es el momento de su mayor debilidad, ustedes deciden.

Jerry Guo da un paso adelante y extiende su mano para que le entregue el *pendrive*. Sakamoto se lo muestra, pero señala la furgoneta negra.

—Primero tengo que ver la mercadería —dice el agente encubierto mientras por el auricular le avisan de que los presuntos indigentes están en posición.

—Por supuesto —confirma Guo y luego dice palabras en chino. En ese momento le suena el móvil, es un mensaje de WhatsApp. Guo hace señas para que todos esperen un minuto y ve lo que aparece en la pantalla de su móvil; sonríe. A su señal, uno de los hombres se acerca a la furgoneta y abre la puerta. Aparece un chino con una

ametralladora que salta del vehículo. Sakamoto descubre entonces que la furgoneta está vacía.

—¿Qué está pasando? ¿Dónde está la droga?

—No negociamos con traidores —dice Guo, sonriendo, mientras extrae un arma de la cintura y, sin mediar más explicaciones, le dispara a quemarropa.

Sakamoto siente el impacto en el pecho y por un instante se mantiene en pie. Enseguida sus rodillas ceden y cae de cara al suelo.

—Arrojen sus armas —dicen los dos agentes disfrazados de indigentes, que reaccionaron en cuanto escucharon las palabras de Guo, pero no llegaron a tiempo para impedir el fusilamiento.

Suena una ráfaga de ametralladora y uno de los dos cae. Cuando el otro intenta parapetarse contra un camión, recibe un disparo desde el edificio en construcción. Se escucha frenar a los vehículos de la
DEA
. Los agentes bajan corriendo, pero ahora múltiples estruendos se escuchan desde el edificio. Al menos diez francotiradores les disparan, manteniéndolos fuera del callejón. Jerry Guo da media vuelta. En el edificio en construcción se abre una puerta de madera y los tres chinos ingresan, desapareciendo de la vista de los agentes, que responden los disparos a ciegas. Pronto se ven caer dos objetos, uno sobre cada furgoneta. El agente que se había adentrado más en el callejón los reconoce y grita: «Granada». No lo hace a tiempo para poder retirarse y los explosivos estallan, haciendo volar las dos furgonetas. El fuego y el humo impiden el ingreso de los agentes. No hay nada más por hacer.

• • •

Cerca de Times Square, Manhattan
11:35 p. m.

Amy Adams sale del edificio del periódico. Se ha hecho tarde. Tenía que entregar un artículo para que salga en el diario de mañana. No hay nadie en la calle. Normalmente viaja en metro, pero a esta hora prefiere tomar un taxi. Advierte que viene uno e intenta detenerlo, pero el vehículo sigue derecho como si no la hubiera visto. Se percata de dos hombres que caminan en su dirección y algo le da mala espina. Decide caminar hacia una calle más iluminada y esperar allí. Por lo pronto, cambiará de acera para evitar a esos hombres. Apenas baja a la calle, los hombres aceleran el paso y bajan también. Amy ya no duda de que algo está pasando y comienza a correr en sentido contrario. Tiene intención de darse vuelta para ver si vienen tras ella,

pero prefiere no perder tiempo y seguir corriendo. Quiere encontrar a alguien a quien decirle lo que sucede, y no hay nadie. Tampoco hay ningún local abierto donde refugiarse. No aguanta más y mira hacia atrás. Ya tiene a los dos hombres casi encima. Ve que viene una furgoneta de frente y le hace señas, pidiendo ayuda. La furgoneta se detiene, el conductor es oriental. Cuando le va a explicar lo que le pasa, la puerta lateral del vehículo se abre y salen dos hombres más. La sujetan y, mientras ella grita y patalea, la meten dentro del vehículo. Los otros dos que la seguían también suben a la parte trasera. Le pegan un puñetazo en el estómago y deja de gritar, luego cae al suelo, doblándose del dolor. Otro de los hombres se arrodilla junto a ella y la amordaza. Otro le ata las manos con un precinto. La sientan en el piso y ve que hay un quinto asiático sentado en la única butaca. Es Keith Guo.

—La prensa no debe mentir —dice mientras la enfoca con su móvil y le toma una foto.

• • •

Ainara, Peter y Philip escuchan y observan todo lo que sucede en el fallido operativo desde el centro de monitoreo, en las oficinas del FBI. Philip coge el teléfono y comienza a dar indicaciones. La policía debe cercar la zona y revisar el edificio en construcción, las ambulancias deben socorrer a los heridos, y ellos deben pensar sus próximos pasos. San Gen sabía de la trampa; alguien los delató.

Peter se pone de pie y comienza a caminar repartiendo maldiciones. Ainara, mientras tanto, no hace nada, se queda sentada mirando el monitor, que dice «sin señal». A pesar de que la pantalla está en negro, ella continúa viendo el rostro de Jerry Guo, viendo la frialdad con la que ejecutó a Sakamoto y hasta su disfrute al apretar el gatillo. Una sensación de impotencia y furia crecen en su interior, solo piensa en tener a Guo delante de ella. Es entonces cuando suena su teléfono. Le ha llegado un mensaje de WhatsApp con una foto. Observa en la imagen a Amy, amordazada. El texto dice: «Siempre les llevamos la delantera».

Ainara se pone de pie y le da un puñetazo al monitor. Peter la observa, sorprendido.

—¿Qué pasa, Ainara?

Ella le entrega su móvil.

—¡Malditos! —grita Ainara fuera de control.

Peter, luego de ver el mensaje, se acerca y la abraza.

—¿Cómo mierda lo supieron? —dice sin soltarla.

Ainara se aparta y lo mira a los ojos.

—Hay un chivato en esta oficina, Peter. Mi relación con Amy solo la pudieron conocer si estuvieron aquí con nosotros, es un círculo muy reducido.

—No es posible, Ainara. Lo deben haber sabido por otro lado.

Peter no cree en esa posibilidad. Ainara piensa unos segundos y luego susurra.

—Encontraré a esos malditos.

12: SIEMPRE TENEMOS UNA OPORTUNIDAD

Oficinas del
FBI
, Nueva York
Viernes, 23 de abril
9:00 a. m.

Anoche fue un infierno. Volví a tomar pastillas para evitar la botella. En realidad, no sé qué sentido tiene cambiar una cosa por otra; estoy un poco harta de esta situación. No me siento mejor que cuando tomaba, como siempre, los problemas me siguen agobiando, y además estoy más gorda que nunca. Lo único que me da un momento de paz es cuando mi bestia se sube conmigo a la cama y, luego de lamerme la cara, me permite abrazarlo hasta dormirme. No sé si alguna vez pude hacer lo mismo con una pareja.

Ayer, luego del mensaje que recibí de San Gen, Phillip me prometió que rescataríamos a Amy cuanto antes. Me pidió que me fuera a dormir porque hoy sería un día agitado. Los analistas deberían darnos el lugar en el que podrían tenerla encerrada, solo habría que ir a buscarla.

Salgo del ascensor y me dirijo directo a la oficina de Philip.

—Hola, Ainara —me dice Freddy, que se me une en el recorrido—. Creo que ya sabemos dónde tienen a Amy.

—Excelente.

El día comienza bien, espero terminar con esto pronto.

Entramos a la oficina y encontramos a Phillip hablando por teléfono. Peter y Park se encuentran con él.

—Hola, Ainara —me dice Peter para recibirme—. ¿Has descansado?

—Hice lo que pude —respondo y voy directo a Park—. ¿Sabes dónde la tienen?

—Buen día, agente Pons. Creemos que se la llevaron de Manhattan

y tenemos dos posibles lugares donde pueden llegar a tenerla.

—Bueno, no andes con rodeos, dime dónde.

Este hombre no me ha caído bien desde el principio y la cosa no mejora, más le vale darme la ubicación correcta. Apoya su portátil en el escritorio de Philip y me muestra la imagen de Google de un edificio. Memorizo la dirección.

—Es posible que la tengan en un edificio de oficinas de su propiedad en Brooklyn. Si no está allí, podría estar en la mansión familiar que tienen en Staten Island.

—¿En Staten Island?

Me sorprende que vivan allí, no es el típico lugar donde tendría su casa un mafioso chino. Park busca esa nueva dirección y me muestra las imágenes en pantalla. Nuevamente tomo el dato del lugar.

—Hace cincuenta años, Han Guo compró esa casa como inversión. Pero, por algún motivo, a los pocos meses se mudó allí con su familia.

—Bueno, jefe —digo dirigiéndome a Philip, esperando que nos diga cómo procederemos—, me parece que debemos comenzar por Brooklyn.

—Sí, Ainara —contesta Phillip, que ya terminó su llamada telefónica—, yo pensé lo mismo. El problema es que no consigo una orden de allanamiento.

—¿Qué?

—No tenemos ninguna prueba de que los Guo tengan a la señorita Adams. No hubo testigos del secuestro ni nada que la una a ellos.

—Pero… —No sé muy bien qué decir, estoy desconcertada—. Tengo el mensaje y la foto que me mandaron.

—Ya rastreamos el mensaje, fue hecho de una línea descartable desde algún lugar de Manhattan, pero no sabemos más que eso.

—Tenemos la grabación de una cámara de seguridad —insisto buscando algo que nos permita el allanamiento.

—Solo se ve a un hombre de lentes oscuros, ni siquiera podríamos demostrar que es un asiático —me explica Peter tratando de calmarme, pero lo único que logra es enfurecerme más—. Además, aunque hubiera una duda razonable de que se tratara de Guo, tampoco hay forma de ligarlo a Amy. Ella nunca tuvo contacto con él o su hermano. La nota que hizo fue sobre los japoneses, en todo caso, serían ellos quienes querrían vengarse, no los chinos.

—Pero dos días antes escribió un artículo sobre los Wong, eso debería contar.

—No, Ainara —me dice Peter frustrado—, supongo que no leíste el artículo. Habla del coraje de los Wong al enfrentar a la mafia, pero no nombra a nadie. No tenemos nada.

—Phillip…

Recurro al jefe Nash, esperando que tenga un as bajo la manga.

—Lo siento, Ainara. —Sus palabras son como una bofetada—. Ya envié agentes a que hagan guardia frente a los dos lugares y pedí al fiscal autorización para intervenir sus teléfonos. Más que eso no podemos hacer.

—No. —Me niego a quedarme de brazos cruzados—. Yo misma iré a buscarla.

—Tanaka, Park —dice Philip—, retírense, por favor.

Los dos agentes salen de la habitación y Peter cierra la puerta detrás de ellos.

—No harás nada, Ainara —Phillip me habla casi como amenazándome—. Si sigues con esa actitud, tendré que retirarte del caso.

—No solo te quedas ahí sentado —le digo enfurecida—, sino que además me amenazas. Amy está en esto por tu culpa, tú fuiste quien sugirió que escribiera esa nota. No puedes abandonarla como si no tuvieras nada que ver.

—Cuidado, Ainara —me advierte Peter—, te encuentras en un límite muy peligroso.

—En peligro está Amy, no yo. Mientras estamos aquí esperando que ellos cometan algún error, Amy ya puede estar en una bolsa. No sean cobardes, vamos a patear a esos hijos de puta de una vez.

—Es suficiente, Ainara —dice Philip poniéndose de pie—. Estás fuera del caso, tu amistad con Amy te inhabilita, no estás pensando con claridad.

—¡Inhabilita una mierda! —Pateo la silla que tengo más cerca—. No me puedes sacar del caso.

—Sí que puedo —responde Phillip y se vuelve a sentar—, y ya lo he hecho. Ve a tu casa y descansa, cuando vuelvas a ser tú misma, seguiremos hablando. Si continuamos con esto nos arrepentiremos todos. No quiero que hagas una locura, no podremos volver a cubrirte.

Sabía que tarde o temprano me echaría eso en cara. Me enderezo y hago silencio, no tengo nada más que hacer aquí. Les doy una última mirada antes de salir.

—Recuerda que me lo prometiste, Ainara.

Peter apela a mis propias palabras para detenerme, pero esto es distinto. No busco justicia ni venganza, solo quiero salvar la vida de alguien inocente, y no habrá nadie que me detenga.

Avanzo con firmeza a través de la oficina, mis compañeros me miran de reojo, deben haber escuchado mis gritos. Llego al pasillo, llamo al ascensor y trato de mantener la compostura. Puede que el

FBI
tenga las manos atadas, pero yo no. Llega el ascensor, se abren las puertas e ingreso en él. Mientras las puertas se vuelven a cerrar, saco mi teléfono y hago una llamada. Necesitaré ayuda.

• • •

Suburbios de Brooklyn
9:30 a. m.

Es una casa gris de techos negros, con cochera y porche, nada que la diferencie de las demás, al menos a simple vista. Sin embargo, al observar con más detenimiento, se pueden ver unos postes en cada esquina del terreno con sensor de movimiento. Sobre la puerta y el techo hay varias cámaras de seguridad. Las ventanas tienen rejas y la puerta está reforzada. Dentro de la casa, también la apariencia es normal si es que no se observa con cuidado. En la mesa grande, al igual que en la pequeña contra la pared, hay ocultas debajo pistolas cargadas y listas para dispararse. Bajo el tapizado del sillón que se encuentra en el medio de la sala hay un chapón de metal reforzado resistente a las balas, que puede ser utilizado para cubrirse en caso de ataque. Una de las paredes de la sala está llena de fotos. El mismo hombre aparece en todas. En algunas está como Navy Seal, en otras como boina verde, como Delta Force o en medio de las distintas guerras en las que participó. En una de estas fotos, es condecorado por el mismísimo presidente de los Estados Unidos. Sin embargo, hay otra persona en esa foto que la hace única. Al lado del presidente aparece Ainara Pons.

Suena el móvil, que está apoyado sobre la pequeña mesa de la sala. A la segunda llamada aparece el dueño de casa, Dexter
O'Sullivan
. Mira quién es y frunce el ceño. Atiende.

—Hola, Ainara —saluda Dexter—. Me gustaría que este llamado se deba a que me extrañas, pero imagino que no es así.

—Hola, Dexter —contesta Ainara esbozando su primera sonrisa de la mañana—. Siempre te extraño cuando tengo problemas.

—¿Qué sucede? —pregunta Dexter, que camina hasta sentarse en el sillón.

—Han secuestrado a Amy.

—¿Tu amiga la periodista?

—La misma —responde Ainara—. Creo saber dónde está, pero el
FBI
no quiere actuar, ni me autoriza a hacerlo.

—¿Cuál es el nivel de dificultad?

—Alto. Es un búnker de la mafia china. Por lo que sé, están bien armados y pueden disponer de una veintena de hombres.

—¿Pidieron rescate?

—No, es un ajuste de cuentas. Van en contra mío.

—Entonces, no hay tiempo que perder. Te están invitando y están preparados para recibirte. Si solo fuera para hacerte daño, ya la hubieran matado.

—¿Crees que tenemos alguna oportunidad, amigo?

—Siempre tenemos una.

13: ESE MALDITO DEBE PAGAR

Staten Island
Viernes, 23 de abril
10:30 p. m.

Los minutos pasan y la ansiedad solo se puede apaciguar con alcohol. Bebo de la botella de *whisky* un largo trago y luego le vuelvo a poner la tapa. Dexter, sentado junto a mí al volante de su furgoneta, me observa, pero no dice nada. Sabe que cada uno maneja los nervios a su forma. Estamos juntos desde el mediodía.

Cuando hablamos por teléfono esta mañana, me indicó su dirección y arreglamos para encontrarnos. Pasé primero por mi casa, jugué un poco con mi bestia, me di una ducha y abracé a mi padre largo rato. Tuve la sensación de que podía ser una despedida. Cuando estaba por salir de casa, me detuve frente a la cocina. No lo pensé demasiado. Entré, abrí la alacena, me paré de puntillas y busqué en el fondo del estante más alto. Si había alguna situación en la cual dejarme llevar por la tentación, esta era esa situación. Aun si todo saliera bien, si rescatáramos a Amy y atrapáramos a los chinos, el desobedecer una orden directa del jefe Nash y realizar un allanamiento ilegal equivaldría a que me despidan del FBI. Así es como, pase lo que pase, mi carrera ha terminado.

Ya en la casa de Dexter, luego de un fuerte y fraternal abrazo, fuimos a su habitación especial. Allí tenía varios ordenadores, un par de ellos mostraban las calles de los dos lugares donde podría estar Amy.

—¿Cómo es posible? —le pregunté asombrada.

—Andrew instaló el sistema el año pasado —me explicó Dexter—. Él puede acceder desde donde se encuentre. Luego de que me dieras los datos, se los pasé a él y, hace unos minutos, me conectó. Hackeó las cámaras de seguridad de la ciudad.

Mi Andrew, hace mucho que no sabía de él. Es el mejor para estos trabajos.

Estuvimos como una hora mirando las cámaras. La casa de Staten Island definitivamente tenía más movimiento de lo normal. Demasiados guardias armados para un domicilio particular.

—Ahí está —me dijo Dexter en un momento, señalando dos puntos negros en el parque de la casa. Cuando agrandó la imagen, pudimos ver dos pequeñas chimeneas—. Esta casa se construyó en los cincuenta —me explicó—. Mucha gente adinerada de esa época construyó búnkeres subterráneos para protegerse de un posible ataque ruso. Allí deben tener a Amy.

Recién entonces comprendí por qué los mafiosos chinos tenían esa casa en Staten Island; hace cincuenta años Han Guo encontró un búnker listo para usar.

Dexter pasó dos horas más estudiando los movimientos de los guardias. Luego abrió lo que por fuera parecía un armario empotrado, pero resultó ser una habitación más pequeña, tal vez diseñada en algún momento como vestidor. Quedaron expuestas todo tipo de armas. Hasta había una enorme caja verde que contenía un lanzamisiles portátil.

—Siempre hay que estar preparado —dijo Dexter mientras elegía las armas con cuidado. Escogió un rifle, una escopeta, un juego de granadas y dos pistolas. Luego me observó y me dio dos pistolas a mí también, una de ellas con silenciador—. Tú te sientes cómoda con esto —me dijo mientras me las entregaba con varios cargadores.

Luego vinimos en su furgoneta blindada y desde entonces estamos esperando a dos calles del objetivo. Podemos ver la calle desde el portátil de Dexter. Es de noche.

—Vamos —me dice mientras se pone un pasamontañas y abre la puerta. Yo hago lo mismo y bajamos. Él lleva el bolso con el armamento.

Caminamos hasta la esquina de la casa. Parapetados contra un árbol, Dexter saca el rifle del bolso, le coloca un silenciador y le dispara a la luz de la calle que nos alumbra. Quedamos en la sombra. Luego se acomoda y apunta a la cabina que está junto a la puerta de la casa. Allí están los guardias que permiten el ingreso. Ellos se acercan a la ventana para ver qué pasa con la luz que se acaba de apagar.

—Como polillas a la luz —dice Dexter y dispara dos tiros rápidos: cae uno de los guardias, pero el otro no. Vuelve a disparar de inmediato y cae el segundo.

—Mi pulso no es lo que era —afirma—. Es ahora.

Corremos hasta el portón de rejas y nos paramos detrás de una de las columnas que lo enmarcan.

—En un instante pasará el guardia que rodea la casa —me explica

—, lo anulo y se acabó lo fácil.

—En algún momento tenía que pasar —le digo con ironía; si esto fue lo fácil, no quiero pensar lo que nos espera.

—Saltaremos la reja y sonarán los sensores de movimiento. Correrás tan rápido como puedas y le dispararás a todo lo que se mueva porque comenzarán a salir a ver qué pasa. Además, hay cámaras en varios lugares, pero ningún guardia está todo el tiempo mirando un monitor, miran solo cuando algo les llama la atención; tenemos ese margen. Utiliza primero la pistola con silenciador, nos dará unos segundos más de sorpresa.

—Entiendo.

—Debes encontrar la entrada al sótano. Lo más probable es que se halle bajo una escalera, pero si no me equivoco, la reconocerás porque habrá un guardia en la puerta, que no se moverá de allí pase lo que pase. Yo iré detrás de ti, cubriéndote la espalda. ¿Lista?

—Hagámoslo.

Dexter apunta el rifle hacia un costado de la casa. Apenas aparece el guardia caminando, le dispara. Cae al primer intento.

—Ahora —me dice. Arroja el rifle dentro de la casa, se coloca la escopeta al hombro y me hace pie para que trepe la reja.

Me dejo caer al otro lado y comienzo a correr hacia la puerta. Nadie sale. Llego y me apoyo contra la pared. De inmediato llega Dexter, apuntando con la escopeta, y se pone al otro lado de la puerta. Nos miramos y me hace señas de que va él primero. Vuelve a colgarse la escopeta al hombro y saca la pistola con silenciador. Me hace una seña y abro la puerta. Él pasa primero y comienza a disparar. Escucho como le devuelven los disparos. Entro detrás de él y veo dos hombres en el suelo, pero hay más disparando. Avanzamos, abriendo fuego en todas direcciones y tratando de protegernos con lo que podamos. Cuando logramos cubrirnos, nos miramos, se terminó la sorpresa. Escuchamos gritos en chino y más disparos alrededor nuestro. Dexter vuelve a tomar la escopeta, se acabó el sigilo. El primer estruendo no tarda en llegar, los perdigones del arma de mi amigo les dan a dos al mismo tiempo, que son empujados hacia atrás. Veo otro hombre, que me dispara desde la escalera, y contesto el fuego. Uno, dos y al tercer tiro lo derribo. Dexter sigue eliminando enemigos a cañonazos. Veo una puerta bajo la escalera, pero no tiene ningún guardia. Voy hacia ella y la abro.

—¡Demonios!

Es un guardarropa.

Me doy vuelta y sigo a Dexter, que camina disparando por un pasillo. Voy detrás de él, cuidando su retaguardia. Aparece un hombre

que viene hacia mí disparando y respondo dándole de pleno en la cara. Llegamos a la cocina y pasamos por encima de dos hombres caídos.

—Allí —me dice Dexter, señalando una puerta cerrada y bloqueada por un hombre sangrando en el suelo. Dexter sonríe. Dispara hacia la cerradura y la puerta estalla. Se ve una escalera que baja y él se manda primero. Le dispara a uno que estaba resguardando otra puerta más abajo y lo estampa contra ella.

—Esa es de metal reforzado —le digo, sabiendo que la escopeta no bastará.

—No es problema —dice y arroja una granada—. Atrás.

Salimos los dos fuera de la escalera y nos hacemos a un lado. Un tiro le da a Dexter, busco y le disparo al tirador, que se va hacia un costado. Lo reconozco, es Jerry Guo. La explosión me sacude, casi olvidaba la granada. Quedo atontada un instante, pero pronto veo salir a Guo, disparándonos. Lo siento a Dexter, que me empuja dentro de la escalera y comienza a dispararle a Guo mientras viene detrás de mí.

—¿Estás bien? —le pregunto. Apenas lo veo entre el humo de la explosión, pero la sangre roja parece brillar en su hombro.

—No es nada.

—Voy yo primero —le digo sin darle tiempo a que me contradiga.

Comienzo a bajar y escucho otro disparo a mis espaldas.

—Sigue —me dice—, yo te cubro.

Veo que vuelve a sonreír y, mientras, saca otra granada. Sigo bajando y atravieso el humo hasta donde está la puerta de metal, desencajada y ennegrecida. La traspaso y otra explosión a mis espaldas me hace caer hacia adelante. Un tiro me roza el brazo. Ruedo hacia un costado y, sin ver a dónde, disparo hasta vaciar el cargador. Advierto que alguien cae unos metros delante de mí. Arrojo mi arma vacía y agarro la otra pistola. Me pongo de pie y camino por el pasillo hasta una esquina. Me detengo, respiro profundo y entro en lo que parece una sala. No veo a nadie. Al fondo se abre otro corredor. Debe ser una salida. ¡Maldición! Corro hacia allí y, cuando voy a entrar, un disparo silba sobre mi cabeza, quemándome la frente. Me arrojó a un costado y apunto, pero la veo a Amy con un arma en la sien. Detrás de ella está Keith Guo, la cabeza del clan San Gen, aferrándola.

—Suéltala —grito.

—Nada de eso, agente Pons —me dice Guo—. Tú suelta el arma o le vuelo los sesos a tu amiga.

Amy sigue amordazada. Si intento dispararle a Guo, Amy terminará muerta, pero si dejo el arma, la muerta seré yo. Tengo una

sola oportunidad, no hay otra opción.

—Está bien —contesto y paso lentamente el arma de la mano derecha a la izquierda—. Hablemos.

Sé que no hay nada que hablar, que en cuanto apoye mi arma en el suelo, Guo apartará la suya de la sien de Amy y me apuntará a mí decidido a liquidarme. Mientras él mira mi mano izquierda dejar la pistola que me dio Dexter, debo sacar con la derecha mi Smith & Wesson y dispararle. De seguro él lo hará primero, y dependerá de su puntería el que salgamos vivas de aquí. Me observa bajar el arma y puedo ver su sonrisa dibujándose con soberbia. El cañón de su pistola comienza a apartarse de la cabeza de Amy. Aún no me apunta a mí, «Ainara espera que suelte el arma por completo», me digo a mí misma. Ya no lo puedo dilatar más. Dejo la pistola en el suelo y veo como rápidamente dirige su arma hacia mí. Un disparo que parte de algún lugar detrás de mí nos sorprende a los dos, da contra la pared cerca de Guo, que se oculta tras Amy. Es Dexter, que con otro disparo da cerca del jefe del San Gen. Guo, intentando huir, termina empujando a Amy hacia mí para que no tengamos un blanco fácil. La recibo entre mis brazos y nuestros ojos se cruzan; puedo ver en ellos su emoción: llegué a tiempo para salvarla. La abrazo, satisfecha, al fin algo sale bien, pero siento el estruendo junto con un impacto contra mi pecho. Mis manos, que abrazan a Amy, comienzan a humedecerse con un líquido caliente. Me aparto de ella sin dejar de sostenerla. Sus ojos ahora me ven con tristeza, se desenfocan y su cuerpo se vuelve pesado. Caigo de rodillas, sosteniéndola casi inerte, y lo veo a Dexter saltar para esquivarme por un costado en persecución de Guo. La abrazo con fuerza, como queriendo retenerla.

—Aguanta, por favor, aguanta.

Me largo a llorar y siento como ya no hay ningún movimiento, no hay respiración, no hay vida.

—¡Noooo! No… Perdón, Amy. Perdóname.

Las lágrimas no me dejan ver y mi garganta se cierra en un nudo ahogado. Oigo la voz de Dexter, pero no sé lo que me dice. Lo siento tironear de mi brazo, pero me resisto.

—Vamos, Ainara. Ya no puedes hacer nada. Debemos seguir.

¿A dónde quiere seguir? Ya nada tiene sentido, hice todo mal, les fallé a todos. No queda nada por hacer.

—No podemos dejar que ese maldito se salga con la suya, Ainara.

Las últimas palabras de Dexter me sacan del trance en el que había caído. Aún queda algo por hacer, ese maldito debe pagar. Apoyo el cuerpo de Amy con suavidad en el suelo. Me levanto y dejo que Dexter me guíe a la salida.

14: PUEDES CONTAR CONMIGO

Brooklyn
Sábado, 24 de abril
9:45 a. m.

Mientras el agua se escurre de mi rostro, veo en el espejo del baño que las marcas que dejaron los vidrios siguen allí, tal vez tarden una semana más en desaparecer. Estudio entonces el raspón en la frente. Es la bala que me rozó anoche: un centímetro más y ya no estaría aquí. Abro el espejo y busco detrás de él un apósito. Dexter me dijo que estaban allí. Lo encuentro. Vuelvo a cerrar el botiquín y me lo aplico sobre la herida. No se ve tan mal. Lo que sí se ven mal son mis ojeras. Se ven como me siento. Imagino que Dexter no tiene corrector de ojeras aquí.

Anoche, cuando salíamos de la casa del clan San Gen, revisé el cuerpo de Jerry Guo. Lo sacudí, pero estaba inconsciente y con la cara medio quemada. No sabía cuál era su estado y, por más que me hubiera gustado llevarlo para interrogarlo, es posible que la granada de Dexter le hubiera freído el cerebro. No tuvimos tiempo para averiguarlo, debíamos irnos cuanto antes. Dexter me dijo que cuando me quedé sosteniendo a Amy, él fue detrás de Keith Guo, pero se encontró con una puerta cerrada por fuera. Me pidió disculpas por no haber descubierto antes que el búnker subterráneo tenía otra salida. ¿Cómo podía saberlo? Bastante hizo, me metió ahí dentro y me sacó de una pieza. Más no le podía pedir. La que falló fui yo. Lo único que tenía que hacer era sacar a Amy con vida; no logré hacerlo.

Hoy nada parece tener sentido. Anoche hice que mataran a mi mejor amiga, puse en una situación comprometida a Dexter y eché mi carrera por la borda. Él me dijo que no me preocupara por lo que le pudiera pasar. Me explicó que la furgoneta tenía placas falsas y que teníamos los rostros cubiertos, que no nos podrían rastrear. Pero mis compañeros del
FBI
no son estúpidos, sabrán que fui yo y, esta vez, no seguirán como si

nada. Con suerte deberé entregar mi placa para no ir a prisión.

Apenas cruzamos de Staten Island a Brooklyn, me despidió dándome las llaves de un pequeño piso que tiene para emergencias, es un lugar seguro que no lo pueden asociar a él. Me recomendó que dejara las cosas como estaban, el rescate había fracasado, no había razón para perder la vida por simple venganza. Al escuchar esas palabras, lo cuestioné, le recordé que él había actuado así con la muerte de su madre y que no era lo que me había dicho en el sótano junto al cuerpo de Amy. Me explicó que solo lo dijo para hacerme reaccionar, pero que debería pensarlo con detenimiento antes de continuar por ese camino. «Tú no eres como yo», me dijo como única explicación. No sé qué me habrá querido decir, pero no pude más que agradecerle por su ayuda.

Salgo del baño y me vuelvo a echar en la cama. Observo la botella de *whisky* vacía en el piso. Creo que el único incentivo que tengo para salir de aquí es conseguir una que esté llena.

Suena mi teléfono. Miro la pantalla y veo que es Peter. Dudo si responder o no. No quiero hablar con él, pero no contestar sería terminar de incriminarme, tal vez aún quede algo por hacer.

—Hola, Peter.

—Hola, Ainara. ¿Dónde estás?

—Sigo en la cama, tuve una muy mala noche y me estalla la cabeza.

Decir la verdad siempre ayuda cuando se quiere ocultar algo. Peter duda un instante antes de continuar la conversación, sabe que, en el pasado, cuando le hablaba de mala noche, me refería al alcohol.

—Anoche hubo un tiroteo en Staten Island, en la casa de los Guo.

—¿En serio? —pregunto, trato de sonar sorprendida. Lo que estoy por decir me destroza el corazón, pero debo hacerlo—. ¿Y Amy?

Me muerdo los labios para no gritar. La angustia llega toda junta y comienzo a temblar mientras aprieto la mandíbula.

—Lo siento, Ainara.

Cuando escucho esas palabras, no puedo contenerme más. Arrojo el teléfono y lloro desconsolada.

• • •

Casa de Ainara, Nueva York
1:00 p. m.

Mi bestia no me recibe con la euforia de siempre. Lo hace con cariño, pero calmado. Se podría pensar que está triste o que siente mi dolor. Tal vez solo huele el hedor del *whisky* y sabe que he caído. Incluso

quizás presienta que podría caer aún más.

—Te amo, mi bestia negra. —Me lame la cara y me enderezo, no sin esfuerzo. Me costó mantenerme en cuclillas cuando saludaba a Bob en la puerta de casa.

—Hola, hija —me saluda papá, que permaneció parado detrás de Bob en silencio—. ¿Puedo?

Me pregunta señalando la botella, que ya está a los tres cuartos. ¿Por qué no? Se la doy y entro. Voy derecho al baño. Necesito ducharme. Cuando entré en la licorería para comprar la nueva botella, me di cuenta por la mirada del vendedor de que algo estaba mal con mi ropa. Miré mi reflejo en un cristal del aparador y comprendí lo que había alterado a aquel buen hombre: estaba llena de sangre. Al levantarme esta mañana, me lavé la cara y las manos, pero no estaba tan lúcida como para darme cuenta de que mi ropa era un desastre. Nuevamente me sorprende la actitud de mi padre, no dijo nada. Ahora debe estar tomándose un trago a mi salud. Hasta en eso fallé, lo hice caer a él también. No sé si fue lo correcto invitarlo a pasar un tiempo conmigo. La idea era conocernos, y lo hemos hecho; estoy feliz por eso. Pero creo que le he hecho más mal que bien.

Me quito la ropa y entro a la ducha. No sé qué hora es, supongo que ya es más del mediodía. Es extraño no sentir hambre. Luego de la llamada inconclusa de Peter, recibí un mensaje de voz suyo.

—Lamento mucho lo de Amy, todos en el Departamento te acompañamos en el sentimiento y estamos para lo que necesites. Phillip te recuerda que estás fuera del caso y que no debes acercarte a nadie relacionado con él. Por eso te ha dado una semana de licencia obligatoria, para que puedas descansar y procesar el duelo. Te apreciamos mucho, Ainara. No hagas ninguna tontería.

Su tono de voz me resultó sincero, no puedo creer que no sospechen de mí. Ahora debo pensar en cómo seguir.

Salgo de la ducha en toalla y voy hasta la cocina. Lo veo a mi padre con la botella y dos vasos. El suyo está vacío, el mío me espera lleno.

—Voy a vestirme y vengo.

Cuando salgo vestida de la habitación, veo la puerta del baño abierta, pero ya no está la ropa en el piso. Mientras avanzo hacia la cocina, comienzo a oler a quemado. Lo veo a mi padre parado frente al fregadero, del que salen enormes llamas.

—Esta ropa no servía más —me dice sin dejar de mirar el fuego. Luego se acerca a la mesa y se llena el vaso—. Te advierto que no soy muy agradable cuando bebo.

—Yo tampoco —le respondo y me siento a la mesa. Cuando voy a

agarrar el vaso, escucho sonar el teléfono. Suspiro y me levanto, dejé el teléfono en la sala.

Cuando veo la pantalla, advierto que tengo dos llamadas perdidas de Peter, pero el que llama ahora es Tanaka. Atiendo.

—Hola, Freddy.

—Hola, Ainara. Lamento molestarte, pero me gustaría verte.

—¿Sucede algo, Freddy?

—Tal vez no sea nada, pero quería decirte que puedes contar conmigo. No necesito explicaciones. Pero puede que quieras saber algunas cosas que están pasando en la oficina.

—Gracias, Freddy. ¿Te parece que nos veamos en una hora?

15: LO QUIERO A GUO

Little Italy, Nueva York
Sábado, 24 de abril
2:30 p. m.

Cité a Tanaka en el restaurante al que solíamos venir con Amy. No sé por qué lo hice. Tal vez para recordarme que ella ya no está, quizás para juntar furia y actuar, o sencillamente para sentirme culpable.

Freddy está sentado frente a mí.

—Habla, Freddy.

—Mira, Ainara. Todos estábamos muy tristes por lo que le sucedió a tu amiga y por cómo te estarías sintiendo tú. Incluso creo que algunos nos sentíamos culpables por no haberte hecho caso e ido a rescatar a Amy. Sin embargo, cuando llegaron los videos de seguridad de la casa de un vecino de la zona, a Peter y al jefe se les vio bastante perturbados. Los videos de San Gen fueron volados por una granada, pero los de este vecino mostraron todo lo que sucedió en la calle. Tardé en entender qué vieron en ese video que los puso así, pero por fin lo comprendí.

Freddy hace silencio, como si temiera decir lo que está pensando.

—Di lo que piensas, Freddy.

—Bueno, Ainara. Todos creíamos que el ataque al clan San Gen había sido realizado por algún grupo antagónico, la mafia japonesa tal vez. Suponíamos que había sido al menos una decena de asesinos, por la masacre que realizaron. Pero en el video aparecen solo dos personas. Claramente eran un hombre y una mujer. Al hombre se lo ve muy fornido y, por la forma de utilizar las armas, tiene un gran entrenamiento militar.

—¿Y la mujer? —pregunto, apurando a Freddy a que diga lo que cree.

—A pesar de tener el rostro cubierto, era muy parecida a ti. Conozco muy bien tus movimientos, Ainara, aprendo de ti todo el tiempo. Pero estoy seguro de que Peter y el jefe Nash también los conocen.

—¿Ellos dijeron algo?

—No delante del resto, hicieron salir a todos de la oficina y se quedaron hablando por largo rato.

—¿Por qué me cuentas todo esto?

—Tú y Peter han sido muy generosos conmigo. Me cubrieron el otro día cuando cometí más de un error. Además, fui casi un estorbo cuando estuvimos con los Wong. Quiero que sepas que confío en ti plenamente y que estoy para ayudarte en lo que necesites, como tú lo has hecho conmigo.

—Gracias, Freddy. Te confieso que por un momento dudé de tu lealtad. Los San Gen conocían siempre nuestros pasos y tú actuabas tan raro…

—¡Por Dios! —exclama Freddy sorprendido—. De verdad lo hice muy mal, lo siento, Ainara. Entiendo que hayas pensado eso, yo también creo que hay un soplón en la oficina.

—¿Desconfías de alguien?

—Bueno, no sé si debería decirlo. ¿Notaste que a Park le falta el dedo meñique de la mano izquierda?

—Cómo no notarlo.

—Ya te dije que mi familia es muy tradicionalista. Por eso conozco muchas costumbres de los japoneses, incluso las más desagradables. Cuando los yakuzas cometen un error, o deben demostrar su lealtad, tienen una forma muy particular de pedir disculpas y salvar su honor.

—¿Se cortan el dedo meñique?

Freddy asiente con la cabeza y las cosas comienzan a cerrar. Nunca me cayó bien ese hombre, tenía toda la información sobre San Gen y no nos dijo nada. Además estuvo al tanto de todos nuestros movimientos, algunos de ellos se decidieron a último momento, no había forma de que los chinos se enteraran a no ser que alguien del departamento les avisara.

—La cuestión es que son solo suposiciones, Ainara. Me tomé el atrevimiento de investigar sus antecedentes, y no hay nada. Incluso el corte del dedo se lo atribuyen a un accidente que tuvo hace unos años, en la época en que asistía a Quantico. Así que no hay forma de comprobar que sea el chivato.

Tal vez no deba enfocarme en eso por ahora. Si es verdad lo que Freddy piensa, más adelante me encargaré de esa rata. Por el momento, lo que más me preocupa es lo que vayan a hacer Peter y Phillip. No solo me reconocieron a mí, estoy segura de que también a Dexter; nadie más que él podría llevar adelante algo así.

—Avísame si Peter o el jefe hacen o dicen algo con respecto a mí. Necesito saber si tengo que desaparecer.

—Claro que sí, Ainara. Pero si no aparece ninguna evidencia real en tu contra, no creo que se presenten cargos, no hay forma de que te identifiquen fehacientemente.

Freddy no sabe que no es la primera vez que hago algo así. Mis días en el FBI están contados, y todo por nada.

—No quiero que te involucres en esto, Freddy. Tienes una gran carrera por delante y la cercanía conmigo podría arruinarla.

—Solo dime algo, Ainara. ¿Intentaste salvar a Amy?

—Hice todo lo que estaba a mi alcance, pero fallé.

La voz se me quiebra y no puedo seguir hablando.

—¡Malditos! —dice Freddy irritado—. ¿Sabes quién fue el cerdo que la mató?

—Keith Guo. Lo hizo frente a mis ojos.

—¡Maldito! —insiste cada vez más molesto—. Jerry Guo está en coma en el hospital, les dieron una gran paliza, pero de Keith no sabemos nada. Se le busca para interrogarlo. ¿Pudieron acabar con él?

La pregunta de Tanaka me sorprende, creo que se llevaría bien con Dexter.

—Keith escapó.

—Simon Cheng —dice Freddy, pero no entiendo a qué se refiere. ¿Qué tiene que ver el gerente de la fábrica de cerámica con esto?—. Hoy lo trajeron a la oficina para interrogarlo, sus abogados lo sacaron en menos de media hora, pero el jefe está seguro de que Cheng conoce el paradero de Guo.

Freddy me mira directo a los ojos sin pestañar.

—Decía que lo teníamos que soltar rápido porque debía asistir esta tarde al partido de fútbol de su hija. ¿Quieres saber dónde es el partido?

Ya no tengo dudas de las intenciones de Tanaka. No habla por hablar.

A Freddy le suena el teléfono. Lo mira y no contesta.

—Peter me está buscando —me dice. Debo volver a la oficina.

• • •

Barrio Chino, Nueva York
6:30 p. m.

—Hola, linda.

—Hola, señora —me responde la niña. Estamos en el corredor que separa los vestuarios de la cancha de fútbol. El partido ha terminado y

luego de haber ido todas juntas al vestuario para cambiarse, están volviendo a la cancha para encontrar a su familia.

—Adiós, Layla —saludan dos niñas que pasan a nuestro lado y la pequeña les responde despidiéndose con la mano.

—Soy amiga de Simon, Layla —le digo para que me tenga confianza—. Te acompaño a buscar a papá que quiero saludarlo. Mi nombre es Ainara.

—¿De dónde conoces a papá, Ainara? —me pregunta la niña mientras caminamos hacia la salida.

—Lo conozco de la fábrica de cerámica —le respondo.

—¡Ah! Trabajas con él.

—Digamos que tenemos negocios en común —le contesto cuando veo a Cheng entrar al corredor acompañado de una mujer. Cheng se queda rígido por un instante al verme y luego se acerca, llamando a la niña.

—Layla, cariño, ven aquí.

—¡Papá, mamá! ¿Les gustó cómo jugué? Tu amiga Ainara me estaba acompañando a buscarlos, papá.

—La madre de la niña me sonríe y yo le respondo de la misma manera.

Cheng me mira fijo y yo llevo la mano bajo mi chaqueta, donde tengo el arma. Él advierte mi movimiento.

—Amores, vayan yendo —les dice Cheng—. Ya las alcanzo.

La esposa y la hija se marchan y yo me acerco a Cheng.

—Hola, Simon.

—¿Cómo te atreves a acosarme aquí, agente? Llamaré a mis abogados y terminarás trabajando de guardaparques.

Saca su móvil y comienza a buscar un número. Ya estoy a su lado cuando vuelvo a mostrarle mi Smith & Wesson sin desenfundar.

—Deja ese teléfono —le digo y él comprende que hablo en serio.

—¿Te has vuelto loca? ¿Qué harás? ¿Dispararme frente a esta gente?

Pasan dos personas junto a mí, pero no me preocupo en mirarlas.

—¿Acaso tu jefe no te contó lo que hice anoche? ¿Crees que una muerte más me significaría una diferencia?

Cheng comienza a entender de qué se trata. No importa cuántos abogados tenga, aquí lo único que vale es que yo tengo un arma y estoy dispuesta a usarla.

—¿Qué es lo que quieres, agente?

—Quiero que me lleves con Keith Guo.

—¡Oh! —exclama Cheng, riéndose—. Realmente te has vuelto loca. ¿Me crees tan estúpido como para hacer algo así?

Saco entonces mi arma y se la clavo entre las costillas para que sienta la dureza del cañón.

—Te creo lo suficientemente estúpido como para llamar loca a una persona que tiene un arma y está dispuesta a todo. Si eres tan estúpido como para dejar a una hija huérfana, eso no lo sé. ¿Tú qué dices? ¿Eres tan estúpido?

—No —responde—, no lo soy. Pero entiendes que, si te llevo, moriré de todos modos. Él me matará.

—Anoche dejé a tu otro jefe, Jerry, en coma. ¿Por qué piensas que Keith quedará mejor parado? Después de esta noche no habrá un jefe que pueda matarte. De hecho, quizás tú mismo puedas ocupar su lugar. No tengo nada contra ti, Simon. Lo quiero a Guo.

—Bien, solo deja que mi esposa y mi hija se vayan.

Vuelvo a enfundar mi arma.

—Nunca tuve otra intención. Andando.

16: NO HAY VUELTA ATRÁS

Barrio Chino, Nueva York
Sábado, 24 de abril
6:30 p. m.

El agente Bennett se halla afuera del gimnasio, a unos cincuenta metros. Se encuentra en su coche, justo detrás de la furgoneta de Ainara. Luego de ver el video en la oficina, tuvo una difícil charla con Philip Nash.

—No podemos encubrirla más —dijo Nash tras discutir con Peter sobre cómo deberían proceder—. Dile que entregue su placa y nos olvidaremos de todo, está fuera de control, ya no es una de las nuestras.

—Jefe, sigue siendo Ainara.

—No, Peter, ahora es una justiciera que terminará matándose a sí misma o a alguno de sus compañeros. Habla con ella y convéncela de que entregue la placa. Si lo hace, la despediremos con honores y aquí no ha pasado nada. Mientras sea parte de esta oficina, seremos sus cómplices. Ya ha sido demasiado.

—Está bien, Philip. Iré a verla ahora mismo.

—Luego de hablar con ella, ve a ver a O’Sullivan. Dile… —Nash dudó—. Dile lo que se te ocurra, pero no quiero que ese maldito Rambo se cruce más en nuestro camino.

Bennett llamó a Ainara por teléfono, pero no obtuvo respuesta, así que fue directo a su casa. Al llegar, tocó el timbre un par de veces hasta que al fin abrieron la puerta, era el padre de Ainara.

—¿Qué demonios quieres aquí?

Peter se sorprendió al ver el estado de ese hombre, estaba totalmente borracho.

—Vengo a buscar a su hija, señor.

—Aquí no está, ya vete y no molestes.

—¿Sabe dónde se encuentra? —preguntó Peter, sosteniendo la puerta con una mano. El padre de Ainara quiso cerrarla en su rostro.

—Y yo que voy a saber, es una mujer adulta, puede ir a donde quiera. La llamó ese compañero suyo japonés y se fue.

Peter dejó que el viejo cierre la puerta y llamó de inmediato a Tanaka, tampoco le respondió.

Volvió entonces a la oficina, y cuando vio llegar a Freddy, lo tomó del brazo y lo llevó a la sala de reuniones.

—Dime qué has hecho —le dijo Peter de manera amenazante.

—No sé de qué me hablas, Peter. No entiendo.

—¿Por qué la llamaste a Ainara? ¿De qué hablaron?

—Ah, eso —respondió Tanaka, pensando en lo que debía decir. Solo se le ocurrió hacerse el tonto—. La llamé para darle mi pésame y decirle que contara conmigo para lo que quiera. Ella me dijo que necesitaba tomar un poco de aire, así que la invité a almorzar. Eso fue todo, jefe. ¿Hice algo mal?

—¿De qué hablaron en el almuerzo?

—Me preguntó si habíamos atrapado a los Guo, y le conté que uno estaba en coma y el otro desaparecido.

—¿Le dijiste algo más de lo que estábamos haciendo?

—Le dije que habíamos interrogado a Cheng, pero que no nos había dicho nada.

Peter dejó a Tanaka y volvió a llamar a Ainara, tampoco recibió respuesta. Pensó entonces que si Ainara había llegado hasta allí, no se detendría tan fácilmente. Si le había sacado esa información al ingenuo de Tanaka, seguro la utilizaría para algo.

«Debo vigilar a Cheng», se dijo Peter a sí mismo. Era la única pista que tenía Ainara para encontrar a Guo y no la desperdiciaría. Es por eso por lo que Peter averiguó el paradero de Cheng y llegó hasta el gimnasio donde su hija jugaba al fútbol. No le sorprendió entonces encontrar la Tundra de Ainara en la puerta.

Hace quince minutos que espera. Ha visto salir mucha gente, por lo que imagina que el partido ha terminado. Pero aún no aparecen ni Cheng ni Ainara. No entró al edificio porque no creyó conveniente que lo vieran. No quería involucrar al FBI con lo que Ainara pudiera estar haciendo. Pero ahora que no los ve salir, piensa que debe entrar y evitar que pase una desgracia. Sale del coche y empieza a caminar hacia el gimnasio. Ve salir entonces a Cheng, seguido muy de cerca por Ainara. Se apura para alcanzarlos, pero el coche de Cheng está justo en la puerta del edificio. Por eso entran al vehículo enseguida. Por más que Peter corre, el coche arranca y parte sin que pueda interceptarlos.

—¡Maldición! —grita Peter y patea una bolsa de basura que hay en

la acera—. No puedo perderlos —se dice y vuelve corriendo a su vehículo para seguirlos—. No hagas más estupideces, Ainara.

• • •

Brooklyn, Nueva York
7:45 p. m.

—No hagas nada estúpido —le digo a Cheng mientras se detiene frente a la barrera del aparcamiento—. Aunque no te vea, cualquier cosa que me parezca rara, será tu fin.

No puedo ver lo que hace Cheng desde aquí atrás. La última calle estuve recostada en el suelo de la parte trasera de su coche, he ido bastante incómoda.

—Buenas noches, señor Cheng.

—Buenas noches.

El coche comienza a moverse, señal de que levantaron la barrera y todo está bien.

—Bien hecho, Simon. Sigue así y en unos minutos estarás cenando con tu familia.

—Ya llegamos.

Me enderezo y puedo ver que estamos aparcados en la cochera. Cheng me dijo que había un ascensor especial para los Guo, que iba directamente al último piso, un ático que los Guo tienen para sus fiestas privadas. Es el edificio de oficinas en Brooklyn del que había hablado Park ayer.

—Habrá un guardia en la entrada del ascensor —me avisa Cheng cuando bajamos del coche y nos dirigimos hacia allí—. Trata de lucir sensual.

Enseguida veo al guardia que nos observa, atento.

—Buenas noches, señor Cheng —dice el guardia y noto el bulto de su arma bajo el saco a la altura de la axila—. ¿Quién es ella?

—Es un obsequio para el señor Guo —dice Cheng y yo hago una sonrisa estúpida—. Necesita relajarse un poco.

—Entiendo —dice el guardia mientras llama al ascensor. Luego se me queda mirando y noto un cambio de actitud—. Espera —me dice —. Tú no eres…

Cuando veo que lleva la mano dentro del saco, le pego una patada en los testículos, y cuando se agacha, le doy un codazo en el rostro. Lo tomo del cabello y lo llevo contra la pared, golpeó su cabeza una y otra vez hasta que su cuerpo sin resistencia cae al piso.

Me doy la vuelta y veo a Cheng salir corriendo. Maldito. No tengo tiempo para eso. Le quito el arma al guardia que está en el suelo,

bañado en sangre. Es una pistola con silenciador, me viene bien. Como es un edificio de oficinas, deben mantener determinados cuidados, que se escuchen disparos no es buena publicidad.

Llega el ascensor y se abre la puerta. Otro chino aparece y se sorprende al verme. Va a sacar su arma, pero ahora estoy preparada. Dos tiros en el pecho y se acabó el problema. Cae dentro del cubículo. Subo y aprieto el único piso al que se puede ir, el último.

Veo entonces que en una esquina del techo hay una cámara. Maldición. La vuelo de un solo tiro. Pero ahora saben que estoy subiendo, me recibirán con una balacera. Veo al cadáver en el suelo, es un hombre pequeño. Lo levanto justo cuando el ascensor se detiene. Con el brazo izquierdo, lo sostengo, apoyado contra mi hombro. La puerta se abre y una ráfaga de disparos comienza a sonar a mi alrededor, siento como se sacude el cuerpo ya sin vida de mi escudo humano. Casi sin ver a dónde, comienzo a disparar. La ráfaga continúa y yo también. Miro por un costado del cuerpo, que se me hace difícil sostener, y veo a tres tiradores. Siento una quemazón en el brazo izquierdo. Luego en la pierna derecha. Pero sé a dónde disparar y escucho un par de gritos. Los disparos son menos. No tengo más carga. Arrojo el arma y saco mi Smith & Wesson. El cadáver se me cae y con las dos manos apunto mi pistola y le doy al último. No hay más movimientos. Veo que mi brazo izquierdo, el que sostenía al chino, sangra profusamente. Doy un paso y siento un dolor terrible en la pierna. ¿Dónde está Guo?

Salgo rengueando del ascensor y la puerta se cierra detrás de mí. Diablos. Si suben más guardias, no podré con ellos. Avanzo y un disparo me roza el hombro. Me tiro a un lado contra la pared y empiezo a disparar al sillón de donde vino el tiro. Vuelan trozos de cuero y el relleno del sillón como copos de nieve. La potencia de mi pistola es demasiada para ese mueble. Vacío el cargador y pongo uno nuevo. Cuando me disponía a volver a disparar, escucho una voz.

—Basta, ya es suficiente. —Una mano ensangrentada, sosteniendo un arma, se asoma detrás del sillón, es un milagro que aún no lo haya matado, pero está herido, por eso se rinde. Arroja el arma—. Voy a salir, no dispares.

Keith Guo se pone de pie a duras penas con las manos en alto. No digo nada, solo lo observo rodear el sillón y quedarse ahí quieto.

—Ya está —me dice—, me ganaste. ¿Y ahora qué?

—Y ahora morirás, maldito.

—Eso lo sé, pero qué harás después. Hay cámaras en todo el ático, ya has quedado grabada en video, esta vez a cara descubierta. No tendrás dónde ocultarte.

—Ese no será problema tuyo, no creo que desde el infierno puedas verme.

—Sé que me odias y me quieres matar, pero ya te has vengado, ya me arruinaste la operación, probablemente termine en prisión, no sé si mi hermano sobrevivirá y todo para qué. Tú también terminarás presa, y la cárcel no es un buen lugar para policías. Pero hay una salida.

No sé de qué me está hablando. Deseo dispararle en la boca para que no hable nunca más, pero la curiosidad por saber qué piensa una mente tan perversa me hace esperar.

—Mira —me dice rápido para mantener mi atención y que no lo mate—. En la caja de seguridad de esta habitación tengo cerca de medio millón de dólares. Si me dejas vivir, te daré ese dinero y podrás escapar al Caribe o a donde quieras. En cambio, si me matas, ¿cuánto crees que podrás huir?

—¿En serio crees que puedes comprarme?

—No te quiero comprar, solo te doy una opción para que hagas lo correcto y puedas empezar en otro lado, no eres una asesina. Entrégame a la Policía y vete con el futuro asegurado. Siempre serás un agente de la ley, lo llevas en las venas; si me ejecutas, te sentirás mal por el resto de tu vida.

Pienso por un instante en lo que me dice. ¿Realmente quiero hacer esto?

Una voz irrumpe en el lugar y me hace sobresaltar, es Peter. ¿Cómo diablos me encontró?

—¡Ainara! —grita él, que no sabe cómo actuaré y quiere detenerme. Yo ni siquiera lo miro, no dejaré que Guo se escape—. ¿Qué haces, Ainara? Ya está bien, lo atrapaste. Ahora debemos entregarlo.

—¿Qué crees que pasará, Peter? —le pregunto para que comprenda la situación—. ¿Cuánto crees que tardarán los abogados en sacarlo?

—No creo que pueda zafar de esta, Ainara —intenta explicarme algo que ya sé—. Tenemos muchas pruebas de sus actividades ilegales, no tiene forma de salir impune.

—Sus abogados ganan más en un mes que yo en un año. —Quiero que Peter se dé cuenta de que no tengo alternativa—. Este maldito tiene información que podrá canjear para obtener una pena mínima. Esperará el juicio en su casa luego de pagar la fianza y, cuando llegue el veredicto del jurado, la sentencia del juez será una broma. Un par de años en la cárcel, con todos los cuidados que el dinero puede comprar, hasta que salga para seguir su vida como si nada hubiera

pasado. ¿Crees que eso sea justicia, Peter?

—Eso no depende de nosotros, Ainara. No somos jueces, no decidimos sobre la vida de la gente, esa responsabilidad es muy grande y le corresponde a alguien más. Nuestro trabajo es atraparlos y entregarlos a la justicia, hasta ahí llegamos. Tú has hecho muy bien tu trabajo, Ainara, solo tienes que hacer lo que resta, entregarlo con vida para que sea sometido a juicio.

Con todo lo que he hecho hasta ahora, nada cambiaría que lo entregue vivo o no. Peter lo sabe, pero debe hacer lo que cree correcto, convencerme.

—¿Recuerdas a Turner, Peter? Él ni siquiera llegó a juicio. Era el jefe criminal de la organización más peligrosa del mundo y, aun así, terminó de paseo por Nicaragua. ¿Crees que eso es justicia, Peter?

—Ainara, piensa en ti por una vez, o piensa en la situación en la que me pones a mí. Sabes lo que siento por ti. Si aprietas el gatillo, no solo arruinarás tu carrera, también destruirás nuestra relación; no podré cubrirte esta vez. Si alguna importancia tengo en tu vida, por favor, no lo hagas. Me lo prometiste.

«Estás jugando sucio Peter», pienso al oír sus palabras. Él es muy importante para mí y en esto tiene razón. No quiero arrastrarlo conmigo, tal vez deba recapacitar. La decisión que tenía hasta hace un instante comienza a flaquear. Me duele todo el cuerpo, ya casi no tengo fuerzas, hasta la pistola me pesa y empiezo a bajarla. Pero veo los ojos de ese maldito, miro su gesto, el enfermo está sonriendo, cree que podrá salir de esta. No es así.

El estruendo de la Smith & Wesson rompe el tenso silencio. El olor a pólvora flota en el aire y ya nada será igual. Giro y apunto el arma hacia Peter.

—¿Qué haces, Ainara?

—Está lleno de cámaras Peter, no puedes caer conmigo.

—Vamos, Ainara, baja el arma.

—No, Peter. Saca tu arma ahora, haz lo que te digo.

No sé si está entendiendo por qué le pido esto, pero me hace caso, se mueve rápido para sacar su arma y le disparo en la pierna. Cae al piso.

—¡Maldición, Ainara!

—Lo siento, Peter —digo cuando paso por su lado y por un instante le apunto a la cabeza—. Esto es para las cámaras —digo en voz muy baja—. Eres mi mejor amigo.

Bajo el arma y voy hacia el ascensor. Ya está hecho.

EPÍLOGO: UNA SEMANA DESPUÉS

Central Park, Nueva York

El padre de Ainara observa a unos niños corriendo tras un balón. Su padre los sigue de cerca y les dice que no se alejen. Es una escena común, pero él jamás la vivió. No estuvo para correr por el parque con su hija. Ese tipo de cosas siempre le pesarán.

Sin embargo, la vida sigue y hay nuevas experiencias que pueden traer otro tipo de satisfacciones. Mete la mano en el bolsillo y extrae un trozo de papel. Es una nota que encontró sobre la mesa de la cocina, luego de despertarse de su última borrachera, hace una semana atrás.

«No nos veremos por un tiempo, pero quería decirte que cuando te invité para que te quedarás en casa, supuse que te estaría haciendo un favor. En realidad, el favor me lo has hecho tú. Tu compañía en estos últimos tiempos fue más de lo que podía esperar. Solo lamento haberte empujado hacia lugares que no querías ir. Por lo demás, eres el mejor padre que podría tener en esta época de mi vida. Gracias. Te amo».

Lee esas palabras varias veces al día. Vuelve a guardar el papel en su bolsillo y respira profundo. Se quedará en la casa de Ainara, esperando su regreso. Sus ojos se humedecen.

Oficinas del
FBI

Los dos agentes venidos de la central están sentados frente a Peter. Luego de analizar todos los acontecimientos, ya tienen su veredicto.

—Bueno, agente Bennett, las cámaras del ático de los Guo confirman sus declaraciones. Lo felicitamos por su instinto, ya que no había nada que indique que la agente Pons actuaría de esa manera. No quedó ningún miembro de la mafia china con vida para contradecir su versión. Nos queda por discernir si el ataque a la casa de Staten Island

fue también perpetrado por Pons, pero más allá de eso, solo lo podemos acusar de sentimentalismo. Le sugerimos que, la próxima vez, saque el arma primero.

Los agentes cierran la carpeta con sus notas y se levantan. Salen de la habitación y Peter se queda sentado. Se cruza de brazos y permanece pensativo unos instantes. Luego se pone de pie. Hay que seguir.

Barrio Chino

Liu Wong está en una silla de ruedas en la calle, frente a lo que era su restaurante. Kim está parada detrás de él y observa al edificio destruido sin inmutarse. Permanecen un rato allí sin moverse y luego ella empuja la silla de su hermano hasta girarla. Comienzan a alejarse del lugar y los vecinos los saludan. Los trabajadores empezarán la reconstrucción al día siguiente. Tienen mucho por hacer y el dinero que les pagó el seguro no es suficiente, pero una colecta de las tiendas del barrio en reconocimiento a su valentía cubre con creces todos los gastos. Si bien siempre han sido tenidos en alta estima por la comunidad china, ahora han adquirido una mayor relevancia, y algunos hablan de que Kim podría llegar a convertirse en concejal si así lo decide. Tanto el restaurante como la salud de Liu tardarán un tiempo en estar en buenas condiciones, pero el día llegará y seguirán adelante.

Midtown

El agente Park entra en una lujosa habitación estilo oriental. Dos hombres japoneses vestidos de negro lo custodian. Park se inclina ante el hombre sentado detrás de un imponente escritorio. Es un asiático de edad avanzada, tiene el cabello blanco e inspira respeto.

—Lo hiciste bien, Park *san* —dice el hombre—. Descubriste al infiltrado que podría habernos hecho mucho daño. Ayudaste a terminar con el clan San Gen, no queda nada de ellos. Como nos sugeriste, fue fácil hacer entrar en razón a Simon Cheng. A partir de ahora controlamos todas sus operaciones, Chinatown es nuestro. Tenemos grandes planes, Park *san*.

—Gracias, *sensei* —es todo lo que responde Park. Mientras inclina su cabeza, se esfuerza por contener una sonrisa de satisfacción. Acaba de subir de rango dentro de la Yakuza.

Ainara conduce un viejo Toyota color verde por una carretera desierta. Debió vender su Tundra de manera apresurada y sin papeles. Tuvo que cortar con todo lo que sirviera para rastrearla.

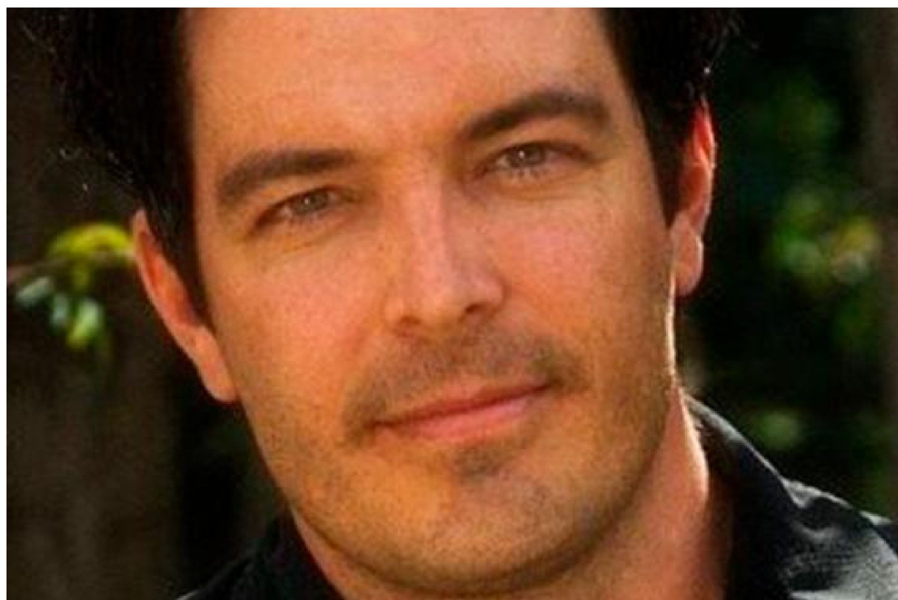
Cuando dejó a Peter herido en el ático de los Guo, no sabía lo que encontraría al bajar por el ascensor. Para su sorpresa, no había nadie esperándola; ni mafia, ni policía, nada. Vio el coche de Peter estacionado allí cerca, a pocos metros, y lo utilizó sin inconvenientes. Las llaves estaban en la guantera, donde su amigo las solía dejar. Así que lo arrancó y salió enseguida. Pudo ver en la cabina al guardia esposado e inmovilizado. Sonrió al pensar cómo Peter le había facilitado las cosas. Espera que su amigo haya salido indemne de la situación legal, que las autoridades entiendan que no fue su cómplice. Por otro lado, está segura de que apuntó bien cuando le disparó en la pierna, que deberá quedar sin ninguna lesión. Ojalá la pueda perdonar.

Adquirió un viejo Toyota y luego pasó por su casa. Lo vio a su padre dormido en la sala junto a dos botellas vacías y le dejó una nota de despedida. Llenó una mochila con ropa, agarró sus ahorros y se marchó con Bob. Antes de salir de Nueva York, adquirió un nuevo teléfono que no se pudiera rastrear. Hizo una sola llamada. Se comunicó con Andrew y le pidió, simplemente, una nueva identidad. Andrew le dijo que nunca había hecho algo así, que le diera unos días.

Desde entonces, Ainara viene conduciendo con la bestia negra a su lado y alejándose cada vez más de su ciudad. Tiene en mente visitar a algunos viejos amigos, pero antes tiene que esperar a Andrew: no tiene dudas de que su amigo le dará lo que necesita. Ainara Pons ya no es más agente del
FBI
, ahora es una prófuga de la justicia considerada peligrosa.

Hay cosas que no podrá olvidar nunca y el recuerdo de la mirada final de Amy la atormentará el resto de su vida. Pero quiere comenzar una nueva etapa, quizás con un nuevo nombre y con un destino incierto. No sería la primera vez que lo hace, pero espera que sea la última.

FIN



RAÚL GRABANTES nació en Barranquilla, Colombia. Desde su adolescencia tuvo mucho interés por la lectura de relatos policiales e historias de suspenso. Su carrera es administración de empresas pero su pasión es la escritura. Ha trabajado como corrector, lector, y editor de periódicos locales. Apasionado por el género suspenso y policial, Raúl ha publicado como autor independiente cinco novelas: La Última Bala, El Silencio de Lucía, Resplandor en el Bosque, Pesadilla en el Hospital General, y El Palacio de la Inocencia. Raúl radica actualmente en Panama City, Florida, desde donde escribe su siguiente novela.